MAR DEL SUR



ETTORE JANNI, *Cielo y tierra en la epopeya franciscana: La Poverella de Asís* * JORGE BASADRE, *La enseñanza de la Historia del Perú* * ALEJANDRO ROMUALDO, *Pie de guerra* * BALTAZAR CARAVEDO C., *Biografía del General Baltazar Caravedo* * *Poema de* ALBERTO ESCOBAR.

FLOR DE LEER: *Wari Yukuati (Plegaria al Sol)* * TESTIMONIOS: *Libros de caballerías en América en 1549.*

CRONICA * *LIBROS*

NOVIEMBRE
DICIEMBRE 1953

30

VOLUMEN X
LIMA - PERU

Mar del Sur

REVISTA PERUANA DE CULTURA

PUBLICACION BIMESTRAL

Director Fundador:

AURELIO MIRÓ QUESADA SOSA

Consejo Directivo:

JORGE BASADRE, HONORIO DELGADO, AURELIO MIRO QUESADA SOSA, HECTOR VELARDE

Consejo de Redacción:

JORGE EUGENIO CASTAÑEDA, CARLOS CUETO FERNANDINI, FELIX DENEGRI LUNA, CARLOS DERTEANO URRUTIA, PAUL LINDER, GUILLERMO LOHMANN VILLENA, ALEJANDRO MIRÓ QUESADA GARLAND, FRANCISCO MIRÓ QUESADA C., JORGE C. MUELLE, ESTUARDO NUÑEZ, ALFREDO SAAVEDRA, MANUEL SOLARI SWAYNE, AUGUSTO TAMAYO VARGAS, ALBERTO TAURO, JOSE TOLA PASQUEL, RICARDO VALENCIA.

Secretario General:

LUIS JAIME CISNEROS

Gerente:

PABLO L. VILLANUEVA

PRECIOS:

Número suelto, S/. 6.00 - Suscripción anual, S/. 30.00

En el extranjero; suscripción anual, 3 dólares.

SECRETARIA DE REDACCION Y GERENCIA:

LAMPA 277 APARTADO 1593 TELEF. 72-390

LIMA PERU


RCA
TOCADISCOS de 45 RPM
TOCADISCOS
3 Velocidades
FONOGRAFO
DE 45 RPM
FONOGRAFO
FONOGRAFO
PORTATIL
de 45 RPM
RADIO-
FONOGRAFO
3 Velocidades
Una gama
completa de
TOCADISCOS
FONOGRAFOS
RADIOFONOGRAFOS
RADIOLAS
Y EQUIPOS DE ALTA FIDELIDAD
1954
FONOGRAFO
PORTATIL
3 Velocids.
RADIOLA
Presenta:
RCA VICTOR
LA PRIMERA MARCA MUNDIAL EN RADIOS
REPRESENTANTES EXCLUSIVOS EN EL PERU
RCA-28
COSMANA
CASILLA 505 TEL.42781
COSMANA
DEPARTAMENTO RADIOS
EQUIPO DE
ALTA FIDELIDAD

CONSTRUCTORA
"LOS ANDES" S. A.

INGENIEROS CONTRATISTAS



JIRON AREQUIPA 250

TELEFONO 31098

GILDEMEISTER & Co. S. A.

IMPORTADORES — EXPORTADORES

LIMA - PERU

Edificio Gildemeister - Aldabas 235

Teléfonos: 70100 - 70108 - 70109

REPRESENTANTES DE:

EMPRESA AGRICOLA CHICAMA LTDA.
Hacienda "Casa Grande" Trujillo

NEGOCIACION AZUCARERA LAREDO LTDA.
Hacienda "Laredo" Trujillo

NEGOCIACION AGRICOLA JEQUETEPEQUE LTDA.
Hacienda "Limoncarro" Pacasmayo

AGENTES DE LAS COMPAÑIAS DE VAPORES:

COMPAÑIA DE MUELLES DE LA POBLACION VERGARA, Valparaíso
COMPAÑIA NAVIERA HAVERBECK & SKALWEIT S. A., Valdivia
LATIN AMERICAN LINE, San Francisco.

Sociedad Mercantil Internacional S. A.

IMPORTADORES

Lubricantes - Maquinarias - Mercaderías en General

EXPORTADORES

Algodón - Azúcar - Productos Nacionales

◇

A. Miró Quesada Nº 266 - Teléfono Nº 71-6-80

Lima

HIDRANDINA

Energía Hidroeléctrica Andina S. A.

LIMA - PERU

Bonos en Dólares

del 7 por ciento neto, libre de todo impuesto

FIDEICOMISARIO: SCHRODER TRUST COMPANY
57 Broadway - NEW YORK

Representante del Fideicomisario en el Perú
BANCO DE CREDITO DEL PERU

Lima Light and Power Company
(Empresas Eléctricas Asociadas)

MEDIDORES QUEMADOS

Las Empresas han venido constatando en estos últimos tiempos que son muchos los medidores domiciliarios que se queman por efecto de sobre carga, siendo evidente que los daños que éstos experimentan, por tal causa, son de exclusiva responsabilidad de los consumidores, que no cumplen con dar aviso oportuno en las oficinas de la Compañía de las ampliaciones que realizan en sus servicios eléctricos particulares.

En consecuencia, rogamos a nuestros clientes se sirvan poner previamente en conocimiento de estas Empresas, personalmente o por carta, los aumentos de carga en sus servicios eléctricos (Conexión de nuevos aparatos o notorio aumento de los circuitos de luz) a fin de que se nos permita colocar medidores adecuados a la mayor demanda de corriente eléctrica, con lo que nuestros clientes se evitarán molestias y gastos injustificados.

Nos permitimos solicitar la cooperación de los señores clientes, rogándoles, asimismo, que no olviden mencionar en su solicitud, el número del suministro eléctrico, el que aparece indicado en la factura mensual.

Lima, 14 de Abril de 1954.

LA GERENCIA.

Mar del Sur

REVISTA PERUANA DE CULTURA

DIRECTOR FUNDADOR: AURELIO MIRÓ QUESADA S.

Año V — Noviembre - Diciembre 1953 — Nº 30

MUSEO NAVAL DEL PERÚ
Bibliotec. de M. Julio J. Elías Murgia

Cielo y tierra en la epopeya franciscana

La Poverella de Asís

por ***ETTORE JANNI***

I

Las almas simples, dirigidas con instintiva inteligencia a la concepción de ciertos grandes advenimientos, parecen recoger de éllos, con prescindencia de refinadas reconditeces, su más valioso sentido, como si de un complejo discurso retuviesen los conceptos esenciales, y de un conjunto de hechos pasados, su espíritu viviente. De tal modo, se acercan directamente a la belleza y a la gloria del franciscanismo primitivo y sitúanse tras los santos y en su camino, sintiendo irradiar su virtud heroica y suscitar en su rededor una especie de permanente primavera.

Otra feliz circunstancia es aquella de selectas mentes indagadoras, atentas y proclives a escuchar, en esos grandes advenimientos, las cien voces silogizantes sobre los orígenes, los desarrollos, las intrigas, las discordantes interpretaciones de múltiples detalles; y, entre figura y episodio, fecha y lugares, argumentos y conclusiones, vuélvense a encontrar aferradas a las exigencias de lo humano dentro de lo divino. Pero a menudo, al primer llamado, la fascinación originaria ha resistido y, más bien se ha fortificado ante una prueba de fatigosa duración: estamos, entonces, ante los investigadores que alinean al lado de los simples en el camino de los santos.

La literatura franciscana histórica y exegética está entre las más ricas en el orden religioso, considerando, desde luego, su explicable distancia respecto de la evangélica. Pero tiene con ésta cierta afinidad, como si compartiese con aquella las "conformidades" —que un piadoso fraile del Trescientos estudió y expuso— entre la vida de Jesús y la de San Francisco, ambas agitadas desde la iniciación —en bien diverso grado y efecto se entiende— por las incomprensiones, contrastes y dramáticas vicisitudes.

En efecto, y de inmediato, se produjo en la literatura franciscana, una escisión de carácter irreductible dentro del sólido circuito católico, con distinciones hasta de hábito según más amplia o estrecha la observancia, prevaleciendo —dicen— o el espíritu de la Orden o la orden del espíritu. Las consecuencia de tales escisiones fueron más graves aún que las crisis de la evangélica, desde el frenético popular de las herejías medioevales hasta la profunda quebradura del Renacimiento.

Mas, sobre todas las famosas borrascas del océano cristiano, intacta y luminosa en su Cielo y en el corazón del hombre, está la figura de Jesús, ante quien hasta los ateos se inclinan. Está el Maestro ante cuya palabra simple y esencial filósofos y hombres de ciencia cierran sus volúmenes. Así, las polémicas hicieron, ya sentir su crudeza en tanto que la epopeya franciscana rejuvenecería al mundo. Igual que los rigores del invierno truncan los florecimientos al compás de las tijeras de la crítica histórica, que a veces podan y a veces truncan, el Poverello de Asís, con su lección simple y esencial de vida, transforma gloriosamente la miserable realidad a la cual estamos afirmados y en las horas mejores pone fermentos de generosidad en los más tenaces egoísmos.

¿Y no tiene algo de conforme la intervención de la mujer en el origen franciscano doce siglos después de la aparición de la mujer en el origen cristiano? Clara a los pies de Francisco delante del altar de la Porciúncula; María de Magdala a los pies de Jesús en el banquete del fariseo. La Magdalena es así la pecadora que emerge de la sombra de su vida lasciva, y Clara, la joven virgen, abierta como lirio en la mañana. Pero si aquella lavaba sus pecados con su llanto de verdadero amor, ésta, ya franciscana hasta la raíz de su alma, ebria con la ebriedad de redención total, radiante en su portentoso conciudadano, toma sobre sí los pecados del mundo, resuelta, frágil mujer, a expiar por todos.

Jesús amó a María de Magdala por aquella su entrega absoluta, por aquella vigilante fidelidad que sentía en élla, mientras Pedro, negábase cristiano en la portería del Sanhedrín y sus compañeros cedían al sueño en el huerto donde El rogaba con sudor de sangre.

Francisco amó a Clara por aquel ilimitado abandono en el cual se subliman, tal vez especialmente, las pasiones femeninas, por aquel ensimismarse en él, por su inspiración única, en continuidad de exultante sacrificio hasta la muerte.

Cuanto hay de Cielo en San Francisco tanto ilumina Santa Clara, sin turbaciones de disputa, sin tentaciones partidarias, sin sombras extrañas de los compañeros de él.

Ella ruega sonriente entre lágrimas, y trabaja, por más de cuarenta años, pura, indómita, ardiente como el primer día la Poverella de Asís.

II

Nació en casa señorial la Poverella, como en casa de bien provisto mercader el Poverello. Tardíos biógrafos quieren dar un nombre a su fami-

lia y circula ahora aquella de los condes de Scefi ó Scifi, señores del Castillo de Sassorosso. Era inevitable que la piadosa curiosidad se ejercitase con sutilezas tal vez extravagantes en la búsqueda de minucias en torno a la vida y aún la familia de la gran santa. Pero la información de los tranquilos frailes con élla coetáneos y que le profesaron tan devota admiración, y especialmente aquella de su primer biógrafo, el beato Tomás de Celano, son bastante sobrias en materia de genealogía y a ellas conviene atenerse.

Tomás, el buen fraile de la ciudadela abrucense de Celano, que ingresó bastante joven a la Orden y era muy querido por San Francisco, cuya vida escribió dos veces, era sin duda considerado como la mejor pluma entre los compañeros del Santo. Por ello tuvo encargo del Papa Alejandro IV de relatar la biografía de la fundadora de la Segunda Orden, santificada apenas dos años después de su muerte. El, había ya dado, además de las dos "Leyendas" del Seráfico Padre, (superadas luego oficialmente por aquella posterior de San Buenaventura), un tratado de sus milagros y tres "Secuencias", o sea himnos, que se cantan en la Iglesia en las varias efemérides, siendo celebérrima la secuencia de los muertos, el "Dies Irae", que desde hace siglos llena de religioso terror los templos de todo el mundo católico con la visión Miguelangelesca del Juicio Universal y figura en el pináculo de la poesía litúrgica junto con el bellísimo "Stabat mater" de otro franciscano del Doscientos, Fray Jacopone de Todi.

La "Leyenda Santa Clara Virgen", fué escrita poco antes que Tomás se retirase, o quizás ya retirado de su Abruzzo al convento de Tagliacozzo, donde vivió los últimos años asistiendo en sus cuidados espirituales a las clarisas de un monasterio vecino. Así, la memoria de la Poverella floreció en la dulce retórica del escritor en el ocaso de su vida laboriosa y pura.

Dulce retórica a la cual, como la hubo también en la Bula de santificación, ya el nombre de Clara ofrecía la posibilidad de augurarle claridad y esplendor como el nombre de la madre de ella, Ortolana, sugiere el motivo del huerto o jardín donde tan delicada flor regaló su perfume al mundo. En todo el relato, los nombres dominantes junto al de aquella heroína, son los de la madre y la hermana Inés. Y eran precisamente los de aquellas los que debieran tomarse en cuenta.

Madonna Ortolana había traído de otra noble casa, la de aquella del "Miles", ésto es caballeros de nobleza militar, nombrados por posteriores biógrafos, Favorino o Favorone, un tan vivo sentimiento religioso que puede muy bien considerarse como la primera semilla de la gloriosa floración. Joven esposa, obtuvo del marido el permiso de poder viajar a la Tierra Santa. Se ignora si él la acompañó. En todo caso, eran muy frecuentes en esas época los peregrinajes a los lugares donde Jesús vivió, enseñó y padeció, no obstante la incomodidad y peligro de un viaje de tan larga duración y casi al fin de la Tercera Cruzada.

Porque si como refiere el de Celano, el peregrinaje tuvo lugar antes del nacimiento de Clara, esto es, antes de 1493 o 1494, Madonna Ortolana encontró en Tierra Santa a Ricardo Corazón de León, que combatía todavía contra el famoso Saladino, inclinando al uno y al otro a pactar un acuerdo.

Afortunadamente, Saladino era el príncipe caballeresco y generoso que la poesía recuerda, y permitió a los peregrinos arriesgarse a llegar hasta el Santo Sepulcro.

No contenta con esto, la joven esposa había querido, tal vez a su regreso de Palestina, visitar también el Santuario de San Miguel, en la península del Gargano, donde la leyenda cuenta que el Arcángel descendió un día, como lugar predilecto y dejó allí impresa la huella de su pié. El Gargano en la Edad Media era también una de las etapas normales del camino de los cruzados y, probablemente, se encontraba asimismo en el itinerario de los peregrinajes a Tierra Santa. De allí que fuese natural que la legión de los peregrinos, en la cual se encontraba Madonna Ortolana, pasase a honrar en San Pedro de Roma, al Príncipe de los Apóstoles.

Desde Roma a Rieti, ella volvió a entrar en la Umbría y recorrió hasta Asís aquel valle espolitano. Visitó la ciudad insigne (llamada así después en gracia de Francisco, por Clara y por los inmunerables acompañantes al Valle Santo).

Poco tiempo después y mientras la piadosa Madonna rogaba un día en la Iglesia, delante de un Crucifijo, para que el Señor la asistiese en el riesgo de su primera gravidez, le pareció oir una voz que le anunciaba el nacimiento de un hijo que sería singularísima luz en el Mundo.

¿Existió en verdad la voz fuera de élla en el íntimo ardor de su fé? Tiempo de fé poderosa, aquel tiempo de odios sanguinarios y de rivalidades crueles, en el que los Crucifijos hablaban, lo que parece producirse raramente en tiempo de más mito o de más cautas costumbres y dentro de fé más ardiente. Habló en San Damián al mudable Francisco cuando le dijo: Repara mi Iglesia que está en ruinas (y parecía desplazarse de aquella iglesita campestre a toda la Iglesia Católica). Habló en San Rufino, la Catedral de Asís, a ella que había adorado las reliquias de Jesús en Palestina. Y ella, ante la idea de una criatura suya luminosa, cuando la hija le nace, quiso que fuera bautizada con el nombre de Clara. "Clara de nombre y de virtud —dice el fraile Tomás iniciando la "Leyenda" y de estirpe bastante clara—. Y la Bula de la canonización, con más abundante juego de palabras: "Clara preclara de claros méritos claramente goza en el cielo de una grande gloria y en la tierra del esplendor de sublimes milagros".

Otros hijos nacieron y, esos mismos tardíos biógrafos, encontraron nombres también para un varón y para dos hijitas: él habría sido el primogénito, Bosone, y ellas Penanda y Beatriz, además de Inés, la histórica, santificada también después de Clara. Mas estos trabajos de arbitrario descubrimiento, no comenzaron sino más de dos siglos después y por los contemporáneos, Inés únicamente es, la que se ha tenido presente junto a Clara, siendo la primera tres años menor que ésta última.

Pero es evidente la aureola de profunda religiosidad que rodeó a la familia. El recuerdo de los peregrinajes llenó enorme espacio en la charla cuotidiana entre la madre y las tiernas hijas. Las señoras de entonces, inclusive las de alcurnia, denotaban mayor inclinación a las tareas domésticas que a la cultura espiritual limitada casi a la lectura de libros de devociones. Pa-

saban y repasaban las visiones de los lugares donde se había desarrollado la misión terrena del Hijo de Dios y sobre todo los episodios del nacimiento, la fuga a Egipto cuando Herodes dirigía el degüello de los inocentes y presidiéndolos todos, el de la Pasión y la Muerte del Redentor.

Las niñas, especialmente la primera, se estremecía, y su imaginación no cesaba de presentarles los pormenores del gran drama de la Redención. Y la plegaria era parte constante de sus vidas cuotidianas. Clara pequeñita —y es ésta la más conmovedora anécdota de su niñez— se dispuso un día a recitar el rosario en la campiña sin la coronita ya en boga. Sustituyó entonces con piedrecitas, muy cuidadosamente, las cuentas de los padrenuestros y avemarías. Así, entre los dedos pequeñitos, su devoción se consagraba desde el cascajo y aparecía la ferviente inclinación de quien tuvo tan inocente ocurrencia.

III

Se esparce a la sazón por la ciudad y motiva el comentario de sus mujeres la noticia de que un hijo de Pedro Bernardone, —notable mercader de paños, quizás el mayor de Asís y del valle hasta Foligno, que frecuentaba las ferias de Francia conquistando con sus buenas ganancias la simpatía del país, al punto de dar el nombre de Francisco a aquel hijo y enseñarle el idioma y las canciones de más allá de los Alpes— había tomado la manía religiosa, incurriendo en rarezas tales, como acarrear y transportar sobre su espalda piedras para reparar la iglesia de San Damián. Cantaba, oraba y amonestaba con palabras de un simple de espíritu.

Toda una serie de extraños episodios. En desacuerdo con su padre había fugado de su hogar con prescindencia de las amenazas del progenitor. Llegó, inclusive, a despojarse ante el Obispo de los vestidos que llevaba puestos para no deber más obediencia de hijo, y, ya libre, no se avergonzaba de pedir por caridad sobras de alimentos en las puertas de las casas delante de las cuales discurriera otrora con la rumbosa compañía de la disipada y frívola juventud de Asís.

Algunas veces, quizás, la jovencita Clara, lo vió detenerse ante la puerta de servicio de su casa para recibir una escudilla de sopa y un pedazo de pan. Alabando al Señor y diciendo: —como lo dijo, mientras vivió, ante todas las puertas— "La Paz sea en esta casa". Y quizás si alguna vez bajó ella misma a ofrecerle viandas mejores, porque desde muy niña fueron naturales y vigorosas las manifestaciones de sus sentimientos religiosos y de su piedad humana hacia los pobres, a los que ofrecía lo mejor de lo que ella misma podía disponer.

Mientras tanto, los pequeños traviesos, que se habían divertido en arrojar sobre el pobre voluntario puñados de tierra, habían cesado de hacerlo, ganadas, aún sus incipientes almitas, por aquella paciencia sonriente y por aquellas dulces palabras. Otro hombre extraño, especie de mentecato, —esto se contaba en casa de Clara— al encontrarlo extendido en el suelo lo había cubierto con su propia capa, la que había extendido delante de sus pies,

y lo saludó como enviado de Dios, destinado a grandes hechos. ¿Cómo? ¿Qué sucedía? Se leía en el Evangelio que Jesús había dicho: "Bienaventurados los pobres de espíritu". ¿Se explicaba mejor aquella palabra?

Madonna Ortolana oía, pensativa, turbada, como delante de un prodigio todavía vago. Pero Clara no se saciaba de preguntar, de querer saber. Reflexionaba. Ella conocía la historia del Evangelio. Era para élla el romance de caballería —no los paladines de Francia o la Mesa Redonda del Rey Arturo— que le encendía la imaginación. Jesús decía cosas de verdad esencial, y en vano los fariseos lo habían burlado.

Los fariseos de Asís callaron. El buen Obispo Guido ya se mostraba pleno de afectuosa consideración por Francisco y, poco a poco, los ciudadanos se persuadieron que él sería el hombre de Dios.

Entonces, la conducta del paisano que antes se había creído loco tornó para Clara el Evangelio en acción. Todo recomenzaba. Jesús volvía a hablar por la boca de aquel joven que decía todo el dolor y todo el amor de la vida pecadora y desesperada; que lloraba la afrenta y el mal hecho al Redentor y que lanzaba al viento canciones, llevadas de boca en boca por los cantores vagabundos y los troveros, que decían de la esperanza de la perfecta redención, á la que se llegaría con la penitencia y con la adoración.

No era Clara la ferviente adolescente, la única, que entendía el significado de aquel mensaje inédito; también eran varones quienes se unían al hijo del mercader y seguían su ejemplo, mudando radicalmente la rutina de sus vidas. ¡Qué conmoción el día en que se supo que Don Bernardo de Quintavalle, de conspicua familia de Asís, persona rica y sensata, después de haber hospedado en su casa al maravilloso mendicante, había decidido unirse a su peregrinaje, vender todos sus bienes cuyo producto había distribuído evangélicamente a los pobres! Y después otro, y luego otro. Y ella escuchaba con un aliento inconsciente aún de su espíritu, que parecía empujarlo hacia el sendero de los verdaderos secuaces del Señor, semejantes a los Apóstoles redivivos.

Así germinaba, dentro de los muros de un hogar de buena gente, el alma de una santa.

Eran ya seis los prosélitos. ¿Cómo vivían ellos? Abajo en el llano, en un tugurio de Rivotorto, donde existía también una capillita. Se había dirigido luego, más allá de las pequeñas chozas, siempre en el llano en torno a la iglesia de Nuestra Señora, llamada de la Porciúncula. Se les denominaba frailes y vivían de trabajos en el campo, no aceptando otra retribución que el alimento y no avergonzándose de pedirlo por caridad cuando no habían encontrado trabajo. Caminaban por las tierras del valle y predicaban con simplicidad, pero con calor, las palabras y la vida de Jesús, el errante, el pobre predicador Hijo de Dios.

Las noticias continuaban difundiéndose. Eran los primeros cantos del poema, episodios estupendos de ingenuidad de aquella divina Caballería.

El grupo que Francisco preside ha llegado a Roma. El Papa Inocencio III ha dado su aprobación a la constitución de aquella compañía que

toma el nombre de frailes menores y a la breve y simple regla que expone su fundador: pureza, humildad y, sobre todo, pobreza absoluta.

El hogar de Clara al conocer esa pobreza heroica siente como un incómodo malestar su propia holgura y el lujo que lo circundaba. Fué como aquel que entre la abundancia de los festines y sus incitantes perfumes, siente la necesidad de correr hacia el pan ofrecido en un gesto de bondad y hacia el agua de una rústica fuente para recogerla en el hueco de las manos juntadas. Se iba formando en Clara aquel entusiasmo por la pobreza que será más tarde la pasión dominante de su vida.

El Papa ha consagrado la unión de aquellos hombres y la Orden que ha nacido. Fray Francisco tiene permiso para predicar en la Iglesia y predica hasta en San Rufino, la Catedral.

Y Clara, con la madre y su hermanita Inés, han ido a escucharlo. ¡Cómo hablaba el divino advenido!

Parecía aferrarse a las almas del auditorio cual si fueran presa tangible. Los sacudía al gritar: ¿Pero que hacéis? ¿Levantáis la Cruz? ¡Lo claváis! ¡Corred judíos, soldados; lanzas son las sombras de vuestros pecados! ¡Son los pecados del Mundo! ¿Quién se levanta? ¿Quién se lanza hacia la salvación? ¿Quién expía sus culpas?

—¡Yo! —grita Clara en lo más profundo de su corazón. La santa, en radiante floración, se abre en élla cual rosa encarnada en la mañana.

IV

La santa joven estaba ya encerrada en el cáliz de los años. Cuenta 17 y ya ha tenido que rechazar una propuesta de nupcias. Las doncellas nobles muy fácilmente casaban entonces entre los quince y los diecisiete años y las familias principescas y reales daban el ejemplo en materia de matrimonios precoces. Clara era bella y rica y parecía destinada a una de aquellas uniones que portaban lustre y prestancia a las familias conspicuas. Su rechazo truncó de inmediato la tentativa. La madre, además, no deseaba separarse tan tempranamente del lado de la hija y el padre que debía ser —si se quiere dar crédito a los mismos biógrafos— un hombre tranquilo y también piadoso, estaba, como tal, inclinado a secundar la voluntad de las dos mujeres.

Clara tenía en su mente a Francisco. Quería verlo, hablarle, decirle todo aquello que se agitaba dentro de su espíritu, pedirle consejo, ayuda para hacer algo que no fuera sólo la devoción consuetudinaria entre la Iglesia y la casa, la plegaria y la limosna, aparte del violento retiro que hiciera de los disfrutos de una vida señorial. No faltaban las visitantes que le referían las ocurrencias citadinas, especialmente una, también llena de fervor, de la cual Clara escuchaba atentamente sus relatos. Algún biógrafo nos ha hecho conocer su nombre: Bona, (simpático auspicio) que correspondía quizás a una parienta de más modesta condición como las que frecuentaban las casas de los ricos.

Clara pidió a Bona que le consiguiera una entrevista con Fray Fran-

cisco. Era una ingenua intriga; y la más buena de las mujeres, no rehuye fácilmente una intriga juvenil si ella está inspirada por una buena intención. La cita fué concertada y el Santo Fraile salió de ella como de una revelación. La hija del "Miles" era, a su manera, de un temple militar. Ninguna blandura religiosa afecta a sus deberes ordinarios. Parecía más bien esperar órdenes para alcanzar la extensa conquista. Magníficas fuerzas evangélicas, como las de sus primeros compañeros, de Fray Bernardo, luz de cristiana sabiduría, hasta San Egidio, con su elocuente simplicidad de pensamiento. Mas, he aquí una mujer, una frágil mujer en apariencia, que con escasas palabras y fulgurante mirada revela la potencia de movimiento de captación del mundo femenino, como estupenda fuente de energía colateral.

Los dos se observaron todavía cautamente. "El visita a ella —dice Tomás de Celano— y, más frecuentemente, ella a él, regulando sus visitas en los momentos en los cuales su intimidad no pueda ser notada a los ojos de los profanos y de los malévolos. Podía tener importancia el hecho que élla estaba cerca de los dieciocho años y él a los treinta.

Fray Francisco, mirando hacia aquella finalidad, que el ardor, la resolución, la fuerza mental y espiritual de la doncella le había iluminado, como una apertura de más vasto horizonte, no era hombre de consejos de moderada sabiduría. El creerá, y probablemente estaba ya concibiendo la creación de una Tercera Orden, de piadosas personas que vivan cristianamente en sus propias casas y en contacto con el mundo; mas Clara, era naturaleza apostólica, luz de faro, conquistadora de almas.

Sin embargo, el ingreso de una mujer en una orden religiosa no tenía por que figurar como un hecho insólito. Existían allí, alrededor de Asís, monasterios de monjas Benedictinas, y el concurso femenino no había faltado tampoco en otras órdenes. Sin embargo, él distinguió en la actitud de Clara la novedad del sacrificio heroico, réplica adecuada de su propia obra: un movimiento que sacudía maravillosamente a los hombres y juntaba los ricos con los pobres, y los ignorantes con los doctos.

Clara tenía fé en aquella nueva y espléndida milicia, que debía ser como ella nueva y espléndida. Otra mujer, una romana, Giacomina D'Settesoli o D'Settesolli, casada con un Frangipani, preconizaba a la formación de la Tercera Orden. Francisco la llamaba Fray Giacomina. Pero Clara era aún más. Ellas ganaban su lugar en esa historia con título de mujeres del Evangelio. A la hora de la muerte de Francisco, Fray Giacomina estaría arrodillada en la Porciúncula sobre la desnuda tierra mientras el Santo jadeaba su agonía entre los cánticos que él amaba; mientras que la hermana Clara, en el límite de la clausura en San Damián, vaciaba el total de sus lágrimas sobre el cadáver.

Las más patéticas figuras de aquella hora: dos mujeres.

Clara tenía la fé franciscana. Aceptaba romper con el mundo, volver las espaldas a los seres queridos. En élla los recuerdos y las añoranzas se encontraban definitivamente extinguidos. Y en la noche después del Domingo de Ramos se produjo el convenio para la huída. Salió de su casa para diri-

girse a la Porciúncula antes de que despuntara el día. Una mujer que había preparado la salida adecuada de la niña, la acompañó durante el trance.

El domingo en la mañana, vestida por última vez con atuendo señorial, se hallaba con los suyos en San Rufino, donde oficiaba el Obispo. Cuando llegó la distribución de las palmas y los olivos benditos y los demás avanzaban hacia el altar para recibirlos de las manos del Obispo, ella permaneció atrás. El prelado descendió entonces, de las gradas del altar, fué hacia la niña y, sonriente, le ofreció el ramo. Algunos piensan que aquella sonrisa y aquel gesto tuvieron significado más profundo que el de una mera cortesía hacia la piadosa damisela de noble casa; que Monseñor Guido no ignoraba el audaz entendimiento, que tratándose de la fuga de una niña de conspicua familia, causante de tan penosa sorpresa para sus padres y todos sus allegados debido a la durísima vida que élla escogía, el Santo estimó oportuno significar, por lo menos, el consentimiento y auspicio de la máxima autoridad eclesiástica a la decisión de Clara. Un constante aspecto y característica en la conducta de aquel renovador fué el respeto por la Iglesia a través de todos sus representantes desde el Pontífice hasta el último de los prelados rurales.

Avanzada la noche, Clara descendió y salió de la casa a través de una puerta falsa fuera de uso y trancada. Logró milagrosamente con sus débiles fuerzas descerrajarla y abrirla. La buena compañera, escondida en la noche, la esperaba en la calle. Encapuchadas se dirigieron por la pendiente y presurosamente caminaron. Jamás mujer enamorada se mostró tan impaciente por llegar a la ansiada entrevista. Allá abajo algún fraile vigilaba y, cuando las vieron aparecer, otros le salieron al encuentro y las acompañaron a la pequeña Iglesia, previa y profusamente iluminada. Todos cantaban a la gloria del Señor y a la virtud de sus siervos predilectos. Clara se dirigió hacia el altar de la Virgen donde Francisco la esperaba. Despojada de la capa él tomó en una mano la rica cabellera rubia donde resueltamente hundió las tijeras. Cubrió, luego, nuevamente con un velo la cabeza despojada de aquel último atavío mundano. Y entre las luces y los humos del incienso en lo alto del templo, se escucharon los cánticos embelesados de aquellos corazones simples y puros.

Se ocultaban las estrellas y el alba de marzo reflejaba en las cosas los colores de la primavera.

V

Había, no muy lejos, un pequeño monasterio de Benedictinas que llevaba el nombre de San Pablo. Las monjas habían consentido, sin duda y a debido tiempo, en recibir en él a la nueva aunque fugitiva esposa del Señor. Uno de los méritos de la Gran Orden de San Benedicto, ejemplar iniciador de la vida monástica de accidente, fué el de mostrarse de inmediato benévolo hacia ese admirable capullo que era la primera compañía de los frailes menores. Desde luego, la nueva Orden tenía la sanción Pontificia y su fundador era el hombre más popular del valle Spoletano.

Un pequeño monasterio, una capillita, uno de aquellos oratorios del

valle en el que probablemente un cura tan sólo oficiaba los domingos con la asistencia de unos cuantos campesinos. Alguna flor silvestre emergía de entre las grietas pétreas que formaban el marco de las ventanas, donde las golondrinas entraban trinando alegremente.

La huésped estaba allí, apenas llegada, cuando sucedió lo que era de esperarse. Descubierta la fuga de Clara fué fácil colegir dónde se encontraba. Probablemente la chiquilla lo había anticipado a su fiel hermanita Inés, la que a la par, admiraba su coraje y el vigor de su fe.

El padre y algún cercano pariente se dirigieron a San Pablo y solicitaron verla. Las monjas, intimidadas, pidieron a la recién llegada que acudiese a la Iglesia.

Fué una escena dramática, que el biógrafo conmovido, recogió en algunos detalles relievantes, que, por lo demás, son fáciles de imaginar. Arteras reprobaciones por haber dejado la casa de noche, cual liviana mujerzuela, sin pensar en el dolor de sus padres y en el escándalo inevitable. Escuchaba ella con la mirada baja. Pero la levantó fiera hacia aquellos hombres, ya extraños, según la admonición de Jesús, cuando ellos hablaron de su infamia al asociar su vida con la de los miserables mendigos. Rogaron luego, con un tono que se hacía promisor, que renunciara a aquella abyección "ab huius ido villitate discedere". Ella de noble estirpe, era, no obstante, la única de todo el contorno que había caído en modo tan insólito. Sobre todo, la sensación del escándalo inflamaba los ánimos. Se le aproximaban en ademán de abrazarla cuando ella de un salto, sube las gradas del altar y toma, a manera de escudo el paño que lo cubre, como ornamento sagrado improfanable.

—¡Dejadme! ¡Callad! ¡Yo pertenezco al Señor! ¡Mirad!

Y despojándose del velo que cubre su cabeza muestra sus cabellos rasados, que transfiguran extrañamente su rostro juvenil.

Se fueron, pero regresaron. Más de una vez volvieron: ella, intrépida, se exaltaba en la resistencia. Fué necesario darla por perdida. Y, entre tanto, las pobres monjas veían turbada la paz de su monasterio e, imaginándose futuros peligros, dejaban notar lo escabroso de aquella hospitalidad. Francisco plenamente informado tanto de la incómoda situación de las Benedictinas cuanto del reflejo que tal incomodidad tenía en el ánimo de la querida novicia, la retiró de allí y la condujo al monasterio de Sant'Angelo di Panzo, también de monjas Benedictinas.

Y he aquí que pasados dieciseis días de la fuga, —según precisa Fray Tomás— se presenta en la puerta de aquella casa religiosa una jovencita que pregunta por Clara y, al verla, se le echa en los brazos. Es Inés, la hermanita de quince años, la pequeña, a quien ella desde la casa había infundido parte de su ardor en el que ya desde hacía tiempo vivía, y a la que probablemente habría hablado del propósito que venía madurando en sus coloquios con Fray Francisco.

Ni dudas ni objeciones por la tierna edad, ni por el género de vida tan diferente, ni por el efecto de aquella segunda fuga en la familia y en los parientes. Ella, más bien, en esas dos semanas había rogado a Dios para

que las buenas disposiciones de la hermana se incrementaran hasta hacerle seguir su ejemplo. Esa plegaria había sido escuchada. Había en ella lo que podría llamarse el sentido de lo absoluto: acudir intrépidamente hacia Jesús, en decisión irrestricta y llevar consigo a cuantas tuvieran ánimo para emprender la nueva senda.

Naturalmente, la segunda fuga llevó a la exasperación el resentimiento de todos los hombres de la casa. Es probable que el padre no fuera el más violento. Su desdén, su dolor, resultaban atemperados por el comportamiento de su mujer, la piadosa Ortolana, que lloraba, rezaba... y comprendía. Pero había si, algún hermano y cercanos parientes que protagonizaron el relato del biógrafo: hasta doce de ellos acudieron al Monasterio de Sant'Angelo di Panzo. Fray Tomás apunta el nombre de uno de ellos —el tío Monaldo— que alcanzó fama por la torpeza con que actuó en su intento de recuperar a la chiquilla.

La escena, fué, en efecto, más terrible que aquella a la que había sido expuesta Clara. Como Inés rechazase la intimidación para volver a casa, "Uno de aquellos caballeros —afirma Celano— con el ánimo enfurecido, trata de tirarla de los cabellos, sin ahorrar los golpes de puño y pié". La arrancan, entre varios, de los brazos de la hermana mayor que no puede sino llorar y suplicar; la arrastran hacia afuera, la empujan a la calle llevándola con violencia hacia adelante. Y ella va gimiendo: —"Hermana, ayúdame. No dejes que me arranquen de Jesucristo..."—. El vocerío atrae a los campesinos de los alrededores, espectadores curiosos y maravillados. Pero la fatiga hace presa de los raptores y, cuando llegan al paso de una acequia, aquel tierno cuerpo, ya sin fuerzas de resistencia, se torna tan pesado que no pueden transportarlo más allá. El milagro que no fuera necesario para la defensa de Clara se evidencia en este caso.

Refiere el candoroso narrador, que los campesinos estuvieron dispuestos a dar ayuda a los señores, pero alguno, comentó en tono irónico: "—Debe haber comido plomo toda la noche; por eso pesa tanto"—. El tío Monaldo: "Que se volvió tan rabioso hasta quererle pegar mortalmente con el puño, sintió de pronto en la mano levantada un terrible dolor, que lo atormentó luego por mucho tiempo". Y en aquel momento, ante aquellos fieros hombres confundidos, extrañamente fatigados y no poco sobresaltados, emerge Clara, los reprende y les señala el retorno a Asís, en tanto que lleva ella consigo hacia el convento a la hermana que delicadamente se había incorporado.

VI

Obsérvese: la parentela masculina de las dos niñas hace violentas tentativas, primero con la una, luego con la otra, pero no actúa contra quien debe sindicarse como evidente promotor del escándalo. La leyenda del celandés, la Bula de canonización, los tardíos investigadores o forjadores de detalles, no sugirieron, ni por un momento, que aquellos hombres, inclusive

MUSEO NACIONAL DEL PERU

el furioso tío Monaldo, se hubiesen dirigido a Fray Francisco en son de insulto o amenaza.

Ya era él poderoso, más que toda la dorada milicia. Está reconocido por el Papa Inocencio III; disfruta del apoyo del Cardenal Ugolino, el futuro Gregorio IX protector de la Orden, y de aquel —aún más interesante por más próximo— del Obispo Guido. Está nimbado por el fervor popular. Fué necesario resignarse.

El Obispo Guido hubo, más bien, de intervenir para conceder a la naciente Orden de las Mujeres Pobres (o "pobres damas" como otros con un vocablo más caballeresco traducen las "Pauperes dominai") una sede propia, sobre la que, sin duda, Fray Francisco había ya puesto los ojos en razón de la imposibilidad de que Clara e Inés permaneciesen como huéspedes de las Benedictinas. Fray Francisco había escogido San Damián para dicha sede. Era el lugar sagrado de su conversión, donde el crucifijo le había hablado y a donde él había acarreado piedras y dinero para la restauración. El viejo cura de la Capilla había muerto y de su modesta morada, unida a la iglesia, el Obispo tenía derecho de disponer.

De tal manera, las dos niñas se enclaustraron, bajo rígidas normas, en el lugar que, con la Porciúncula se reconoce como uno de los dos más santos lugares recintos de la epopeya franciscana. Ni aún allí permanecieron aisladas las dos menores, puesto que bien pronto acudieron otras desde la ciudad y desde el valle y, poco a poco, de lugares más lejanos. En breve tiempo aquello que fuera materia de escándalo, una fuga tras de otra detrás de frailes descalzos humildemente trajeados con túnicas cabritillas y cuerdas anudadas a la cintura, se convirtió en una asamblea de almas femeninas ansiosas de vivir en el servicio exclusivo de Dios. Cuanto más rigurosa era la breve regla propuesta por Fray Francisco y hecha vida por Clara, más se inflamaban esas almas en su voluntad de sacrificio.

Los tres principios fundamentales de la Orden a los que las Pobres Mujeres debían ceñirse eran, como se sabe, Pobreza, Castidad y Obediencia. La Obediencia respondía a la Humildad. Pero la Pobreza, la que más caracterizaba a San Francisco, constituía en puridad la novedad mayor de la Regla. Era absolutamente indispensable no poseer nada. Ni recibir jamás dinero ni como donación ni como merced de trabajo. Y la Pobreza anidó en el corazón de la Poverella de Asís apasionadamente, al extremo de rechazar el constante interés de Papas y Cardenales, protectores que aconsejaban suavizar la Regla tratándose de mujeres recluídas.

Hasta que ella vivió —y vivió aún veintisiete años después de la muerte del Seráfico Padre— el respeto del principio de la pobreza absoluta fué el más generoso tributo de ardiente fidelidad de la Santa hacia el Santo.

Las Pobres Mujeres no tenían necesidad de rentas. Al igual que los frailes menores, cuando ellas ingresaban en la Orden donaban a los menesterosos cuanto poseían. Tal hicieron las dos hermanas, cuando después de la muerte del padre les tocó una parte de los bienes, y así también cuando su madre va viuda respondiendo a la atracción doble que sobre ella ejercían sus hijas fué

a enclaustrarse con ellas en San Damián, en camino de convertirse en la Beata Ortolana.

El mezquino alimento cuotidiano era provisto por los frailes "limosneros", que pedían también para ellos mismos. No es probable que las Pobres Mujeres viviesen solamente de la caridad, porque a las monjas como a los frailes les estaba prohibido el ocio. Se sabe que en San Damián trabajábanse los ornamentos sagrados de Iglesias y capillas, y que terceras personas permutaban con los escasos medios de subsistencias suficientes para las recluídas. Algunas monjas no ligadas al voto de clausura salían del Monasterio para mendigar discretamente la satisfacción de necesidades extrañas a la de los frailes.

Para uso de los monjes existía una ventanita en la que depositábanse los panes y las menguadas vituallas, y cuanto se desease hacer llegar a sus manos. Las largas horas de trabajo se acompañaban con oraciones dentro de un clima de recogimiento que no excluía sobrias pláticas matizadas por la serena alegría de Clara la Abadesa. Porque ella se resignó a convertirse en Abadesa tres años después de su ingreso a San Damián en obediencia a la insistente voluntad de Fray Francisco; y de ésto —dice el Celanés con su habitual afición por el juego de palabras— brotó en su corazón "timor, non tumor", temor no orgullo. Lindo lema pensándolo bien, para quienquiera que asuma un comando y tenga consciencia de las dificultades y de la carga de responsabilidad que derivan del mando con respecto a la obediencia: "Timor, non tumor".

La alegre serenidad, uno de los aspectos más bellos de la vida de Santa Clara como de la de San Francisco su cabal gemela, apareja el concepto de la sonrisa compartida con el llanto.

Las dos admirables criaturas sentían intensamente el dolor de la Pasión de Cristo en sus vidas, en sus conciencias. Dentro de sus seres pensantes y conscientes está el Crucifijo, pesa el remordimiento del sacrificio impuesto por los pecados del mundo. Ellos asumen en sí mismos al Hijo de Dios. Es difícil darse cuenta de esta condición de espíritu por la que el Poverello de Asís y junto con él la Poverella se siente crucificador, sujeto permanente de delito y que no halla paz ni reposo en busca de perdón. Por ello, no estamos en condición de entender por qué Francisco vierte tan frecuentemente, en soledad, largos y amargos llantos y por qué Clara lleva en torno de sus carnes delicadas al cilicio hecho de cuero de jabalí con las cerdas vueltas hacia adentro. Cada hora de sus vidas es una expiación.

Un día —pequeño y adorable episodio entre cien— Francisco está sentado en la mesa con sus compañeros para la frugal comida, cuando uno de ellos, resulta hablando de la Virgen María en fuga con el niño Dios, pobre, tan pobre, que no sabe cómo nutrirse y nutrirlo. Francisco, entonces, toma su pan y se pone a comerlo en el suelo, avergonzándose de estar, él, sentado en una mesa. Clara sufre de igual manera a través de su imaginación. Todo lo demasiado poco le parece mucho y los ayunos se repiten, a tal extremo que más tarde, enferma de prolongado mal, deberá por orden del Cardenal protector hacerlos menos frecuentes y menos duros. Expiar por todo el mundo que

crucificó a Jesús, que redujo a la Virgen a mísera condición, y por aquellos que perseveran en su vida de pecado.

Para este profundo y obstinado dolor que les es propio denota completa independencia respecto de su conducta con sus hermanos y hermanas. Cierto es que unos y otros deben vivir en una estrechez rigurosa, vivir, para decirlo así, a los pies del Crucifijo. Mas deben también tener una plácida conciencia de haberse dado al Señor, y de estar pagando una deuda en la que reflejarán, siempre más bellos, los Cielos abiertos. Francisco tiene momentos de alegría infantil. Se siente feliz por haber hallado el camino. Felices deben ser sus compañeros por seguirlo de cerca. Clara y sus prosélites están —si se permite el extraño parangón— como las nobles damas del Decamerón que en bella casa y en jardín fragante de flores y dulcemente sonoro de fuentes y de cantos de pájaros, se siente a buen seguro lejos de la peste que hace estragos en Florencia.

La diferencia estriba en que aquéllas relatan o escuchan historias audaces de amor y de voluptuosidad en tanto que éstas, fugadas hacia lugar seguro, se arroban en las gracias del Evangelio o el prodigio de los Santos.

¿Qué importa el alimento exiguo; las jornadas frías, los largos silencios, y las incomodidades que el hábito no logra atenuar totalmente? La vida es bella, como aquella de las vírgenes prudentes del Evangelio, que miran amorosas las lámparas votivas, en espera del Esposo. Ella, la estupenda Abadesa en la que todo el sufrimiento físico se torna en deleite, sonríe, y, con ella, sonríen todas, alegres, enfervorizadas.

Los sermones de los buenos frailes, de simples pero cálida oratoria, dichos en los sagrados oficios, son por todas escuchadas tras la espesa reja del locutorio, con avidez que Clara compartía.

¿Qué queréis? Dios ha hecho a los hombres y a las mujeres, y los hombres gustan de la presencia de las mujeres y las mujeres de aquella de los hombres. Entre la más pura luz de la vida religiosa esta realidad se sublima, no se anula. Por eso las mujeres son adictas a Jesús. Por ello Magdalena queda de él extasiada y a ella es a quien el resucitado se aparece antes que a nadie. ¿Cuál habría sido la existencia de Clara, piadosa niña, si en su horizonte no hubiera surgido aquel joven que raptaba las almas y las conducía hacia los caminos del paraíso como un caballero antiguo lleva a su doncella en la grupa del caballo?

Clara había encontrado cierto día a Francisco predicando en San Rufino. Amaba también las prédicas de los campañeros de él que, muy bien escogidos, oficiaban en la Capilla de San Damián. Pero Francisco, que tenía de la Pobreza como de la Obediencia y de la Castidad una idea absoluta y que iba raramente al monasterio con el que se comunicaba por medio de mensajes, se mostró inquieto por aquel deseo de prédicas que demostraban las Pobres Damas y con el calor que en ellas despertaban los predicadores. Expresó, por ello, el deseo de que todo oficio divino se efectuara sin discursos.

Tal actitud dió origen a un episodio que transparenta el carácter de Clara. Ya no está postrada en la obediencia. Obedece, por decirlo así, de pie. Es toda entrega, pero entrega inteligente y razonada. Voluntad que se

ofrece mas no se anula. Aquella prohibición del Seráfico Padre le parece injusta. En el fondo la estima una ofensa a su pureza y a la de sus compañeras. Y protesta. Más bien reacciona. Dice: —"Si no se nos da la nutrición de la palabra, rechazamos la nutrición del alimento material. Cerramos la ventanilla de los frailes limosneros si se nos niega la elocuencia de los frailes predicadores—".

En trivial palabra podría decirse que ella amenazaba con la huelga del hambre.

Francisco comprende, sonríe y cede.

Y Clara le está agradecida. ¡Ah, aquel inspirador suyo, aquel su maestro, aquel su raptor! Tan prudente, tan severo, tan vigilante en el cuidado de los humanos afectos! En Asís, años antes, iba ella a escucharlo a la Iglesia y se unían en secretos coloquios. La nostalgia le hablaba ahora de aquel tiempo fragante de promesas como de flores de abril. Encerrada muy a su gusto y para siempre: ¡Cuarenta y dos años permaneció allí! Pero deseaba verlo una vez más, de frente, con el rostro abierto; hablarle, oírlo hablar... escucharlo nuevamente...

Y manifestó este deseo suyo a uno y otro de los campañeros de él cuando llegaban a la Iglesia o a la ventanilla.

El episodio, que es una joya de las "Fioretti", es considerado por ciertos críticos como una fábula de frivolidad ofensiva para Santa Clara y para el propio San Francisco. Son los escépticos de los milagros quienes los admiten con propias reservas. En el jardín no deben haber más flores que las de aquel que las plantó. Las que nacen de semillas que el viento ha traído no se aceptan y pueden ser materia de escándalo.

Mas el episodio es bello y de franciscano estilo y quien primero lo recogió no pensó jamás en enjuiciar al viento.

Los frailes transmitieron al Padre el deseo de Sor Clara. Y volvieron a decirlo, e insistieron. ¡Pobre hermana Clara! Ellos vivían al aire libre, caminaban, convivían y discurrían juntos. ¡Pero Clara! Francisco fué vencido y un día respondió: —"Hacedla venir".

Pero hela ahí bajando por el camino de la colina que desciende al llano por la misma vía que había recorrido años antes al filo de la noche, y que ahora la conducía nuevamente a la Porciúncula. Esta vez también tiene una compañera, una de esas Pobres Damas. Y Francisco con otro fraile —siempre dos a dos según la Regla— las esperan, y una comida de pobres ha sido preparada sobre la hierba.

Están sentados. El habla. El recuerdo de los coloquios de Asís trae a su mente aquellos grandes motivos de heroica fe que ocupan constantemente su pensamiento y que repite con la asiduidad de las más fervientes plegarias en todos los discursos con las naturales variaciones sugeridas por el lugar, por la hora, por la clase de auditorio, en fin, por las circunstancias. El habla. Ella bebe sus palabras como en la fuente de su vida. Se respira el más puro ambiente, como si estuviesen sobre una gran cima. Todo es rapto y éxtasis.

Surge, entonces, el milagro. El milagro es como una conmoción del alma. Es la palabra que se hace canto, el rumor hecho sonido al aumentar sus

vibraciones. La vibración de la realidad crea el milagro. Y aquí para no repetir los detalles de las Bulas de canonización o de las leyendas hagiográficas, no se consignan sino algunos milagros; los más sutiles —dicho sea con riesgo de pecado— aquellos cuyo perfume se desvanecería al analizarlos. El hombre ha necesitado siempre de milagros. Recordad en la rama pagana el milagro de otra virgen, la Vestal Claudia Quinta, el día que la nave arribó de Grecia con la piedra simbólica de la Magna Madre, cuya presencia los libros sibilinos habían sugerido como auspicio de victoria en la segunda guerra púnica. La nave había encallado en el fondo del Tíber y no había modo de empujarla hacia adelante. La Vestal, entonces, señalada como de impura, quitóse el cinto atándolo por un cabo a la proa del barco, tiró de él dulcemente y la nave respondió a aquel suavísimo impulso.

Aquí estamos en el gran Renacimiento evangélico. Francisco habla, Clara bebe sus palabras como de una fuente surgente y he aquí que el éxtasis de los convidados satura el aire, lo enciende, lo ilumina y los hombres de los alrededores acuden creyendo que un incendio se desplazaba hacia los bosques del valle. Sin embargo, sólo está ardiendo el corazón de esas dos monjas y el de dos frailes sentados sobre la hierba, quienes en ese instante han olvidado hasta el alimento. ¡No os parece sentir en el espíritu, en la narración del fraile de las deliciosas "Florecillas", la reverberación de aquel fuego inmaterial, de aquella luz divina?

Y los milagros van floreciendo.

Dejemos la multiplicación del pan en panes y el vaso vacío en la ventanilla que el fraile limosnero, al tomarlo encuentra lleno de aceite, fingiendo ver distracciones de las monjas que bajan a pedir lo que ya tienen; y los panes que, benditos por la santa por orden del Papa, (llegado a visitarla a San Damián), presentan en la corteza la señal de la cruz. Pero recordemos aquella noche de Pascua en que ella está tan enferma que no puede asistir al oficio en la Iglesia con las demás monjas.

Abajo cantan. Ella escucha y en el delirio de su mente, ya no está en su pobre aposento: se halla en la nueva Basílica, en una fiesta de luces, de himnos, de música de órgano. No deben afligirse las monjas por haberla dejado triste y sola: "Por gracia —dice— de nuestro Señor Jesucristo yo he estado presente en la Iglesia donde yace el padre mío San Francisco (muerto a la sazón desde hacía ya tiempo) y, con mis ojos corporales y mentales, he escuchado el oficio y he tomado aún la Santísima Comunión".

A los investigadores del proceso de canonización, las monjas —trasladadas por su creciente número al monasterio de la ciudad, cuya Iglesia era más grande— les recordaban entre otros, el milagro dos veces cumplido del rechazo de los sarracenos, respaldado en un hecho histórico. Federico II de Suecia estaba en lucha con el Pontífice y sus milicias, entre las cuales la historia recuerda las manadas de sarracenos que él tenía a su servicio en Puglia, especialmente en Lucera, y que actuaban en las tierras de los Güelfos devotos a la Santa Sede. La segunda invasión de sarracenos en Umbría, la más famosa, ocurrió en 1243. La conducía un tal Vitale de Aversa. Los invasores habían devastado ferozmente el lugar y amenazaban Asís. De las ventanillas

de San Damián las monjas los vieron subir hacia el Monasterio y corriendo aterrorizadas donde la Abadesa que yacía, doliente, como frecuentemente le ocurría, sobre un sacón de paja. Se levantó Clara con esfuerzo y pidió que fuera sacado el Sacramento en la Custodia. El Capellán obedeció. La Leyenda y la pintura la hacen figurar con el Sagrado Símbolo en el puño alzado mostrándolo desde una ventana al grupo que se acercaba. Y ese grupo, como cegado por esos rayos de plata, se detuvo, retrocedió y huyó.

San Damián no fué tocado. Y, menos, la insigne Basílica de Fray Elías, bien adelantada en su construcción, donde yacía oculto, el cuerpo del Santo.

Los escépticos sostienen que gozando Fray Elías de gran intimidad con Federico el Emperador, respetó éste a los franciscanos y dió orden de no atacar las Iglesias. Un documento atestigua que él dispuso no molestar a las monjas de Speldo en el mismo valle Spoletano. Clara rogó, las devotas Hijas suyas se agruparon temblorosas detrás de ella que no temblaba, y, en realidad, los sarracenos respetaron aquel nido de palomas.

VIII

Mas el milagro máximo es la vida misma de esas palomas por tantos años enamoradas de esa Madre. En la estrecha clausura —"in hoc arcto reclusorio" que dice Fray Tomás que allí hubo—, esa existencia de mujeres que se sienten privilegiadas por su aislamiento del mundo, insaciables en su afán de rodearla y de escucharla brindándole compañía amorosa y perfecta disciplina, todas, ancianas y jóvenes, dotadas y no dotadas.

Entre muchos, un pequeño episodio sonríe a la memoria. La Abadesa asiste a la humilde monja limosnera que tiene que lavarse los pies por el camino. Ella misma se los lava. Deben estar cansados esos pobres pies. Sor Clara, después de lavarlos y secarlos, con un movimiento materno levanta a sus labios el pie que sostiene entre las manos para besarlo. La monja, asustada por el gesto, trata de retirarlo golpeándole la boca. El susto crece, pero la Abadesa, con serena sonrisa, vuelve a coger el pie y lo levanta aún más para besarlo bajo la planta, que está más maltratada por la caminata.

Por esa época, la hermana Inés ya ha emprendido el vuelo desde el nido para dirigirse hacia otro cerca de Florencia. Los monasterios van surgiendo en todas partes, sumándose a las denominadas Clarisas, El mundo aparecerá de ellas constelado. Para Clara todas son sus hermanas, tiernas hijas llegadas como llegó ella en la primera flor de su juventud.

Y este vigilante amor se recordará como los milagros, porque en verdad es el milagro de cada día, de cada hora, tal como una purísima tela tejida, hilo por hilo, sin sombra de tedio, sin suspiro de cansancio. Los investigadores, que han recogido las leyendas de esta heroicidad, de esta tan amorosa tarea, no la podrán conocer sino por los relatos de las acompañantes y las repetirán en unos cuantos detalles en los que se entreven los hilos de esa tela tejida en cuarenta y dos años...

Las Pobres Mujeres reposaban en sus duros aposentos, no obstante menos rudos que el suyo, y ella aún despierta, se acercaba a cada una vigilando

el rostro y el aliento de las durmientes. Por si alguna señal de turbación aparecía en el sueño, por si fuese necesario descubrir una razón o consolar una pena la mañana siguiente; por si las más débiles denotaban mejorar con el reposo; por si las pequeñas estaban bien cubiertas y, cuando no, para cubrirles sus espaldas o el cuello con las coberturas. De celda en celda se escurría con leve paso dejando la estela de su ternura. Y más de una, sin darse cuenta de su presencia, la sentía en la subconsciencia del sueño y sonreía.

Muy de mañana, franciscanamente alegre por el día nuevo que recibía como reiterada gracia, las precedía en la plegaria, las conducía al trabajo, les regalaba su sobria y amena charla —aquel hablar que es de tan gentil acento en las tierras de Umbría— insistiendo inevitablemente en la mención del Evangelio y de los Santos. Ligeras variaciones en constantes motivos. Repeticiones. Pero ¿son repeticiones las flores que se cambian de día en día? Todo el Evangelio es un jardín perfecto que no empobrece nunca al coger las mismas flores que siempre renacen. El amor es igual: dice siempre las mismas cosas, las mismas elementales cosas, en aura de novedad deliciosa. Es el mejor momento del alma humana. Como el niño, cuando escucha nuevamente las mismas fantásticas aventuras, y goza más con aquellas de las que conserva más vívida memoria.

Así florecía para el Señor "loghicciolo" gracioso disminutivo en el antiguo lenguaje franciscano de San Damián.

Italia —donde una arcana armonía existió siempre entre la calidad de ciertos santos y el genio de sus mayores artistas— tiene dos Santas entre las más famosas del mundo: Santa Catalina de Siena y Santa Clara de Asís.

Santa Catalina, proclamada no hace mucho patrona de Italia, resplandece en la historia y en la literatura. Su santidad está situada en un panorama donde surgen, además de su ciudad nativa, Florencia, Roma, Aviñón, y se perfilan príncipes y Pontífices. Su pasión por Jesús, que en algo la asemeja a Santa Teresa de Avila, se expande, en el amor a la patria, hacia un vasto horizonte. Ella juega un rol inolvidable en el gran advenimiento de los Pontífices retornando a Roma después de la larga permanencia de Aviñón. Ella ha dejado su reclinatorio a los pies del Crucifijo, para dirigirse, embajadora de Dios y de los hombres, a la ciudad Papal de Francia. Ella está rodeada de curiosidad y de obsequios hasta la hora de su muerte en la Urbe. Más tarde, sus cartas se convierten, además, en elevados documentos religiosos, en obra de duradera importancia literaria, en la que los amantes de la lengua del "buen siglo" gustan el fresco sabor del idioma popular toscano.

Santa Clara se encierra a rogar y alentar a las mujeres que la siguen y que hacia ella se dirigen de todas partes, para cultivar la virtud cristiana hasta el extremo del heroísmo cuotidiano y silencioso.

Renovarse a sí mismo para renovar a los otros: es la revolución que estableció San Francisco. Y es la revolución que Santa Clara siente. Mas la Santa no predica. Actúa en silencio. Es una corriente silenciosa aquella de la Segunda Orden, que se extiende sobre el mundo con un silencio laborioso. Así, ella, sin la promulgación oficial, es la patrona de la mujer cristiana en todas las latitudes, que aún viviendo en el mundo y sin tener la fuerza ni el

empuje de las extremas pruebas, se entrega al Señor, sabe rogar con corazón puro y sacrificarse en la sombra. Y, hecha al deber por voluntad de amor, más que por necesidad, difunde en el pequeño círculo que la rodea la gracia de la vida terrena, escondiendo bajo la apariencia de costumbres comunes —como encubre su cilicio— la voluntaria pena de callados sacrificos en las renuncias constantes.

Los santos, como Jesús, —y de éstos Santa Clara es un ejemplar exquisito— llegan en su camino a la distancia del horizonte donde la tierra y el cielo se encuentran y se funden: otros hombres no alcanzan tanto, mas el fruto del ejemplo consiste en que ellos caminan, así sea con débiles pasos, en aquella dirección.

En aquella dirección Clara, por haber sido conducida muy joven de la mano, por Fray Francisco, llegó hasta la meta de los héroes y vivió siempre con el sentido de aquella mano segura y fuerte. Al partir el santo de la milicia terrena, ofreció hacerse ver todavía, porque sabía cuán precioso alimento podía darle a la buena compañera, ansiosa de perfección.

El encuentro fué admirablemente representado por Giotto en uno de sus más patéticos frescos. Quiso el pintor, sin embargo, vestir solemnemente la capilla gloriosa y le inventó una fachada señorial. Creó luego, genialmente, la escena, abriendo el Monasterio, rompiendo la clausura, para hacer salir a Santa Clara y a algunas de las monjas. ¿Fué así verdaderamente? Es cierto que al impulso del dolor y del amor la reja de las reclusas era insuficiente no sólo artística sino humanamente. Y Clara, que se había impuesto, al reclamar la prédica personal de los frailes, venciendo la resistencia del Santo, así como al sellar la clausura para volver, como beata comensal a la Porciúncula, podía hacer valer ante Dios y la Regla el derecho de arrodillarse y de llorar sobre el cuerpo del hombre a cuyo flanco había querido militar.

Se figura al Poverello de Asís en el acto de desposar a la Señora Pobreza. En alguna pintura se representa a Clara como una hermosa esposa. Bien: ¿no era ella la perfecta encarnación de la mística cónyuge?

El, está en su féretro y ella, extiende sus brazos hacia el cuerpo sin vida bajo el abierto cielo, a despecho de frailes y de laicos, con las espaldas a la Clausura y a la Regla.

Todo en Clara es de tan alta y vívida santidad que los escépticos pueden entender, sin levantar las espaldas, mucho más de su leyenda. Entender cómo, hallándose ella en su extrema agonía, las monjas arrodilladas en su aposento, vieron el cuarto resplandecer de una luz inefable, y una legión de figuras vestidas de blanco avanzar como séquito de una admirable mujer que se inclinó para besar la frente pálida de la agonizante para, luego, elevarse al Paraíso con sus ángeles, tal como lo reprodujo Fray Giovanni de Fiesole. Como de la mucha proximidad del alma de Clara a la corte celestial estuviera plenamente convencida la Iglesia la elevó a los altares apenas dos años después de su tránsito mortal.

Ciertamente ella imaginaba en sus últimos días de vida terrena, que allá arriba su raptor y maestro rogaría por ella y la esperaría como aquel día

que la recibió cerca de la Porciúncula; lo imaginaba reaparecido en la gloria del paraíso como casi treinta años atrás, durante muchas semanas en la pequeña logia del monasterio, cuando en trance de ayuno y de meditación, lo veía delante de la pequeña cabaña que le construyeron en el huerto cercano.

IX

Días encantadores aquellos. El, allá, con la débil vista de sus ojos gravemente enfermos, mirando en torno suyo los familiares perfiles del monte, del camino poblado de olivos, y, más cercanos, los más floridos matorrales de la huerta. Fragancias y piar de pajarillos, las frondas del verano tórrido. El, hablaba con vigor, y la voz, surgiendo casi de la memoria juvenil se convertía en canto. Clara, desde la pequeña galería, se levantaba entonces, verdaderamente, tal como aparece a los visitantes, y, rica de flores, se preparaba para mirarlo y escucharlo hasta donde lo permitían (y quizás algo más) las disciplinas del gobierno de las monjas ganosas también de respirar la presencia del Seráfico Padre.

Y, poco a poco, Francisco de Asís, iba formando aquel cantar de Frate Sole, más bien, Cantar de las Criaturas, que, cabe afirmar, inicia la literatura italiana con una joya de altos kilates poéticos.

El, amaba el canto para sí y en los labios de sus compañeros. En los postreros días de su vida había querido que se tocara y se cantara, sin importarle el embarazo del Vicario quien temía que el auditorio profano juzgara como un sacrilegio ese ambiente casi festivo. Y solía repetir:

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente por mi señor el hermano Sol.
Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas:
en el cielo las has formado claras, preciosas y bellas...

O quería escuchar el himno desde su inicio cuando dice:

Altísimo, omnipotente, buen Señor,
tuyas son las riberas, la gloria y el honor
y toda... bendición...

Y adelante, más adelante, voces fraternas, ecos propios del alma:

Loado seas, mi Señor, por nuestra señora madre Tierra,
a la que sustenta y gobierna
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.

Y la sombra descendía, con densidad creciente, sobre los pobres ojos próximos a apagarse. Y el canto proseguía:

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte corporal...

Las Clarisas habían compuesto aquel cántico digno de ser ejecutado en el pequeño coro de San Damián. Era himno de Iglesia también aunque no litúrgico, pero que, después de los medievales, resultaba una bendición ubicada de lleno en el Renacimiento.

Y las monjas cantaban, quizás en el pozo de la ermita:

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana el agua,
La cual es útil, humilde, preciosa y casta...

O, pidiendo a la llama su calor para la crudeza del invierno:

Loas seas, mi Señor, por el hermano fuego
Por el cual iluminas la noche
Y él es bello y alegra, robusto y fuerte...

Los labios agonizantes de Clara se movían para balbucear temblorosamente las palabras del canto que le quedaban dentro:

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la Muerte corporal...

Vino, luego, la aparición de María con su celeste cortejo y, finalmente, nuestra hermana La Muerte sopló sobre su pobre cuerpo, del que su alma se desprendió como una ala inflamada...

HECHOS Y PROBLEMAS PERUANOS

La enseñanza de la Historia del Perú

(Versión de una conferencia en la Escuela Normal)

por JORGE BASADRE

ALGUNOS TITULOS PARA HABLAR

Muy grato y muy honroso es, para mí, que, al volver a hablar en público en Lima, después de mucho tiempo de ausencia (1), lo haga en esta casa de maestros y de estudiantes que van a ser maestros. El tema de mi charla de hoy no es nuevo para mí. Aparte de mi propia experiencia como profesor de Historia del Perú en colegios de secundaria, de examinador de colegios y de profesor, no hace demasiados años, de Metodología de la enseñanza de la Historia; y aparte de mi contribución insistente para que se creara el curso de quinto año sobre el proceso histórico peruano, recordaré la serie de artículos sobre enseñanza de la materia reunidos en un libro aparecido en 1947, último de mi residencia estable en Lima y la conferencia ante la Asociación de Profesores Egresados de San Marcos publicada en la revista *Nueva Educación* (2). He de hablar, pues, esta tarde, como un antiguo soldado que no olvida sus cicatrices y sus reliquias y siente como uno de los goces que la vida aún le depara, el de conversar sobre cosas de estrategia y de táctica de una profesión que ha sido desinteresada preocupación de toda una vida.

ENSEÑAMOS MAS HISTORIA QUE EN OTROS PAISES AMERICANOS

Entrando en materia, veamos la posición que ocupa la historia nacional en nuestro plan de estudios vigente.

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia está publicando en la actualidad una serie de monografías acerca de la enseñanza de esa asignatura en los distintos países del continente. Hasta ahora han aparecido los volúmenes que tratan de Estados Unidos, Honduras, Cuba, Venezuela, Argentina y Colombia. Voy a referirme ahora tan sólo a estos dos últimos países con el objeto de comparar sus planes con el nuestro.

En la Argentina, a partir de 1949, enséñase la historia en la siguiente forma en la educación secundaria, allá llamada bachillerato: *Primer año:* Historia argentina desde las civilizaciones americanas precolombinas y los aborígenes del territorio argentino hasta las causas de la Revolución de Mayo

---

(1).—Esta conferencia fue pronunciada a fines de 1952.

(2).—"Los nuevos programas y la enseñanza de la Historia del Perú", en el número 11 de Setiembre-Diciembre de 1947 de *Nueva Educación.*

con cinco horas semanales (Es la parte que llamamos aquí período prehispánico enseñándolo en los dos primeros años). *Segundo año*: Desde la Revolución de Mayo hasta nuestros días con cuatro horas semanales (Lo que se halla en el plan de 3º y 4º año en el Perú, o sea Emancipación y República). *Tercer año,* último del ciclo común: Historia antigua y medieval con cuatro horas semanales (Son cursos de 1º y 2º años entre nosotros). Viene en seguida el segundo ciclo de bachillerato que se inicia en el cuarto año e incluye historia moderna y contemporánea con especial referencia a América, con tres horas semanales (Materias que son de 3º y 4º año en el Perú). En el *quinto y último año* de bachillerato: Historia de las instituciones sociales y políticas de la Argentina (similar en el título pero no en el contenido a nuestro curso de quinto año). En el ciclo superior del magisterio que se sigue en las Escuelas Normales terminado el bachillerato, o sea en un *sexto año,* existe una asignatura sobre la historia cultural argentina con cuatro horas semanales que no tiene relación con el tema que estamos tratando, reducido a la secundaria propiamente dicha.

La enseñanza de la historia se hace en Colombia de la siguiente manera, según los programas vigentes en 1950: *Primer año:* Historia de la República con 3 horas semanales. *Segundo*: Edad Antigua de la Historia Universal con 4 horas semanales. *Tercero:* Epocas moderna y contemporánea con 4 horas semanales. *Cuarto*: Hechos más salientes de la historia colombiana en todos sus períodos y biografías de los próceres y estadistas más notables con 2 horas semanales. *Sexto:* Estudio crítico general del pasado colombiano, si es posible, en forma de seminario, con 3 horas semanales.

Comparando estos planes con los del Perú se ve que hay mayor volumen y mayor detallismo en la enseñanza de la historia en nuestro país. Tenemos aquí cursos de historia nacional en todos los años de secundaria, lo que no ocurre ni en Argentina donde ellas se dictan sólo en los dos primeros años del ciclo común y en el último del segundo ciclo; ni en Colombia donde se siguen en el primero, cuarto y sexto; y tenemos además cuatro cursos de historia universal, al último de los cuales está adherido un cursillo sobre América, mientras esta materia en Argentina es seguida sólo en el tercero y cuarto año y en Colombia en el segundo y tercero. Nuestros cinco cursos de historia nacional toman 14 horas en total, frente a 12 que absorben los tres cursos argentinos y 8 horas adscritas a los tres cursos de Colombia. Nuestras cuatro asignaturas de historia universal emplean un total de 8 horas frente a 7 de la Argentina con 2 cursos y 8 en Colombia con 2 cursos.

Hemos creado, 9 cursos de historia, Argentina 5 y Colombia 5. Nuestro total general de horas de historia llega a 22, superando a las 19 de Argentina y las 16 de Colombia. Es decir, no enseñamos menos sino más historia que en esos países. Hay, además, una notoria desigualdad en la relación entre esas cifras de los tres países si se compara la nomenclatura de los cursos y la cantidad de horas a ella asignadas; lo cual comprueba el recargo de nuestros programas.

NUESTRO PROBLEMA ES UN PROBLEMA DE EFICACIA Y NO DE CANTIDAD. TENEMOS UNA SUPER-ESTRUCTURA PERENNEMENTE REFORMISTA Y UNA SUB-ESTRUCTURA TENAZMENTE RUTINARIA

Y, sin embargo, quienes tienen a su cargo los exámenes de ingreso en las Universidades y Escuelas de Institutos Armados, año a año no ocultan que la gran mayoría de los alumnos no conoce la historia universal y, lo que alarma a muchos espíritus patriotas, ignora la historia del Perú. Sin duda nuestro mal no es la anemia sino la congestión. Nuestro problema no consiste en aumentar el número de las horas de clases o en poner mayor densidad en los programas, sino en buscar eficacia en los resultados de la enseñanza.

A propósito de los programas decía yo en la conferencia de 1947 y voy a leer unos párrafos de la versión que de ella publicó la revista *Nueva Educación* en su número de setiembre-octubre de 1947 para ver que no me estoy refiriendo a un estado de cosas demasiado reciente:

"Hay un riesgo en este moroso tratamiento de cada tema y ese riesgo se hace más patente en los programas de 1947 y es que la enseñanza caiga en el eruditismo, ampliando el caudal que a cada enunciado toca. Resulta algo fundamental por eso que los profesores midan bien su tiempo disponible, las posibilidades de sus alumnos, la armonía entre el todo y las partes y utilicen cada programa en escala de amplitud y no de profundidad, considerando que su variedad de tópicos tiene por objeto enriquecer el tratamiento de los conceptos esenciales que deben formar la asignatura y no hacerlos sumergirse en el follaje de una erudición recóndita. Las exigencias de la materia tienen que ser puestas en consonancia con las dotes peculiares de los discípulos en los distintos estadios de su evolución intelectual; o sea que en cada caso el volumen del enunciado histórico debe estar de acuerdo con las condiciones de la psicología del niño y del adolescente.

Es preciso recordar siempre las diferencias que existen entre la metodología de la investigación y la metodología de la enseñanza histórica. Para el investigador lo fundamental es ampliar los conocimientos sobre un problema dado; al maestro le corresponde divulgar en forma progresiva y adecuada y hacer arraigar de modo firme en la conciencia de sus discípulos los conocimientos alcanzados ya por la investigación. No se trata de hacer de todos los niños peruanos futuros historiadores; se trata de proponer, por eso, a los maestros, mediante los programas, una serie metódica de cuestiones que, convertidas en bolo alimenticio para los educandos, sirvan para renovar la enseñanza misma.

Porque debajo de la serie atropellada o movediza de los planes y programas, hemos vivido, en realidad, demasiado tiempo en un monótomo sistema de tópicos y lugares comunes. El día en que se "pase por la pantalla", como se dice en términos médicos, nuestros textos, copias y documentos para los exámenes de ingreso a la Universidad, y a las Escuelas Superiores, en los últimos 15 a 20 años, se verá, no sólo la auténtica orfandad de la enseñanza y el simplismo de su contenido efectivo, sino su espíritu opuesto al cambio.

Nuestra realidad educacional puede ser definida en una breve fórmula: una super-estructura perennemente reformista y una sub-estructura tenazmente rutinaria. Los nuevos programas, cualesquiera que sean sus defectos, deberían ser una poderosa ofensiva lanzada contra esta estructura tradicional. Necesitamos que cese lo más pronto posible el divorcio entre el derecho estratosférico y el fondo plutónico, por primitivismo o simplismo de la vida peruana, que se acerquen el país legal y el país profundo".

LA HISTORIA EN LA ESCUELA PRIMARIA

La enseñanza de la historia no presenta, en el estado actual de las ideas pedagógicas, tantas discrepancias teóricas acerca de sus principios, métodos y técnicas como las que existen en otras disciplinas en estos momentos. Cabe hallar acerca de ella fundamentales coincidencias entre las directivas y documentos oficiales, por un lado, y los libros especializados por otro, empezando desde el Manual de Hinsdale traducido en España en 1912, que abrió nuevos rumbos.

Tratándose de la enseñanza primaria, por ejemplo, después de interesantes debates acaso ya superados, se propugna por una mayoría de opiniones el empleo sucesivo de las formas episódica, biográfica y cronológica. La primera, destinada a los grados inferiores, se nos dice que debe concentrarse en el aspecto dramático de hechos históricos sencillos para ser tratados en forma de cuentos atrayentes, leyendas y narraciones, utilizándose, lo más posible, el método interrogativo; y excluyéndose rigurosamente la exposición dogmática. Es la etapa en que la historia debe ser un cuento, según quería Tolstoy, agitando cuidadosamente el corazón de los niños con la varita mágica de las emociones. Las historias deben tomar en esta etapa el lugar de la historia. Y es que se ha dicho que el pueblo de los niños tiene algo de la infancia de los pueblos. Se propugna, en seguida, que hacia el tercer grado, el alumno llegue al período biográfico en el que se agrupan alrededor de grandes figuras históricas los hechos culminantes de distintas épocas. Sólo hacia el cuarto grado, más o menos, se aconseja presentar sucesiva y sistemáticamente las diversas fases de la historia patria, sin abandonar en lo substancial lo que corresponde a los aspectos anteriores. Por último, ya en la etapa cronológica, cabe estudiar en forma global la inter-relación y el significado de los hechos históricos culminantes, aunque se arguye que antes de los 14 años no se puede abarcar la noción de la causalidad político-histórica propiamente dicha. Enlázase con esta graduación de aspectos el empleo atinado de la intuición, las sinopsis y los ejercicios. La intuición inmediata volcada sobre monumentos, monedas, banderas, escudos, edificios, vestidos, armas y lugares históricos; la intuición mediata sobre cuadros y retratos, dibujos, mapas históricos y geográficos. Surge la sinopsis en los diagramas, los cuadros-resúmenes, los esquemas y las síntesis. Corresponde, aparte de esta labor dirigida por el maestro, a los alumnos mismos hacer recitaciones de leyendas, relatos y poesías históricas, reunir y ordenar recortes, coleccionar y dibujar objetos,

y aún iniciar ciertas investigaciones sencillas. Este último punto lo desarrollaré más adelante.

Hay, sin duda, maestros de Primaria que hacen mucho de todo esto. Conozco personalmente a algunos de ellos. Su amistad, es para mí, timbre de mayor orgullo que el haber conocido a tales o cuales figuras de renombre internacional.

Pero en otras clases hay acumulación desordenada de datos, ejercicios mnemónicos con nombres y fechas, sucesión de episodios que no dejan ni huellas estéticas ni infunden entusiasmos generosos, ni estimulan la imaginación y el juicio, ni incitan a conocer y a servir al Perú. Abramos uno de los textos de quinto año de Primaria, con los que se enriquecen algunos autores; no quiero decir que sea el peor o que esté solo en el empleo de su método. Dedica 19 páginas a la época prehispana y en ellas he contado 68 nombres indígenas, o sea un promedio de casi cuatro por página, incluyendo los que se refieren a pokes, huallas, sausaceras, alcabizas y huallacanes que se dice fueron derrotados por Manco Cápac. Enumera los ayllos Urumarcas, Vilcas, Pocras, Iquichano y Morochuco de la nación chanca con su respectiva ubicación geográfica, su dios Huamani y la lista de los principales monumentos que existen hoy en Vilcashuamán. En seguida, el libro ofrece implacablemente los nombres de catorce virreyes con sus obras notables. Después de cada uno de ellos y de treinta precursores de la Independencia, siguen casi todos los Presidentes de la República, incluyendo al Arzobispo Holguín ante quien (según el texto obliga a saber) dimitió Sánchez Cerro para ser sucedido por el Dr. Elías, el Comandante Jiménez, el señor Samanez Ocampo y Sánchez Cerro otra vez; finalizando esta sección con todos y cada uno de los ríos y quebradas de la línea de fronteras con el Ecuador fijada en 1942.

Frente a este triste documento del país real y frente a otros testimonios que tan crueles resultan con nuestros muchachos de once y doce años y con las normas de pedagogos y psicólogos, podemos afirmar que no se cumplen los fines que en principio se señala a la historia patria en la educación primaria: es decir, que ella no es lección viva de amor patrio y de solidaridad humana. Ni podemos ver cómo ha de funcionar el concepto de las unidades de trabajo correlacionando los conocimientos de la historia, y los de naturaleza, geografía, y educación religiosa, moral y cívica por la actividad organizada por los alumnos.

LA CRISIS DE LA ENSEÑANZA ESCOLAR DE LA HISTORIA

Pero no es de la educación primaria sino de la secundaria de la que vamos a conversar esta tarde. El vistazo a la Primaria no está de más, sin embargo, porque allí están algunas de las raíces del problema. Problema (reconozcámoslo con serenidad) que no sólo es nacional. De muchas partes, no sólo de nuestro país, se alzan voces señalando la crisis de la enseñanza de la historia. Amaranto Abeledo, en su libro sobre esta materia, enumera los siguientes males en los colegios de la Argentina, que acaso, con ligeras variantes, pudiéramos localizar en nuestro propio ambiente:

1º El desconocimiento de las funciones de los cursos de historia que no sean los simplemente informativos.

2º La limitación de su contenido a los aspectos político-militares.

3º La improvisación del profesorado.

4º El escaso tiempo dedicado a la enseñanza.

5º La falta de materiales gráficos y documentales, de trabajos prácticos, de ejercicios de crítica o análisis histórico por los alumnos y de estímulo a su espíritu creador.

NECESITAMOS MAS Y MEJORES PROFESORES

Al analizar estos cinco argumentos de Abeledo, puede constatarse que, a excepción del cuarto, referente al escaso tiempo dedicado a los cursos de historia (afirmación que, como ya hemos visto, es más válida en la Argentina que en el Perú) todos los demás pueden ser compensados, en una u otra forma, siquiera en parte, por la preparación, la orientación, el entusiasmo, el tacto de los profesores. Eso es (permitidme que lo señale desde ahora) uno de los "leit motif", acaso el más insistente, de mi charla de hoy: necesitamos más y necesitamos mejores profesores.

Ellos mañana a mañana tienen que enfrentarse en cada uno de los cinco años de Media a ese personaje colectivo que se llama la clase, compuesto por cierto número (a veces excesivo número) de muchachos o muchachas, cada uno con su individualidad y su propio medio; conjunto de bullentes seres entre los que ya cabe diferenciar a los hábiles y a los mediocres, a los tranquilos y a los activos, a los razonadores y a los entusiastas, a los desordenados y a los prácticos, a los ilusos y a los escépticos, a los engreídos y a los groseros, a los vanidosos y a los sencillos; y a la vez, cada uno sujeto a las constantes generales de la psicología de la adolescencia con el gusto por lo concreto y la superstición de las palabras, la imaginación rápida y la curiosidad por lo real, la emotividad y el olvido rápido, la necesidad de acción y el deslumbramiento de ir descubriendo cada día el mundo y la vida. El maestro es el intermediario, o mejor dicho, el intercesor entre la historia y esa horda primitiva y encantadora, cruel y generosa, arrogante e ingenua.

A él le ha sido encomendada la tarea de domarla y encauzarla y, a través de cinco años, hacerle tomar conciencia del recorrido que el hombre peruano ha hecho en el tiempo. ¿Será cierto que se trata de un asunto aburrido y poco interesante? ¿Lo será de verdad ante esos muchachos y esas muchachas que están en la edad en que su aptitud para admirar e impresionarse está patente; que diariamente aprenden, miran, intuyen e imaginan una infinidad de cosas y que, fuera del colegio (hablo de los varones ahora), por un instinto invencible pretenden ser a veces exploradores audaces, deportistas empeñosos, fabricantes de utensilios y de armas, coleccionistas de estampillas o de retratos de estrellas de cine y siempre son devoradores insaciables de revistas, periódicos, novelas y películas? No, ellos, mozos, ya casi hombres, en cuyos rostros apunta el bozo, símbolo de virilidad, no serán insensibles a la emoción y el sentido de la historia patria, percibirán en lo esen-

cial lo que el Perú es como recuerdo, como destino y como esperanza, si el profesor los sabe llevar suave y seguramente a encontrar ese fascinante camino.

NECESITAMOS UNA MORAL PARA MAESTROS

Al profesor le corresponderá, en primer lugar, hacer su plan de trabajo, poniendo en cumplimiento, dentro de sus propios recursos, elementos y posibilidades, la distribución de las unidades de los programas según los distintos meses, excelente innovación del sistema hoy vigente. Le toca al profesor, además, establecer un ambiente de confianza en el alumno que no debe degenerar en indisciplina perturbadora de la normalidad en el aula, ni basarse tampoco en la coacción y en el miedo. Le incumbe, asimismo, dar amenidad a la clase sin hacerla superficial, hacerla seria y sustanciosa sin recurrir a la pesadez. Correspóndele el manejo juicioso del programa y del texto cuyas deficiencias posibles tratará de salvar; el empleo debido y racional de tareas y ejercicios de los alumnos; el mantenimiento armonioso de la actividad de ellos, exigiéndoles no más ni menos de lo que pueden dar, revisando sistemáticamente sus trabajos, cuidando que no sean hechos por extraños y cuidando de no desalentar a los buenos con una indiferencia que puede ser muy nociva y de asediar a los insuficientes con una atención que puede ser estimulante.

La enseñanza en nuestros colegios adolece de dos defectos que resultan antagónicos y, a la vez, se complementan entre sí. De un lado, pesa sobre ellos un espíritu seudo universitario (como que universitarios más que pedagogos han hecho muchas veces programas y directivas y aún textos). Ello explica el detallismo de las proposiciones, las nomenclaturas minuciosas, el ambicioso exceso de conocimientos que se imparte. De otro lado, están el simplismo, la frivolidad, la esterilidad de la enseñanza misma que resulta seudoprimaria. Nuestra directiva tiene que ser darle seriedad al estudio de la historia restándole pesadez. Volverla auténtica a la vez que sencilla. Y de ello es preciso que tenga clara conciencia el profesor aún antes de entrar en funciones; y es preciso que posea la aptitud para actuar en consecuencia. Su tarea resulta así, incrementada porque tiene que luchar contra defectos tradicionales. Urge que, si es eficiente, si ofrece garantías de salud mental y espiritual, ese maestro cuente con estabilidad en su cargo, con sueldos adecuados, con atractivos para su futuro y, al mismo tiempo, con el estímulo constante de revistas y otras publicaciones, de sociedades profesionales, de guías y aún de misivas que lo orienten y lo ayuden. Esta labor de orientar a los maestros de toda la República y de levantar su moral puede ser llevada a cabo por la Escuela Normal que así actuaría en el campo de la educación post-escolar, de la educación de los adultos, de la educación de los educadores.

UNA HERRAMIENTA AL ALCANCE DE CUALQUIER MAESTRO: EL LENGUAJE

¿Cuáles serán las herramientas de trabajo del maestro? Los textos de metodología de la enseñanza de la historia hablan de films, mapas, cuadros,

estampas, libros de lecturas históricas, visitas, excursiones, etc. Pero dejando para hablar después de tan refinados instrumentos, miremos a nuestros colegios más pobrecitos y, algunos de los más costosos y no hallaremos sino el viejo triángulo: el maestro, el texto y los alumnos. El método didáctico tradicional basado en esos tres elementos es el que domina entre nosotros: el alumno que memoriza más que aprende, el compendio cuyo objeto es exponer lo que debe ser recordado y el profesor que se limita a seguir el programa y el compendio.

El primer material tanto de ese maestro llamémoslo anacrónico, como también del otro maestro juvenil, renovador, técnico o progresista, es siempre el mismo: el lenguaje. Acaso no pensamos en esto lo suficiente. Después de nuestra propia infancia y adolescencia, ¡cuántos de nosotros nos hemos habituado a una deformación profesional en nuestro vocabulario! Podemos estar seguros de una cosa: acerca de las palabras usadas en la clase o escritas en el texto que los alumnos no entiendan, ellos no preguntarán nunca el significado. Los unos por indiferencia, los otros por miedo, los más por falta de costumbre, todos acostumbrados a resistir sin protesta en tantas aulas, en tantas clases, el diario diluvio de los nombres insólitos que en ciertas materias como Botánica, Zoología y Anatomía llega entre nosotros al límite de lo increíble. Anotar el texto, cuidar la fraseología de la lección oral, ser parco y explícito en el uso de los vocablos técnicos, interrogar y comprobar que todo lo que se dice es asimilado: he aquí tareas previas y elementalísimas del profesor cuidadoso que no por eso va a puerilizar su enseñanza. He aquí una necesidad que mis colegas que han hablado en esta sala de la enseñanza del idioma, ratificarán. Pero no se tratará sólo de un cuidado semántico o estético. Se trata de una necesidad netamente histórica. Como la cronología, la terminología representa una técnica indispensable de la historia. Tratándose, por ejemplo, de las instituciones de los Incas o del Virreinato, o de las campañas de Junín y Ayacucho, o de los debates doctrinarios entre los próceres, o de la evolución republicana, ¿cómo no percibirla? Hace pocos días constaté, por ejemplo, interrogando a un grupo de alumnos de la sección doctoral de la Facultad de Letras que, leyendo el actual texto de 4º Año de Secundaria, ninguno podía diferenciar entre el papel moneda anterior a la guerra con Chile y la moneda de papel establecida en 1914 que dicho texto menciona en su capítulo XIX; tampoco ninguno podía precisar lo que es y lo que hace la Compañía Administradora del Guano, también incluída en el contenido del mismo capítulo. Si esto ocurre con futuros doctores en Historia y doctores en Educación, ¿qué ocurrirá con los estudiantes de colegio?

EL ELEMENTO HUMANO DE LA HISTORIA

Necesitamos, pues, primero, un lenguaje claro, correcto, debidamente explicado cuando sea necesario para la lección, la interrogación o el diálogo; un lenguaje vivo, animado, que sepa distinguir entre lo que algunos modernos pedagogos llaman los conocimientos brutos y los conocimientos que no son de memoria sino de cultura. En éstos ya será posible y es muy deseable tratar

de colorearlos con medios de expresión casi visual, prefiriendo el detalle siempre tan seductor para las mentes jóvenes y frescas de todas las edades; allí está en el fondo, el secreto de la eterna boga de las novelas históricas y de la reciente racha de las biografías noveladas. En las fuentes más auténticas, sin necesidad de inventar y exagerar, con qué nítido relieve, con qué vida insuperable a través de pequeños rasgos concretos y accesibles, aparecen figuras como Colón, Pizarro, Toledo, el Conde de Lemos, Santa Rosa, San Martín, Bolívar, Salaverry, Castilla, Raimondi, Palma, Grau. No es que la clase deba convertirse en colección de anécdotas. Ellas, si son pocas, interesantes y fundamentales, pueden ayudar para vitalizar la hora de historia.

Y así, cuidando las palabras, usando con mucho tacto las anécdotas, empleando el diálogo, el debate, el interrogatorio, el ejercicio y el esquema en la pizarra, el profesor puede suplir, siquiera en parte, las deficiencias o las limitaciones de su medio ambiente, sin que por ello necesite excederse en el papel que le corresponde dentro de la clase. De él depende evitar los terribles enemigos de la historia en el aula escolar: el bostezo y el ronquido.

Que nada de esto ocurre, inclusive en otros países, tenemos pruebas. El gran historiador argentino Ricardo Caillet Bois en un artículo sobre la enseñanza de la historia en el ciclo secundario publicado en el primer número del *Boletín de la Comisión Revisora de Textos de Historia y Geografía Argentina y Americana,* decía en 1946:

"En primer término, el aprendizaje de la asignatura resulta para el alumno uno de los más pesados. Montones de nombres, montañas de fechas, enumeración interminable de hechos sin importancia, repetición mecánica de juicios y datos, producen en aquél una irresistible aversión por la historia. Es decir un fenómeno totalmente contrario al que debería existir. Todo se reduce a un esfuerzo de memoria. Nada de comprensión del fenómeno humano que se estudia que, por ser humano, exige por lo tanto, un mayor razonamiento".

¡A cuántos colegios peruanos podrían aplicarse estas frases!

UNA HERRAMIENTA DE LUJO: LA IMAGEN

Para suministrar esa comprensión del fenómeno humano surge la necesidad no sólo de la palabra. Puede ser utilizada la imagen.

Entre los distintos tipos de imagen no puede omitirse, a estas alturas de la mitad del siglo XX, una referencia al cine. En el congreso de juristas que se celebró en Lima en 1951, el profesor italiano Carneluti fundamentó la necesidad de que, dentro de la enseñanza del Derecho, se agregara la proyección cinematográfica. Menos audaz resulta, por cierto, su empleo en las clases de historia. Ya hay colecciones de películas histórico-pedagógicas. En Francia la Asociación de 16 milímetros (4, Rue Andre-Collede-Boeuf, Paris 16 e) ofrece en su *Annuaire de programmation* en formato reducido algunas grandes películas de interés desde el punto de vista de la reconstitución histórica. Hay además colecciones especiales como las que produce en Inglaterra United World Films. Existen también ensayos en este campo en la

Argentina. Entre nosotros, no sería imposible tomar de antiguos y usados noticiarios nacionales, un documental de monumentos históricos que incluyera escenas del Cuzco y sus alrededores que por sí solas ofrecerían material valiosísimo y nutrido; a más de que hay escenas utilizables de Pachacamac, Chanchán, Paramonga y lugares representativos de las épocas colonial, emancipadora y republicana. Puede considerarse utópica esta ponencia; mas si existen los noticiarios nacionales para las salas cinematográficas, no parece imposible ensayar siquiera uno o más noticiarios histórico-geográficos escolares. En algunos colegios se utiliza el cine con motivo de la Semana Misional o la Semana de Vocaciones Sacerdotales; pero no en relación con la historia del Perú. Pero aún en los medios muy adelantados, resulta menor el grado de servicio que el cinema puede prestar a la enseñanza de la historia comparado con el que suministra en la enseñanza de la Geografía y de las Ciencias.

Distinto es el caso de las colecciones de vistas fijas ya tan numerosas en Europa. Citaré tan sólo entre las series producidas en Francia: 1) imágenes de la vida cotidiana en Egipto, Grecia y Roma, de la Librería de la Enseñanza; 2) la historia general, la historia de las ciudades y de la habitación, la historia del campo y la historia de los transportes, que pertenecen a la colección Carlier; 3) la serie completa de historia y la serie de "Grandes Franceses", de la oficina escolar de estudios por el film (O.S.E.F.); 4) la reproducción de documentos de la librería Hachette hecha por las Ediciones Nuevas para la Enseñanza; 5) el curso completo elemental, medio y superior de historia, por Larousse. Algunos aparatos tales como el "Lux 145" permiten la proyección en pleno día sobre pantallas especiales o simplemente sobre una pared clara. La cantidad de dichas vistas fijas evidencia su aceptación y su popularidad. Entre nosotros, por cierto, no podría tenerse igual abundancia; creo que nada se ha hecho al respecto hasta ahora.

Museo de la Nación del Perú
Biblioteca
Elías Murgía

OTRA HERRAMIENTA DE LUJO: LOS DISCOS

Dos palabras sobre algo que también algunos clasificarán como estrafalario: el empleo de discos. Las actualidades sonoras suministran incomparables documentos de historia contemporánea mundial. Hay en Estados Unidos ya varias colecciones de discos; la más popular es obra del periodista Edward Murrow, sobre sucesos recientes y con voces de personajes prominentes desde 1929 más o menos. Difícil parece, a primera vista, entre nosotros utilizar esta técnica. Recuerdo, sin embargo, entre mis más interesantes experiencias de profesor, que cuando comencé a enseñar historia republicana en la Universidad, allá en los tiempos lejanos en que mi clase pertenecía a la estructura misma de los planes de Letras, llevaba el disco con el *Ataque de Uchumayo* al hablar de Salaverry y su época. "Vamos a bailar hoy" me solían decir en broma los muchachos al comienzo, al ver la ortofónica en el aula; pero la atmósfera cambiaba de improviso cuando les explicaba esa época y escuchaban la típica marcha de clarines y tambores que parece una proclama, la mejor proclama de Salaverry. La misma experiencia recogí en un pequeño colegio de instrucción secundaria.

Claro que no tenemos en el Perú los elementos técnicos para preparar estos materiales en gran escala y claro es que también nuestro acervo histórico-musical no resulta demasiado grande: melodías indígenas, yaravíes de Melgar, expresiones folklóricas, mestizas, el Himno, el *Ataque de Uchumayo*, la *Marcha Morán*, ciertas marchas militares, unos cuantos trozos más incluyendo la *Rapsodia Peruana* de Rebagliati, admirable obra, esta última, para ser comprendida y para hacer comprender al Perú en el aula escolar. Pero no podía dejar de mencionar este material auxiliar (ya no visual sino auditivo), recordando además que su uso puede resultar menos circunscrito si se ensaya grabar en discos o en cintas la lectura o recitación de trozos selectos de documentos históricos esenciales e interesantes: trozos de crónicas de la Conquista, fragmentos de poesías representativas, cartas o proclamas o discursos bien escogidos, descripciones clásicas de escenas o episodios. Estas recitaciones grabadas pueden interesar no sólo a los jóvenes sino también a los adultos, como lo comprueba su éxito creciente en Estados Unidos. Entre tan novedoso tipo de discos, recuerdo las series que edita la Biblioteca del Congreso de Washington.

LAS ESTAMPAS

Aparte de las proyecciones cinematográficas y de las proyecciones fijas, puede mencionarse entre los materiales auxiliares de la enseñanza de la historia que emplean imágenes o representaciones visuales, los siguientes: las vistas estereoscópicas, los vaciados y las estampas. De los dos primeros no me ocuparé ahora en detalle; pero sí de las estampas.

Los alumnos pueden ir formando colecciones de ellas que queden en la clase a través de los años, mientras llega el momento de que se establezca por órganos oficiales o comerciales su distribución sistemática y en gran escala. Cabe hallar estampas históricas en periódicos y revistas nacionales. "El Comercio" por ejemplo, publica diariamente una sección gráfica llamada "Nuestro Pasado". Puede buscarse algunas en revistas extranjeras, como también en tarjetas postales. ¡Qué interesantes trabajos cabría hacer, por ejemplo, teniendo en cada carpeta de trabajo las vistas de monumentos que en Lima y Callao conmemoran a grandes personajes o acontecimientos o figuras nacionales, con apuntes históricos acerca de ellos!

Prospectos y publicaciones oficiales (como las que editaran hace pocos años la Corporación de Turismo y el Ministerio de Relaciones Exteriores) pueden ser aprovechables. Muy útil sería que nuestros museos publicaran sistemáticamente guías ilustradas para sus visitantes y reproducciones parciales de sus colecciones. A ese respecto contamos con ejemplos que han adolecido del pecado criollo de la discontinuidad. Me refiero al minucioso *Catálogo del Museo de Historia Nacional, Sección Colonia y República*, que editó en 1916 Emilio Guitiérrez de Quintanilla, y a los bellísimos folletos del Museo Nacional de Lima de 1938 y 1939, entre los que recuerdo uno titulado *Muestrario del Arte Peruano Precolombino: Cerámica*, y otro, *Escultura Antigua del Perú*. Guías ilustradas de ciudades son también utilísimas, aunque general-

mente costosas y muchas de ellas ya están agotadas. Por lo mismo que, en general, estos materiales tienen las características de la dificultad y del alto precio, necesitamos uno o más álbumes históricos con sentido didáctico que incluyan no sólo ejemplos de la magnífica cerámica y textilería prehispánicas sino además muestras gráficas de las épocas siguientes, cuadernos históricos de buena presentación, buena técnica y buen precio, como los que publica Hachette en Francia bajo el título *Enciclopedia por la Imagen.*

Esos álbumes deben juntar, repito, tres requisitos: ser de precio accesible, ser estéticamente laudables y ser históricamente exactos. No suelen tener esas condiciones los que aparecen por allí por obra del esfuerzo particular. Tal ocurrió, por ejemplo, con las láminas en cromolitografía que la Casa Rosay editó a fines del pasado siglo o comienzos del actual, advirtiendo que habían sido aprobadas por el Consejo Superior de Instrucción. Nada más digno de respeto que su finalidad: suministrar materiales gráficos y sintéticos de enseñanza para la historia del Perú. Fueron cinco cuadros sobre los Incas, cinco sobre la Conquista, cuatro sobre el Virreinato, cinco sobre la República. El libro *Mi primera Historia del Perú* publicado en 1914 por la señora Rosay, tan valioso bajo muchos otros aspectos, los utilizó y así lo anunció orgullosamente en la portada. Llega uno a pensar ahora, que, a pesar de todos nuestros defectos, hemos progresado en gusto y en conciencia histórica, viendo a esas figuras contrahechas o deformes, a esos indios prehispánicos con pantalón actual, a esos Incas mofletudos y caucásicos, a esas acllas con vestidos de bayaderas, a Pizarro enarbolando la bandera roja y gualda que, como se sabe, sólo fué establecida en el siglo XVIII, a las figuras a veces grotescas de próceres y héroes. La intención era noble y en su época estas láminas cumplieron una misión de pioneros; hoy Fernando Rosay pretende editarlas de nuevo corrigiendo sus errores. Es de desear que logre su propósito.

No es imposible que lleguen algún día al aula escolar en un álbum histórico las fotografías antiguas de personajes, y lugares y modas para lo cual pudieran servir muchos de los daguerreotipos pertenecientes a la casa Courret y los álbumes de tipos populares de Lima que adquirí hace algunos años para la Biblioteca Nacional. Algunos cuadros históricos también pueden ser divulgados como *Colón en Salamanca* de Merino, los estupendos retratos de Laso, *La capitulación de Ayacucho* por Hernández, la muerte de Gamarra y algunos de los retratos (no los abominables que son los más recientes) exhibidos en el Museo de la República.

Pero el trabajo con estampas en el aula (aún suponiendo que se posea una colección mucho más pequeña e incompleta o modesta que la aquí señalada y suponiendo que demore mucho en editarse el álbum histórico cuya edición propugno y no por primera vez) necesita una técnica. Conviene que con las estampas a la vista, los alumnos digan en trabajos debidamente intercalados en la secuencia de sus clases, lo que ellas representan, el símbolo allí invívito, resumiendo lo que saben sobre el personaje o el suceso de que se trata y haciendo un comentario escrito de alguna frase célebre acerca de ellos, o efectuando comparaciones con monumentos o figuras o hechos similares o antagónicos.

LAS LECTURAS HISTORICAS

Pero más aún todavía que los álbumes, necesitamos libros de lecturas históricas. Me permito pedir que se edite siquiera uno, lo más pronto posible. Su utilidad es manifiesta. Aquí ya nos hemos movido hacia otro de los materiales de enseñanza, hacia las fuentes escritas. Ellas nos transportan al pasado, nos envuelven en su atmósfera. Las directivas de los programas vigentes mencionan las fuentes literarias al hablar de la "sistemática lectura de trozos escogidos". Concretamente aluden dichas directivas al efecto imborrable que puede producir en los jóvenes, el oportuno contacto con un trozo de Garcilaso o de Prescott, o de Palma, o el fragmento de la semblanza de Grau por González Prada o una página de la historia de la guerra del Pacífico por Jacinto López. Lo malo ha sido que eso queda librado a la voluntad, a la aptitud, a las posibilidades de cada profesor. No tenemos nada parecido a obras como las *Lecturas de Historia Argentina* por José Luis Busaniche o las *Lecturas de Historia de España* por Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas.

Los pocos esfuerzos que se han realizado entre nosotros en este sentido, han sido de carácter cívico o literario más que documental y han tenido un éxito extraordinario, sorprendente, aunque fugaz. No perteneció a la categoría de libro histórico el *Catecismo Patriótico* de Francisco de Paula G. Vigil aprobado como libro de lectura escolar por la Dirección General de Estudios en 1859; pero sí cabe incluir dentro de dicha categoría, en parte, al *Catecismo Patriótico* que, imitando al de Vigil publicó año más tarde José Luis Torres para agregar como apéndice, por orden alfabético, breves biografías de héroes de la guerra del Pacífico. Este último libro que alcanzó más tarde varias ediciones, fué aprobado por el Consejo Superior de Instrucción Pública el 28 de enero de 1905, recomendando su lectura a los colegios y escuelas de la República. Las *Lecturas Históricas Comentadas*, obra de Ismael Portal que comprende sus trabajos *La Independencia del Perú, Morir por la Patria, José Olaya* y *Bolognesi y sus Hijos*, más una biografía de Grau, fueron recomendadas por el Ministerio de Instrucción a todos los colegios y escuelas de la República por Resolución de 26 de octubre de 1917 y premiadas con medalla de oro del Comité Municipal de Fiestas Patrias en 1918. Casos más recientes son el *Tríptico Heroico*, de Abraham Valdelomar que incluyó la oración a la bandera y la oración a San Martín y circuló entre los escolares en 1919 en edición oficial con un retrato del Presidente Leguía; y la biografía de Miguel Grau, por Fernando Romero, reeditada por el Ministro de Educación en 1936. Otro esfuerzo en el mismo sentido ya de origen netamente oficial es el cuaderno titulado *Lecturas Patrióticas*, primero y hasta ahora único tomo de una *Colección Escolar Peruana*, editado por la Dirección de Educación Artística en cumplimiento del decreto de 15 de febrero de 1944. Fué este cuaderno una antología histórico-literaria relacionada primordialmente con toda la época republicana como las anteriores. Se agotó rápidamente y ha desaparecido de la circulación.

Las generaciones nuevas de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX tuvieron también a la mano algunos libros de episodios históricos, lectura

para jóvenes y adolescentes en el hogar o en el colegio. Me refiero a obras como los *Cuadros Históricos de la Guerra del Pacífico* por Domingo de Vivero publicada en 1893, y sobre todo a *Nuestros Héroes* por Víctor G. Mantilla, a *Episodios Nacionales de la Guerra del Pacífico* por Ernesto A. Rivas, y a la tercera serie bajo este mismo título por Nicolás Augusto González, impresos todos en Barcelona en 1903 y editados por J. Boix, de la librería "La Joya Literaria". En estilo sencillo narran, estos cuatro libros aquí mencionados rasgos heroicos o románticos de grandes figuras o de gente humilde de esa guerra, indios, niños, mujeres; expresan orgullo, dolor y esperanza; reflejan un momento doliente del alma nacional, a pesar de todo, unida entonces alrededor de los mismos ideales. Muchos ojos de niños y de adolescentes se humedecieron ante aquellas páginas. Todavía (aunque la actitud de las nuevas generaciones es muy distinta) uno que otro de tales episodios podría ser utilizado, como por ejemplo el que se titula "La Bandera en el Pino", por Mantilla, recordando el admirable espíritu de Tacna durante el cautiverio. Ahora que corre mucho más peligros nuestra convivencia nacional, ahora que estamos mucho más divididos, no hay un Rivas, un González, un Mantilla.

Como comentario adicional sobre el tema cabe decir que no convienen las ediciones esporádicas sino las ediciones constantes y orgánicas y no solamente de piezas de exaltación patriótica o cívica sino de documentos estrictamente históricos. Tratándose de este último tipo de documentos, hay ventaja en buscar no sólo las obras literarias o las obras historiográficas con encanto artístico, sino también los trozos de fuentes primarias, o sea de documentos coetáneos a los hechos de que se habla como, por ejemplo, actas de Cabildos (si se trata, de esa típica institución colonial), fragmentos de cartas o proclamas (si se trata, por ejemplo, de la campaña final de la Independencia) y hasta estadísticas sencillas en columnas que el alumno pueda interpretar (nada mejor para hacer ver el renacimiento del país después de la guerra con Chile).

Si lo que queremos llevar al aula es material propiamente documental en relación con la enseñanza de la historia, no debemos incurrir en el exceso de poetizar o literatizar demasiado dicha enseñanza. Y así el libro de lectura histórica podrá ser utilizado como fuente para el estudio dirigido al que me referiré más adelante.

Otra sugerencia es que si alguna vez se publica el libro de lecturas históricas, haya un solo volumen utilizable en todos los años. Así el alumno conservará el mismo libro, podrá hojear páginas sobre épocas que ya estudió o va a estudiar, sentirá la sensación tónica de la experiencia común del Perú en su historia, porque el pasado por más complejo que parezca desemboca en la realidad del Perú del presente y en lo inevitable de nuestro destino común.

MATERIALES REUNIDOS ESPONTANEAMENTE, O SEA NO PRE-FABRICADOS

En la prosaica, en la limitadísima realidad de muchos de nuestros planteles, siquiera parte del material para la enseñanza objetiva de la historia puede irlo reuniendo y organizando lentamente el mismo maestro, en colaboración

con sucesivas promociones de discípulos. No falta quien propugne con razón que todo no debe estar ya pre-fabricado y listo, sino más bien abierto a la iniciativa y a la acuciosidad en el salón de clase. Las estampas pueden resultar así de una serie de contribuciones individuales de los mismos alumnos; el contacto con las obras históricas surge cuando el maestro sabe iniciarlas y tiene o puede conseguir por su cuenta o ayudado por su plantel, libros, revistas y documentales adecuados. Caben sustitutivos transitorios del libro de lecturas usando transcripciones en mimeógrafo y listas con adecuadas indicaciones bibliográficas.

MAPAS Y CROQUIS

Mapas, aunque sea imperfectos, en forma de croquis o esquemas, deben irse haciendo todo el año por cada alumno.

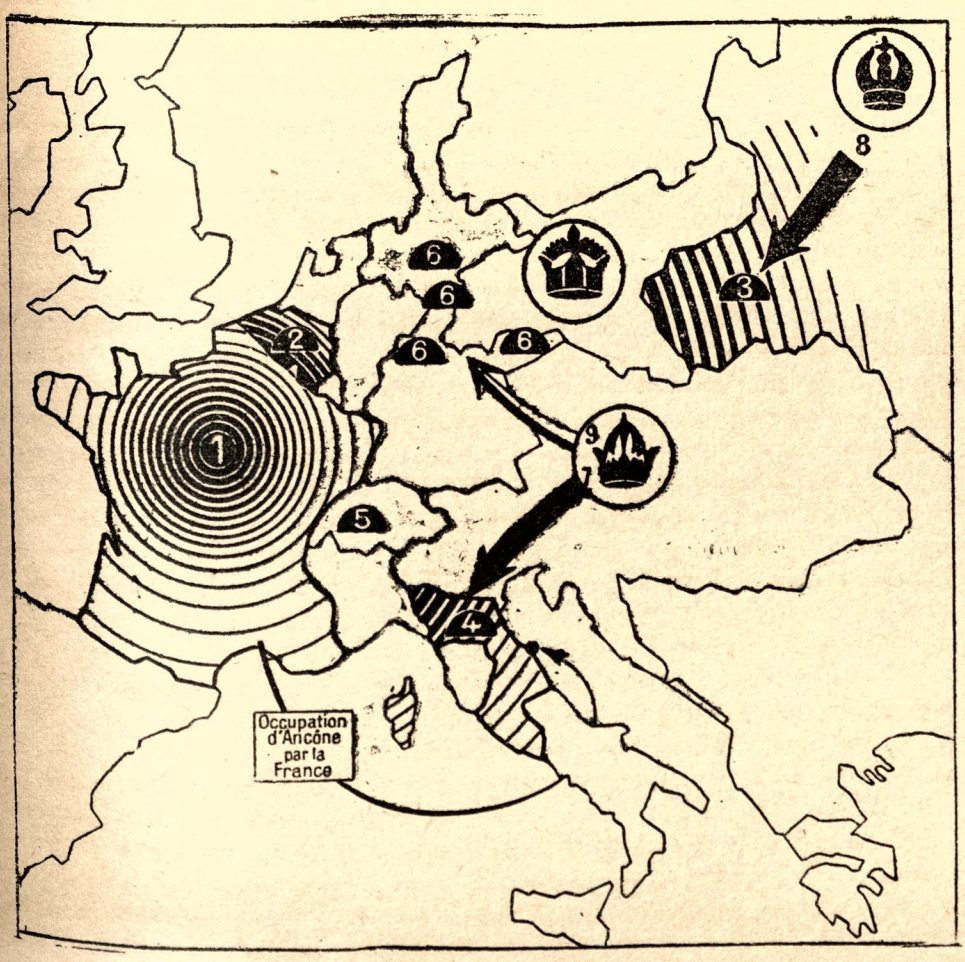
El contacto entre Geografía e Historia es obvio aunque a veces olvidado. Es preciso insistir en él una y otra vez. No es imposible preparar de antemano una especie de mapa matriz y reproducirlo a lo largo del año escolar en numerosos ejemplares en mimeógrafo, para ir repartiendo en ocasiones sucesivas y con objetos distintos esas hojas con el trazado del territorio nacional, por ejemplo, para que allí los alumnos vayan haciendo múltiples ejercicios de tipo geo-histórico. Se trata de los llamados 'mapas mudos" entre los cuales conozco dos clases. Uno (como, por ejemplo, el usado por Emilio Ravignani en sus *Equipos para ejercicios cartográficos de historia argentina y americana* editado por la casa A. Kapelusz de Buenos Aires) tiene simples líneas o puntos indicativos quedando para los alumnos escribir sobre aquellas líneas o junto a esos puntos los nombres correspondientes. En otro ejemplo de mapa mudo, usado por Abeledo en sus *Equipos para trabajos prácticos de Historia Universal,* las líneas o puntos son trazados por los alumnos mismos dentro de indicaciones precisas hechas en cada caso.

Estos mapas pueden ser utilizados para los siguientes fines: señalamiento de lugares; localización de centros artísticos, religiosos, etc., delimitaciones de territorio, indicación de conquistas territoriales, fijación de rutas seguidas por los descubrimientos o invasiones, comparación de extensiones territoriales, determinación de distancias, localización del teatro de acciones militares, difusión de una doctrina o movimiento político, apreciación de un recorrido histórico. En alguna ocasión podrían hacerse temas mixtos de los cursos de historia y geografía. No se debe tratar aquí de algo excepcional o raro sino de algo cotidiano y permanente. En el texto de historia de Estados Unidos por Lawler usado en el colegio Santa María de Miraflores, al fin de cada unidad de trabajo viene una página con el sumario de ella y en seguida varias páginas se dedican a múltiples series de ejercicios: y entre ellos nunca falta en ninguna unidad la referencia a los varios croquis geográficos que al alumno corresponde hacer y varias identificaciones en mapas ya existentes que deben ser oportunamente distribuídos en la clase.

Terminaré esta sección de mi charla llamando la atención de los futuros maestros del Perú acerca del nuevo sentido que toma en los textos de historia, el elemento cartográfico. Hoy esta ilustración no es un adorno o un

complemento. Tiene un valor en sí, atrae al alumno, fija su atención, despierta su curiosidad, lo hace colaborar en la dilucidación del problema creado gráficamente. Ejemplares son, a este respeto, los mapas de Jacques Bertin en los textos de *Nueva Historia Universal* de Charles Morazé y Ph. Wolff, publicados recientemente en París.

COMO SE USA EL MAPA EN LOS TEXTOS MODERNOS DE HISTORIA



(Del "Nouveau Cours d'Histoire", por Ch. Morazé y Ph. Wolff, pág. 336)

DIAGRAMAS

Los croquis cartográficos pertenecen a los procedimientos prácticos englobados dentro del concepto de "esquemas". Dentro de la misma clasificación se encuentran los cuadros sinópticos acerca de cuya importancia, frecuencia y utilidad no voy insistir ahora.

También en ese grupo están los diagramas, sin duda alguna mucho menos usados y conocidos en nuestras aulas y por eso dedicaré a ellos unos pocos minutos.

Los diagramas en la clase de historia pueden servir para dar: 1) la noción de duración, 2) la noción de magnitud y 3) la noción de coexistencia. En cuanto a la primera, cabe presentar en diagramas las grandes épocas de la Historia. La noción de magnitud, ingeniosamente expresada en gráficos de carácter económico, hasta en documentos oficiales como los *Extractos Estadísticos* del Perú, puede ser utilizada también en gráficos históricos para exhibir fenómenos de ese tipo u otros. Particularmente interesantes son los llamados diagramas de sincronización histórica utilizados para suministrar la noción de coexistencia: coexistencia de los pueblos en la historia, coexistencia de próceres o figuras representativas, duración y señalamiento de hechos sucesivos o contemporáneos en una misma área o en distintas áreas. He visto un valiosísimo esquema de coexistencia o sucesión de nuestras más antiguas culturas en el libro con una serie de estudios globales sobre el Perú preincaico editado por Wendell Bennett en 1948. Algo fundamental y de vastísimas proyecciones sería intentar (para el curso de quinto año) un diagrama de coexistencia entre las grandes culturas andinas prehispanas o la relación cronológica de ellas con México y Centro América o la marcha en el tiempo de las culturas aborígenes americanas, la cultura occidental y la cultura oriental. Esta última correlación cronológica no la he visto nunca expresada en forma gráfica y serviría simultáneamente para los cursos de historia universal e historia del Perú.

CARPETAS DE TRABAJO Y CUADERNOS

Hoy contamos por mandato oficial en el aula con las carpetas de trabajo y los cuadernos. Al alumno de ahora por lo general, y de acuerdo con el plan vigente, se le hace escribir temas especiales, trazar croquis o esquemas o cuadros sinópticos, reproducir mediante el dibujo objetos o monumentos característicos de cada época. Suele ocurrir, sin embargo, en la realidad cotidiana de los cursos de Historia del Perú como en otras asignaturas, que el alumno no haga personalmente ese trabajo, sino que inserte o reproduzca o agregue, lo que hicieron sus padres o los profesores contratados con tal objeto y hay por allí quienes medran con el negocio de suministrar tales ayudas. Estoy hablando de algo que no es una revelación sensacional para muchos padres de familia. De un curso en un colegio de niños ricos, me cuentan que el trabajo de la carpeta lo hace el mismo profesor por un estipendio.

Resulta, así, obvia la necesidad de vigilar la autenticidad y la efectividad de la labor recogida en las carpetas de trabajo y en los cuadernos, así como la pertinencia y la importancia de su contenido. Lo cual implica un toque de atención hacia la necesidad de tener más horas de estudio dentro del horario escolar y un distinto régimen para el trabajo que se ordena preparar en la casa. Y señala, al mismo tiempo, la importancia de las bibliotecas escolares.

LAS BIBLIOTECAS

Ya funcionan entre nosotros algunas dignas de elogio. Son muy pocas, por desgracia, aún en Lima. La tremenda proporción de estudiantes entre los lectores de la Biblioteca Nacional, revela las deficiencias que al respecto hay en los colegios de la capital, creando una situación crítica dentro de la realidad de los servicios de consulta y lectura de ese Instituto. La Biblioteca Nacional está convertida, para ciertos efectos, en una gran biblioteca escolar.

La biblioteca escolar verdadera, ubicada en el colegio mismo, es para los cursos de humanidades lo que el laboratorio es para las clases de química y física. No basta, tratándose de la Historia, la enseñanza objetiva, con material auxiliar audio-visual. Más y más viene insistiéndose en la importancia de la documentación desde la pre-adolescencia y la adolescencia. No hay documentación sin biblioteca. Y de la Historia, como de otras ramas de la cultura humana, podemos decir que sabemos de ellas, ante todo, por lo que está escrito. Aquí se trata, pues, de algo más que un lujo o un alarde. Cuando construyamos locales o unidades escolares, pensemos en los laboratorios y gabinetes científicos y pensemos en las bibliotecas escolares como parte esencial de esos proyectos. Fundemos esas bibliotecas con el aporte del Estado a través de impuestos especiales y también con el aporte de los Municipios, de ciertas entidades como los Clubes de Rotarios y de Leones, y de los particulares.

EL CULTIVO DE LA MEMORIA Y LA TECNICA DEL TRABAJO INTELECTUAL

Ahora vamos a entrar en el fondo mismo de la presente disertación. Todo lo anterior alude a medios, instrumentos o herramientas de trabajo. ¿Qué pretendemos hacer con ellas?

El objetivo básico de todo proceso educativo escolar no sólo es una preparación general sino también una formación personal. Esta segunda finalidad es la más importante. Confiar exclusivamente su cumplimiento al trabajo de la memoria que se inspira en un solo libro de texto resulta falaz, pues los resultados de su esfuerzo circunscrito suelen ser de escasa duración. Por eso es que nuestros alumnos se olvidan en días o semanas de lo que estudiaron durante un año, por eso es que presentan un espectáculo tan doloroso en los exámenes de ingreso en las Universidades: aprendieron memorizando, aprendieron el texto, no comprendieron la historia, no aprendieron historia.

El problema básico del aprendizaje es sencillamente encontrar de nuevo. Y para ello es preciso la disciplina del trabajo mental, uno de cuyos elementos claro está que se halla en la buena memoria a cuyo don natural de recordar lo importante o valioso, conviene unir, sin embargo, la aptitud de organizar sistemáticamente los conocimientos obtenidos de varias partes, lo cual no puede ser sino el fruto del entrenamiento. Mediante el proceso educativo el niño o el adolescente se va poniendo en relación con lo que se halla fuera de su mundo personal. A ese respecto Bertrand Russel ha comparado en un

artículo reciente, a la mente humana con una linterna en una noche oscura: lo que está cerca, lo ve con más claridad, pero lo crecientemente lejano lo percibe con más y más vaguedad y más allá de cierto límite ya no hay para ella sino sombras. La educación no es sino un esfuerzo, dice Russel para aumentar la potencia de esa linterna y la amplitud del área sobre la que puede verter luz. Para ello no basta el ejercicio de la memoria. La clave del problema no está pues sólo en el cultivo de esta facultad sino en el de la técnica del trabajo intelectual, y esa técnica resultaría luego útil para todas las profesiones y todas las actividades de la edad madura, cuando es posible adquirirla durante la edad escolar. Pocas asignaturas resultan tan espléndidamente propicias como la historia para ayudar a la técnica del trabajo intelectual.

EL METODO DE APRENDER A APRENDER. EL ESTUDIO DIRIGIDO DE LA HISTORIA

Contra la tendencia a la mecanización del aprendizaje, con la vista puesta exclusivamente en el examen final, surge, pues, el estudio dirigido de la historia que, ante todo, enseña a aprender, por lo cual viene a resultar de aprovechamiento después del examen. Las horas que al estudio dirigido se dediquen, vienen a ser tan esenciales como las horas de explicación o de "paso". Algunos han llamado a aquella hora, "hora de práctica" propugnando que se realice en un gabinete especial o en la biblioteca una vez por semana, por lo menos, para que surja un ambiente propicio o singular que la caracterice. Aquí el alumno es un auténtico elemento activo.

El maestro brasilero Delgado de Carvalho, que dedica a este método de aprender a aprender, buena parte de su reciente y valiosísimo libro sobre la enseñanza de la historia, aconseja aplicarlo con los estudiantes aún desde los 13 años y usar dentro de las dos primeras semanas del curso los dos procedimientos siguientes:

1.—*Dictado* de 15 a 20 líneas de un trozo de historia, distinto del texto, con sentido completo, claro y conciso.

Diez minutos servirían para que cada alumno lo relea y para que subraye las palabras o expresiones que juzgue de capital importancia, demostrando así que comprendió su significado. Un breve debate general finalizaría la prueba.

2.—*Respuestas sintéticas* de 20 ó 25 líneas como máximo hechas dentro de una hora de clase a dos o tres preguntas de historia, para indicar lo que el alumno aprovecha del curso, seguidas por una corta discusión.

Pero estos procedimientos de estudio dirigido, no son sino iniciales o preparatorios, para ser complementados en forma gradual por otros más complejos que son los que realmente deben servir para que el alumno aprenda a aprender. Ninguno de ellos viene a resultar tiempo perdido si no sale fuera de los límites del programa; por el contrario, cada uno viene a ser poderoso auxiliar en la práctica de la técnica del trabajo intelectual. Entre tales procedimientos complementarios mencionaré aquí sólo el de las fichas sinópticas y el de las notas sobre lecturas comentadas.

Las fichas sinópticas preparadas por los alumnos en las horas de estu-

dio pueden estar en relación con la diaria tarea o ser sumarios de lecturas históricas. Las primeras deben resumir el contenido de una clase. Las segundas extractarán de acuerdo con un modelo y siguiendo ciertas prácticas elementales de técnica bibliográfica, el contenido de un artículo de revista o el capítulo de un libro al alcance de la edad del escolar. Preparadas con estilo conciso y claro, conviene que tengan parágrafos, títulos y subtítulos y hasta, si es posible, cuadros sinópticos. Ideal sería que se llegara a la ficha comparativa de las nuevas ideas con los conocimientos anteriormente adquiridos.

Entrenado poco a poco el alumno en esta técnica y familiarizado plenamente con ella en el quinto año, podrá más tarde tener una base para organizar su trabajo intelectual, cualquiera que sea la actividad a la que se dedique en la vida.

Entre otras ventajas ofrece además la de señalar a los jóvenes que el texto o compendio es apenas un auxiliar de estudio, que el profesor es sólo un orientador y que existe una variedad de fuentes históricas que permiten ir alcanzando un concepto más y más exacto del asunto estudiado.

Las fichas sobre lecturas implican una de las aplicaciones del uso de las fuentes históricas en la clase. Debería hacerse con los cuidados del caso, empleando en lo posible, una fuente primaria o sea de la época de que se trata que sea breve o interesante, o de una fuente secundaria cuidadosamente seleccionada.

NO HAY VERDADERO METODO ACTIVO SIN CONTACTO CON LAS FUENTES

Se trata de que el alumno termine no sólo por aprender la historia sino de que llegue a captar algo del espíritu y del método histórico, yendo más allá del mero recordar lo que dice esa traducción de traducciones que es a veces el texto. Se trata de superar la imagen simplificada a veces hasta el máximo y en ocasiones fosilizada, que en las aulas se imparte. Por cierto que primero deben enseñarse los sucesos esenciales, los hechos más importantes que constituyen lo que cabe llamar la armadura y el esqueleto de la historia. En modo alguno se trata de hacer penetrar a los adolescentes en la selva de lo que aún nadie ha investigado, de tratar de que ellos hagan descubrimientos como si fueran archiveros o eruditos, de poner en peligro su fe en lo que aprenden presentándoles el cuadro de una historia tambaleante, ciencia en marcha, a veces intrincada y contradictoria. En modo alguno debe irse a una erudición recóndita incompatible con los fines de la enseñanza misma.

Pero aún reconociendo todo esto y reconociendo que primero es indispensable remachar bien los conocimientos de memoria y buscar un cuadro de organización básica a través de la complejidad de los acontecimientos o características que pertenecen a un período, ello puede constituir tan sólo los cimientos para ir luego a que se levante la edificación de los conocimientos de cultura. Cabe llegar a la fisonomía y a la atmósfera originales del suceso histórico y a la comprensión de sus proyecciones intransferibles; pero eso sólo puede obtenerse acercándose a las fuentes. El dogmatismo de la voz del maes-

tro y el cortante enunciado del texto pueden quedar balanceados por la explotación inteligente y sistemática de los testimonios que son la voz verdadera de la historia. Cabe así conciliar exigencias y hábitos inconmovibles de la enseñanza con el respeto al espíritu y al método historiográfico, llegando a trasladar y adaptar al aula la fórmula de Lucien Febvre: historiador no es el que sabe sino el que investiga.

Despertar intereses, atraer iniciativas personales o colectivas, fomentar el deseo de saber: he allí el secreto de los métodos educativos. No nos quedemos, pues, en los métodos pseudo-activos que suscitan la reflexión y el juicio sobre un saber todo hecho, tomado del texto o basado en una dogmática afirmación del profesor, actividad a veces convencional y pasajera que termina en un juego de memoria sin resonancias profundas y de la que sólo una pequeña minoría de estudiantes sobresalientes (los intelectuales) obtendrán provecho. Es en el documento histórico auténtico, unido, por cierto, a otros auxiliares audio-visuales, donde está la rica sustancia que el alumno puede elaborar por sí mismo. No sin vacilaciones y errores que el profesor deberá corregir cuidando siempre que el proceso mental al alumno pertenezca. Y de este modo, si bien no llegará éste a la percepción directa de los hechos, cosa imposible de la historia, resultará aproximándose a ella. Por sí mismo el alumno descubrirá todo un mundo de ideas y de impresiones, elaborará su propio saber, aprenderá el respeto a la investigación superando la vieja idea de que la historia es una colección de historietas; recibirá lecciones de prudencia y de paciencia y también de confianza en sí mismo y de respeto a la cultura.

MODOS PARA EL USO ESCOLAR DE LAS FUENTES

En la Primaria (y tratándose de ella formulo algunas reservas, por ahora) se propugna la utilización de sólo dos modos en el uso de las fuentes:

1.—El *modo ilustrativo* en el cual se aplican dichas fuentes a la vivificación e intuitivación de las materias halladas por la explicación del maestro o el libro de texto.

2.—El *modo confirmativo o justificativo* que afianza lo dicho o leído. En estos casos los documentos serían escogidos por el maestro o estarían señalados en su libro de lecturas históricas.

Sin prescindir de dichos dos modos, se postula para la enseñanza secundaria (en proporción con el grado de adelanto de los alumnos y con su edad) tres modos más donde cabe la misma decisiva acción del maestro y cabe también a veces, sobre todo en el último año, dejar al alumno investigar y escoger dentro de los materiales que sean disponibles:

1.—*El modo demostrativo* en el que el maestro, renunciando a toda exposición sobre un punto concreto, lo desarrolla presentando una o más fuentes históricas.

2.—*El modo heurístico* en el que, partiendo de las fuentes, los alumnos encuentran por sí mismos un determinado estado de cosas históricas.

3.—*El modo sintomático o fenomenológico* que se propone deducir de

las fuentes el espíritu de los pueblos, de las figuras representativas, o de una época dada.

Nada de esto debe resultar en la instrucción secundaria desproporcionado a la edad de los escolares, evitándose deformaciones nefastas y ridículas y recordándose siempre que es preferible no tanto leer mucho sino leer bien.

Junto con ese contacto de las fuentes o después de él, y para evitar que surja un criterio demasiado estrecho o circunscrito en los alumnos, caben las discusiones y apreciaciones de conjunto. Una de ellas puede hacerse a base de debates en los que uno de los jóvenes, después de los estudios hechos, sostiene un punto de vista libremente elegido y otro el punto de vista opuesto y, dentro de adecuadas limitaciones de tiempo, se presenta por cada uno el alegato, la réplica y la dúplica, finalizando todo con una discusión en la que interviene toda la clase. Análogo resultado puede tener la aplicación de coeficientes para la apreciación de valores, comparando dos personajes históricos, o escogiendo el mejor Inca, o el mejor virrey o el peruano más fascinante del siglo XIX, o valorizando un determinado hecho o institución a base de un puntaje para cada uno de los elementos de juicio que van a ser puestos en juego dentro del problema planteado. Son balances acerca del estado de una cuestión determinada a través de valoraciones sucesivas que no resultarán ociosos si vienen tras el contacto con documentos e imágenes.

LA ENCUESTA

Y ya que de una referencia a los métodos nuevos se trata, mencionaré, de pasada, el que E. Monlau, director de la Escuela Normal de París y R. Planté, profesor de la misma, propugnan en un reciente manual editado bajo la dirección de L. Josserand. (*L'enseignement de l'histoire*, Cahiers de Pedagogie Moderne, Editions Bourrelier, Paris 1951). Se trata de la utilización del método de la encuesta a través de preguntas de los alumnos a sus padres o parientes, o a los viejos del lugar sobre cosas del pasado inmediato general y también de la localidad y región: usos, costumbres, vestidos, medios de transporte, aparición o desarrollo de inventos y descubrimientos, sucesos notables, etc.

Entre nosotros este método se ha aplicado con éxito en la Sierra por José María Arguedas en relación con cuentos y leyendas folklóricas. Cabe aplicarlo para algunos temas mixtos de geografía e historia o sea geohistóricos.

LAS EXCURSIONES

Dos palabras sobre excursiones. Las directivas del plan vigente las mencionan refiriéndose a las ruinas del lugar donde está ubicado el colegio, a los sitios donde hay colecciones de objetos valiosos, a los monumentos arquitectónicos de las diversas épocas, a los museos y rincones con recuerdos históricos. Específicamente en el caso de Lima, aluden, además, las directivas a una visita ilustrativa a la tumba de hombres eminentes en el Cementerio y supongo que también en el Panteón de los Próceres.

No basta una recomendación general. Conviene preparar con cuidado no sólo guías de lugares históricos, sino también guías metodológicas para tales paseos instructivos. Aquí podría intervenir también con su consejo la Escuela Normal. De no ser bien planeados, fácilmente puede convertirse en una pérdida de tiempo. Necesitan ellos una debida preparación, no revelando el maestro de antemano lo que se ha de ver, sino destacando la importancia del lugar y de la visita proyectada. Acaso algunas lecturas previas puedan servir para el caso. La excursión en sí puede dar lugar a un trabajo colectivo del orden de los llamados proyectos, de carácter geográfico-histórico, interviniendo los alumnos mismos en su concepción y disposición. Las ilustraciones formarían parte del proyecto. Cabe aquí casi simultáneamente lecturas de algunas fuentes y ejercicios de redacción, exposiciones orales y aún representaciones por trabajos manuales o croquis. Los cursos de Geografía, Castellano y Dibujo podrían coordinarse con el de Historia con tal motivo.

LAS PRUEBAS OBJETIVAS

Termino esta parte de mi charla con una breve referencia a las pruebas objetivas.

Un viejo amigo, profesor de historia a quien encontré en la calle hace pocos días, sabedor que iba a hablar esta tarde me decía: "No defienda usted la prueba objetiva. Está matando la enseñanza de la historia auténtica. Por ella, donde ella es utilizada, el alumno ya lee poco, ya no desarrolla temas; sólo se preocupa de resolver mecánicamente la charada que le presentan unos puntos suspensivos como las palabras cruzadas que aparecen en ciertos diarios". Por cierto que no debe convertirse la prueba objetiva en el zumo o jugo concentrado de todo lo que se estudie o sepa. Hay que complementarla y acompañarla por otras prácticas. Bastantes de ellas que implican buena cantidad de lectura he ido mencionando. La prueba objetiva es sólo una prueba de fijación de conocimientos, una entre varias. Pone a prueba la memoria y la atención aunque no excluya el buen sentido y el raciocinio. Puede ser útil como correctivo de la retórica, de la ampulosidad y de la vaguedad a que tan propensa es la enseñanza histórica tradicional. Supera con creces al cuestionario anfibológico aún en boga en muchas aulas.

He aquí diez formas de la prueba objetiva de fijación de conocimientos que han probado su utilidad práctica en la enseñanza de la historia y ayudan a aclarar problemas de tiempo y problemas de espacio y también problemas de sustancia histórica.

a) *La de mejores razones* para subrayar los factores determinantes de algún hecho fundamental.

b) *La de correlaciones* entre series de personas, lugares, instituciones, obras o acontecimientos vinculados entre sí.

c) *La de verdad y error* que suele incluir además la indicación de los fragmentos de verdad existente en una afirmación equivocada.

d) *La de distribución de fechas capitales* para localizar en el tiempo los hechos estudiados más importantes.

e) *La de características personales* para establecer relaciones entre nombres propios, profesiones, rasgos psicológicos, títulos o notas distintivas.

f) *La de complementación de frases.*

g) *La de múltiple elección*: entre muchas, una afirmación debe ser subrayada por ser la más rigurosamente exacta.

h) *La de analogía o coexistencia* por naturaleza o definición.

i) *La de contrarios u opuestos* con series de palabras que expresan ideas adversas o antagónicas.

j) *La de continuación o de series* para obtener o completar clasificaciones.

Cabe complementarlas con otros tipos de pruebas que incluyen breves juicios, apreciaciones, paralelos, retratos, etc.

No tenemos todavía baterías de pruebas objetivas para los distintos años de los cursos de historia patria. He aquí otra tarea posible para la nueva Escuela Normal.

RECAPITULACION SOBRE CÓMO SUPERAR LA CRISIS EN LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

En resumen, como respuesta a los males señalados por Abeledo en la enseñanza de la historia, planteamos las siguientes fórmulas:

1) *La historia, tanto la Universal como la Nacional, deben enseñarse de acuerdo con las normas de la psicología de la infancia y de la adolescencia.*

2) *Contra la rutina, el memorismo y la inercia que dominan en el momento actual y son los factores determinantes del fracaso constatado por las comisiones examinadoras, debe estimularse la tendencia a la función activa del alumno, la orientación práctica y la objetivación de la enseñanza.*

Ello implica el otorgamiento de una gran importancia al estudio dirigido y al prudente contacto con las fuentes, a medida de que se avanza en los distintos años de colegio. No se trata de rebasar los límites de la enseñanza secundaria o de congestionarla más. Uno de sus males entre nosotros precisamente (vuelvo a repetirlo) es el excesivo espíritu de seudo-universitarismo, así como uno de los males de nuestras Universidades es a veces, la indebida interferencia en ellas de un nivel vergonzante de educación secundaria. Infundir seriedad a la enseñanza de la historia no es incrementar su pesadez. Mientras llega a implantarse el uso del cine y de las grabaciones, propugnamos la cuidadosa y gradual preparación de materiales gráficos y documentales para trabajos prácticos, incluyendo el libro de lecturas históricas, el álbum gráfico, las guías para excursiones, las baterías de pruebas objetivas, las directivas metodológicas, las normas para los ejercicios de crítica y de análisis históricos que sirvan de estímulo al trabajo de los alumnos. Todo ello podría prepararse desde la nueva Escuela Normal.

Propugnamos también, en armonía con estos puntos de vista, la implantación y el uso máximo de las bibliotecas escolares, así como la redistribución del tiempo dedicado a esta enseñanza, que debe ser puesta al servicio de su dinamización. Pero como base esencial es necesaria la debida formación his-

tórica y preparación técnica del profesorado, cuya capacidad y entusiasmo puede suplir, en muchos casos, siquiera en parte, la escasez, de los elementos auxiliares a su disposición.

¿PARA QUE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA?

Hay un punto señalado por Abeledo que no hemos abordado aún. Alude a algo que ya concierne a los maestros, a los directores de la vida educativa del país, a quienes aspiran a orientar los rumbos de la cultura de la época presente. Se trata de los fines de los cursos de historia que no sean los simplemente informativos. En la enseñanza de nuestra asignatura no es suficiente hablar del *cómo*. Queda siempre abierta la interrogante del *para qué*.

En éste, como en otros aspectos de la cuestión educacional, no cabe un criterio exclusivamente técnico. Si se tratara sólo de cambiar los métodos didácticos anticuados por otros modernos, como creen algunos educadores, se habría aclarado la incógnita sólo con hacer penetrar en nuestras escuelas los sistemas y los hallazgos de la Pedagogía de hoy. Entonces el problema casi no sería problema. Para el trabajo en las bibliotecas o para la preparación de estadísticas basta la técnica. El bibliotecario moderno, el verdadero no el anticuado o falso bibliotecario, necesita en relación con el ingreso, la clasificación, la catalogación, la circulación de los libros y la información o referencia sobre ellos y aún en relación con el edificio destinado a albergarlos (aunque mucha gente todavía no se dé cuenta de ello o no le otorgue importancia), necesita estudiar y aplicar pautas que más y más tienden a recibir una aceptación universal. De la misma manera, una oficina de estadística, en relación, por ejemplo, con el próximo censo nacional, puede y quizás convenga que procure, funcionar como las oficinas análogas en otros países americanos. Pero el enigma de una cuestión como la educativa es que, actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, la técnica es sólo en ella un procedimiento y de ninguna manera adquiriendo ese procedimiento se ha conquistado plenamente el fin perseguido. Por eso, porque rebasa los límites de la mera técnica, porque en élla se entremezclan lo social y lo filosófico con lo puramente pedagógico, porque individuo y sociedad plantean en esta cuestión sus solicitaciones y reclamos, en un país como el nuestro que necesita recuperar tanto tiempo perdido, fortalecerse tanto y en el que bullen tan múltiples acechanzas y diversos y simultáneos factores de dispersión y de empequeñecimiento, tenemos el derecho de reservar para la educación el denso sentido que se encierra en la palabra problema.

No puede existir educación sin base filosófica. No puede enseñarse la historia del Perú sin una filosofía de la historia del Perú. Si al penetrar en la psicología y la pedagogía de hoy se atiende sobre todo y muy laudablemente a los factores individuales —edad, temperamento, vocación, inteligencia, formación de hábitos, etc.—, la tarea educativa no termina en aquella función pedagógica de formar al individuo adiestrado y hábil con un cerebro amueblado de conocimientos. Más allá de él empieza el fin social de toda educación. No se trata sólo de mejorar órganos enfermos o débiles en nues-

tra vida docente o estudiantil, sino de llegar a la profundidad y a la integridad de nuestro organismo colectivo. No debemos educar sólo con un propósito individualista; para que la cultura sea como una masa informe de noticias, conocimientos y sugerencias venidas de todas partes, impresiones y retazos no soldados y flotantes. Debemos educar para que la nación utilice y recobre en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo social, lo que ella gastó y diseminó en su empresa educativa. No nos interesa, por ejemplo, una cultura que sirva tan sólo como el aditamento decorativo de un grupo de "snobs"; la cultura para conversar en el club con unas cuantas damas elegantes y unos cuantos hombres narcisistas inútiles y culpables. No queremos tampoco un país poblado de vanidosos inmersos en la contemplación de su yo, príncipes criollos que se pasean y divagan entre su inventado paisaje de sombras. Tampoco queremos multitudes de rapsodas que se dediquen a cantar el yaraví de las bellezas y grandezas del pasado, sin ojos, orejas ni conciencia para el presente y para lo que puede venir; ni turbas de mente ciega, violenta o rudimentaria, afanosas de destruir todo lo que antes de ellas existió. Queremos nuevas gentes con conciencia del destino nacional y universal, con fe en lo que puede y debe ser el Perú, con la aspiración de ascender en capacidad y potencia manteniendo, a pesar de todos los obstáculos y a pesar de todas las desilusiones, el respeto de lo que es intangible y la voluntad de cambiar lo que es reformable y la habilidad para coordinar una y otra aptitud.

ANTIHISTORICIDAD E HISTORICIDAD DE NUESTRA EPOCA

Es la nuestra, en todo el mundo, una generación que ha llegado a ver cómo ha sido descubierto el secreto del átomo y cómo ha empezado a ser sondeado el silencio de los espacios estelares. Más que ninguna otra generación anterior podemos preguntarnos si debemos entregar a las minucias de la erudición sobre cosas y seres muertos, el tiempo precioso de las gentes jóvenes. No faltan en nuestra época, por otra parte, voces egregias o vulgares que acusan a la historia de que carece de solidez como ciencia y de provecho para la vida. Uno de los más grandes escritores contemporáneos Paul Valéry, dijo de ella en una frase asaz repetida, que es el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto, pues hace soñar, embriaga a los pueblos, les sugiere falsos recuerdos, los atormenta en su reposo, los lleva al delirio de grandezas y vuelve a las naciones insoportables y vanas.

Y sin embargo, a pesar de estas y otras críticas, allí está la historia, viviendo tal como ha vivido siempre que fué auténtica, ciencia por su apego a la verdad posible, arte por el aura de belleza que acompaña a toda evocación y afirmación de la vida. Fábrica aérea, impalpable, sutil, hecha con ideas y sentimientos aunque, en cierto sentido, comparable a la arquitectura pues necesita basarse, para poder perdurar, en principios técnicos en cuanto a los materiales que la elaboran; y necesita, además, basarse en principios artísticos en cuanto a la construcción misma.

Por más rica que sea nuestra época en nuevos aparatos, instrumentos

y apotencias, al fin y al cabo, la humanidad se compone más de muertos que de vivos. Nuestra época, tan antitradicional, forma parte de una cultura esencialmente historicista. Lo es el cristianismo cuyos libros sagrados son, a su manera, libros históricos. Lo fué, a su modo, el otro fundamento de Occidente, la tradición greco-latina, creadora de la historiografía clásica. Nuestras artes, nuestra literatura, nuestra vida misma, llenos están de los ecos del pasado. Pero hay algo más: en el siglo XX la historia es una preocupación vital, como lo fué la ciencia en el siglo XIX, la filosofía en el siglo XVIII, la teología en siglos anteriores. Con la historia tropiezan en nuestros días hombres de ciencia, políticos, literatos, filósofos, sociólogos. Esta característica tiene sus raíces en Hegel, en el marxismo y en el positivismo, pero alcanza mayor plenitud en el pensamiento de las mejores mentes de las últimas generaciones a partir de Dilthey, como lo prueba el debate sobre ideas tales como el tiempo y el ser según Heidegger, la sociología del saber de Max Scheler, la sociología del conocimiento de Karl Mannheim.

Esto en el terreno filosófico. En el campo de la historia misma, tanto el público selecto como el vulgar de todos los países lee hoy más libros de historia que nunca. Y ello no es una paradoja, mientras aumentan los aparatos y los instrumentos que parecen ir conduciendo a la regimentación de la vida y a secar muchas de sus raíces tradicionales; y mientras en el Viejo como en el Nuevo Mundo comienza a perderse el sentido de continuidad y de seguridad que permitía antaño el estudio y la lectura sosegados, pues los cambios y los peligros que ante todos nosotros se van acumulando, amenazan con no conocer limitaciones. Todo ello contribuye acaso a que el hombre precisamente se interese ahora más acerca de sí mismo, sobre lo que ha sido, lo que ha hecho, cómo ha llegado a ser lo que es; y la transformación revolucionaria ocurrida en las ciencias, inclusive aquellas que parecían más estables, la física y las matemáticas, contribuye, por su parte, a restaurar al hombre en su papel histórico fundamental en la vida, en el saber y en la cultura, que es un papel dinámico y central.

EL RIGOR EN EL METODO Y EL ARTE EN LA ESTILISTICA HISTORICA

Piedras, documentos, tumbas, recuerdos allí están dispersos y tal vez contradictorios. Llega el historiador y trata de revivirlos, de animarlos, de interpretarlos. La grandeza y la servidumbre de la historia consiste en que el historiador crea su propio objeto. Los hechos históricos son, en buena parte, construcciones de la historia misma. Y no hay historia sin hipótesis de trabajo, del mismo modo como no hay arquitectura sin proyecto del arquitecto.

¿Para qué sirve esta tarea? Sirve, en primer lugar, para el goce y la hazaña de saber. Hay un encanto en la curiosidad, en el escozor que induce a querer conocer, en el deseo un poco goloso que alguien ha llamado la voluptuosidad de aprender las cosas singulares. La historia tiene así una eterna seducción estética que le es propia y acaso resulta mayor que la de otras disciplinas humanas. Pero ese saber que es revivir, evocar o interpretar, no es fácil y no puede ser obtenido sino después de duro esfuerzo y severa técnica.

"No conozco (ha escrito uno de los más grandes historiadores del siglo XX, George Macaulay Trevelyan) triunfo más grande del intelecto humano que la reconstrucción cierta de etapas pasadas de la vida en sociedad por largo tiempo olvidadas, o no bien comprendidas y que son recuperadas después por el esfuerzo paciente de arqueólogos, anticuarios e historiadores. Descubrir en detalle —agrega— lo que fué la vida del hombre hace diezmil o cien años, es milagro tan grande como hacer que los barcos naveguen bajo el agua y surquen el espacio".

Rigor en el manejo de las fuentes, tan imprescindible como lo son los principios asépticos antes de las operaciones quirúrgicas, cosa que no es innata sino necesita ser aprendida —estoy hablando del historiador profesional— en el seminario, en el gabinete de trabajo, y sobre todo en la sala del archivo o de la biblioteca; arte en la narración, en la evocación o en la interpretación cuya técnica se resuelve en tener talento, imaginación, sensibilidad: he aquí la difícil síntesis para una obra histórica auténtica.

UN INDAGAR PARA COMPRENDER: LA PREGUNTA HISTORICA

Pero esto, interroguemos de nuevo ¿para qué? A un erudito podrá bastarle únicamente el refinamiento de su método. Gracias a él podrá descubrir, reunir, ordenar, aclarar y seleccionar y publicar fuentes; podrá ir a la crítica externa de ellas en cuanto a la forma cómo han llegado hasta nosotros: o entrará en la crítica interna o sea en la apreciación de su sinceridad y su exactitud. El mismo u otro, podrá ir un paso más allá todavía, redactando una obra propia basada en las fuentes así desenterradas y depuradas. Esto en el terreno profesional o especializado o del oficio. Pero ello no implicará una obligación o una necesidad para que la gente de la calle, el maestro de escuela o el educando que no va a ser un experto en la materia sino un ciudadano corriente, conozcan esas obras eruditas, fruto de la paciencia y del orden, aunque sean, además, obras de arte. Como erudición escueta —el dato por el dato— o como estética —la verdad por la belleza—, la historiografía resulta cultura marginal, menester para la gente del oficio, profesionales o aficionados o curiosos. La historiografía interesa a todos los ciudadanos o futuros ciudadanos sin excepción, únicamente cuando presenta lo que Droysen llamara la *frage*, o sea la pregunta historiográfica, concepto que él definía diciendo que consistía en un *forschend zu verstehen*, un indagar para comprender.

¿Comprender qué? Una respuesta fácil a tal pregunta es decir: el pasado. La historia (se nos ha repetido muchas veces) es la ciencia del pasado. Pero ¿es verdad que el pasado nos interesa como hecho desnudo, absoluto, compuesto por todas las cosas que sólo tienen como carácter común haber existido antes y ya no ser contemporáneas nuestras?. El médico no estudia el cadáver porque sea cadáver. Lo estudia por aquello que hay en él y que sirve para conocer la vida.

Del mismo modo, el pasado no es una colección de cadáveres que el historiador coge para poder identificar y fichar a cada uno de ellos. Es el historiador el que hace nacer la historia. La historia es una ciencia de la vida.

Y es la vida lo que ella pretende tomar como tema. Por lo que resulta mucho más rica y mucho más fecunda la definición que la escuela historiográfica francesa actual propugna y dice: "La historia es una investigación de lo humano, estudia al hombre en sociedad, es una ciencia de los hombres. Mejor dicho, una ciencia de los hombres en el tiempo". Repitamos una fórmula tan preñada de sugerencias: Historia no es un registro de datos sino un conocimiento de los hombres en el tiempo.

EL PERU SE HACE EN LA HISTORIA

Tratándose del Perú siempre necesitamos tener presente que, a la vez, (y sin que ello resulte contradictorio), el Perú se hace en la historia, o sea a través del paso de los hombres peruanos en el tiempo y, al mismo tiempo, lo que presupone esa historia es el Perú.

Por eso, no cabe ninguna visión nostálgica, o partidista o mutilada de las distintas épocas de la Historia del Perú. Yo no rehuso nada de la herencia francesa, decía Charles Peguy y esa bellísima frase debemos hacerla nuestra.

Un curso, el de quinto año, trata de afirmar la unidad de la historia peruana. De una manera u otra conviene mantenerlo frente a la tendencia al especialismo que ha venido caracterizando a la enseñanza universitaria en los últimos años. También en cada uno de los cursos escolares sobre cada período que sigue una tendencia divisionista, en la que nosotros más que otros países americanos hemos ido muy lejos, conviene afirmar al empezar y al concluir, el mismo concepto de continuidad nacional.

Ni vejamen de la época prehispana a la que pertenece una de las más originales altas culturas no europeas; ni idolización de ella, ya que cedió el paso cuando se produjo un hecho tan inexorable y tan imborrable como fué la incorporación de América dentro de la gran corriente de la cultura occidental y de la historia universal; sus muchos siglos de lejanía no hay que valorizarlos haciendo una estricta medición de tiempo pues si el número de los años sirviese como criterio determinante, las milenarias culturas egipcia, hindú, china o japonesa tendrían para la humanidad de hoy y del futuro más valor que los breves momentos de Grecia y Roma, y los fenómenos relativamente recientes del cristianismo y la revolución industrial e ideológica que empieza a eclosionar a fines del siglo XVIII. Ni vejamen de la época colonial que para nosotros, americanos, o más netamente en este caso, peruanos, presenta la importancia fundamental del nacimiento y desarrollo de nuestra sociedad indígena-hispano-criolla; ni idolización de ella pues si ya entonces se diseñan las bases históricas y geográficas del Perú, se carece sin embargo todavía del sentido filosófico y político de la soberanía y de la libertad. Ni vejamen de la época independiente para considerarla sólo un muladar de más de un siglo, olvidando que ella presenta el proceso penoso y doloroso de un pueblo que busca su definición nacional, es sacudido por crisis internacionales y económicas como ningún otro pueblo de América ha afrontado, tropieza para levantarse, es presa a veces de obligarquía y gentes mancha-

das y acaba por surgir de nuevo siempre después de sus más hondas caídas; ni idolización de esta época en la que hay tantas oportunidades desaprovechadas.

LA HISTORIA COMO AFIRMACION DE LA VIDA

Somos producto de ese pasado y estamos viviendo en lo que de él quedó al deslizarse para convertirse en presente. Por todas partes nos rodea; pero a la vez, tenemos que vivir nuestra propia vida, como individuos, como pueblo y como Estado. Percibir este dualismo es precisamente tener una conciencia histórica. Y lo curioso es que, como pueblo, nos ha faltado esa conciencia histórica aunque no nos hayan faltado a partir del siglo XVI magníficos historiadores.

Tomar conciencia de la historia es hacer del pasado, eso: pasado. Ello lleva a aceptarlo como carga de gloria y de remordimientos, a aceptarlo íntegramente, pero implica además, percibir que el pasado es algo que, por el hecho de haber sido vivido, irrevocablemente ya dejó de ser y hay que asimilar a la experiencia del presente. El haber sido algo no debe ser un estorbo sino parte del propio ser, es decir formar la experiencia que permita seguir viviendo. La historiografía nos debe libertar de la historia, ha escrito Croce, en el sentido de que haga frente al pasado, lo reduzca a problema mental, lo resuelva en una proposición de verdad, que sea la premisa ideal de la nueva vida. El historicismo así, bien entendido, no es reo por promover el fatalismo, o disolver los valores absolutos o permanecer en éxtasis ante la muerte, o aceptar la brutalidad del hecho consumado en cuanto hecho, u ordenar el quietismo; en suma, no es culpable del delito de restar ímpetu y confianza a las fuerzas creadoras, embotando el sentido del deber y predisponiendo a la inercia y a los peores acomodos. El pensamiento histórico auténtico no corta, por cierto, relaciones con el pasado; pero tampoco vive sólo sumergido en él. Se levanta sobre él idealmente y lo trueca en conocimiento, desempeñando un oficio de catarsis análoga a la que suele ejercer la poesía cuando se sacude de la servidumbre de la pasión. Pero aquí lo que se procura es una orientación dentro del mundo en que vivimos y en el que hemos de cumplir nuestra propia misión y nuestro deber propio. Por ello la historia estimula para hacer una verdadera vela de armas que no admite estupefacientes o enervantes; y así en vez de ser un carcelero, nos abre las puertas de una prisión en la que de otra suerte acaso permaneceríamos encerrados.

La ciencia y la cultura histórica verdadera (y esto deben tenerlo en cuenta en todo momento los profesores de historia) existen en su más profundo sentido, con el propósito esencial de mantener y también con el propósito de desarrollar la vida activa y civilizada de la sociedad humana.

NOTA ADICIONAL.—En el curso de un debate acerca de los puntos de vista de esta conferencia que ofreció el doctor Basadre surgieron varias preguntas de gran interés. Una de ellas merece especial mención.

Aludió a la conveniencia o inconveniencia del texto único. El doctor Basadre contestó que se había abstenido de tratar de este asunto porque se le había invitado a hablar en una institución del Estado pero ya que se planteaba, creía su deber expresar su disconformidad con dicho texto, sin negar el derecho del Estado a la supervigilancia sobre la forma cómo se enseña su propia historia.

Pie de guerra

(Poema representable)

por ALEJANDRO ROMUALDO

Bajo una claridad crepuscular, irán apareciendo en el escenario, hombres, mujeres y niños, todos cubiertos con grandes mantas negras y cargando bultos, como si se tratara de un pueblo que huye. El escenario sólo dará cabida a dos o tres árboles secos, retorcidos, para dar la impresión de un yermo. Algunos personajes se acomodarán sentándose junto a los troncos. Uno de ellos avanzará hasta el lado opuesto a la dirección de entrada. Contemplando la lejanía, dirá con voz lenta:

1ª SOMBRA

Altares de nieve se levantan junto a los combatientes. Sus cuerpos débiles como las últimas luces del día, se desploman. El crespúsculo es una herida en plena frente del bosque. Y cae junto con ellos. (*A medida que habla la luz de escena irá extinguiéndose*). Las selvas del instinto crecen como la noche. Cada acto puro es una hora extraña en los relojes. La patria ya no existe. (*Todos permanecerán en silencio hasta que otro personaje interrogue con ansiedad*).

2ª SOMBRA

¿Un rayo de ternura penetra en el costado del mundo? ¿Hay, acaso, un ala de mármol que vele el sueño de los muertos de rabia y de injusticia?

3ª SOMBRA

(*Se escucharán unos pasos pesados, fúnebres, lentos*).
¿Tuyos son estos pasos, horrible sonámbula? ,Tuyos son estos ruidos?

4ª SOMBRA

¡Apaga la lámpara! ¡Apaga el espejo! ¡ Astros de alarma nos rodean como una familia en guerra! (*Pausa. Luego repetirán como en forma de letanía*).

1ª SOMBRA

Caballero metálico, sumido en resplandores gloriosos.

2ª SOMBRA

Cuerno triunfante.

3ª SOMBRA

Arboles caídos junto al sueño de los guerreros.

4ª SOMBRA

Yelmo pálido del cielo tantas veces traspasado.

5ª SOMBRA

Golpe azul de la brisa entre los viejos olivares.

1ª SOMBRA

¿Todo esto no es un sueño que pasa, una corriente falsa de telones y máscaras?

5ª SOMBRA

Como esas ropas que se secan al sol, oreadas por el viento de la gloria, un bosque de laureles resucita en vuestras cabezas heroicas. (*La escena oscurece levemente. Habrá una luz muy débil*).

3ª SOMBRA

Pasados son los días venturosos, aquéllos días cuajados de racimos. Pasadas son las horas de nuestras alegrías. Hoy sólo nos queda lamentarnos y recordar sobre la tierra desolada.

4ª SOMBRA

Estamos solos. Ardemos de sed. Nos consumimos como lámparas de un altar carnicero.

5ª SOMBRA

¿Para quién es nuestra luz, el destello final de todos nuestros deseos?

1ª SOMBRA

Brillamos y morimos cada día, encendidos por el fuego de un amor inseguro.

2ª SOMBRA

Nuestro cuerpo no hace sino desear y desear.

3ª SOMBRA

Somos convalecientes. Clamamos un nuevo sol. Pobres bestias de carga resignadas a sobrellevar el peso de la vida. El aire es ajeno. El mundo es ancho. Las nubes nos duelen diariamente.

4ª SOMBRA

¿Qué tribunal es éste? ¿Quiénes son estos mecánicos jueces?

5ª SOMBRA

¿Quién adora con el alma en un hilo?

1ª SOMBRA

¿Quién habla con el corazón en la mano y en la vida?

2ª SOMBRA

Ahora que somos nada más que nombres, ¿quién eres tú?

3ª SOMBRA

Banderas de fuego azotan las ciudades. ¿Dónde está Sodoma, la ciudad del vino, labrada por la podredumbre? ¿Dónde está el pueblo purificado por el fuego y la sal del demonio? Llórala también Jeremías. Llórala para siempre. Ahora y por los siglos del llanto. Sálvala y renuévala. El tiempo es una fruta cuyo hueso es una lágrima tuya.

4ª SOMBRA

Lágrima sobre lágrima. Ceniza sobre ceniza. Surja Sodoma, limpia y luminosa. Como el fénix de su nido de fuego.

5ª SOMBRA

Somos una doliente caravana de miserias.

1ª SOMBRA

Las ruinas de un mar desparecido.

2ª SOMBRA

Diariamente luchamos y caemos.

3ª SOMBRA

La muerte es una vieja costumbre.

4ª SOMBRA

¡Piedad, piedras, bosques, piedad! ¡Nuestra infancia cae de pronto como una estrella! (*Pausa. Las sombras se moverán pesadamente de un lado a otro, desorientadas. Siempre conservarán gravedad y pesdumbre en la voz, y un hieratismo de abandono al hablar*).

5ª SOMBRA

Somos los invitados. La fiesta comenzó hace siglos.

1ª SOMBRA

¿Y ahora?

2ª SOMBRA

Reímos o lloramos. Como cualquier instrumento.

3ª SOMBRA

¿Quién toca?

4ª SOMBRA

¿Dónde está nuestro fúnebre director?

5ª SOMBRA

Vamos hacia la luna. Hacia nuestra última luna. Junto a ella se abre azul una tumba donde a diario nace el mar y muere el sol.

1ª SOMBRA

Vamos hacia el amor. Escribiendo o llorando. ¿Quién no tembló al escribir sobre una tumba un nombre querido?

5ª SOMBRA

¡Desenterrad el sol de la niñez! ¡La luz caerá sobre nuestro corazón! (*Pausa. La escena empezará a iluminarse lentamente*).

1ª SOMBRA

El agua crece cuando estamos tristes.

2ª SOMBRA

En los ojos del hombre se hicieron los diluvios.

3ª SOMBRA

¿Son nuestras sombras los ríos más recientes, sus reflejos más impuros?

5ª SOMBRA

Vamos hacia el amor. Unos contra otros. Como racimos que la vida aprieta.

1ª SOMBRA

Nuestro zumo es la tristeza.

2ª SOMBRA

Maduramos a golpes. Como ciertos frutos.

3ª SOMBRA

Pero ahora...

4ª SOMBRA

¿Qué pasa?

5ª SOMBRA

Escuchad el concierto incesante de las ruedas que giran, el golpe antiguo del corazón, la corriente lejana y dulce que nos invade como una ola llena de sonidos amables...

1ª SOMBRA

El agua crece cuando estamos tristes.

2ª SOMBRA

Respiramos como plantas inútiles en medio de tanta tempestad.

3ª SOMBRA

El agua crece cuando estamos tristes.

4ª SOMBRA

¿Desde qué rayo caímos hechos cenizas?

5ª SOMBRA

¡La muerte brinda con un vaso de hielo!

1ª SOMBRA

(*Mirando hacia arriba. Poco a poco se irá haciendo la luz y simultáneamente irá cayendo el telón*).

¡Hosanna! ¡Hosanna al Sol en las alturas!

TODAS LAS SOMBRAS

¡HOSANNA! ¡¡HOSANNA!! ¡¡¡HOSANNA!!!

Biografía del General Baltazar Caravedo

por BALTAZAR CARAVEDO C.

Las páginas de esta biografía van dedicadas a la memoria de un amigo para mi muy querido: Jorge Guillermo Leguía. El me pidió el año 1929, con la inmensa bondad que tuvo siempre, una biografía del General Caravedo para la "Revista del Museo Bolivariano". Yo, en ese entonces, ni tenía edad ni suficientes conocimientos para escribir unas líneas y menos para trazar con cabal hondura la historia del viejo y romántico General que fué mi bisabuelo, todo ilusión e idealismo, porque no había llegado a comprender enteramente el papel que le tocó jugar a lo largo de su vida y en el transcurso del despertar de la República. Quiero cumplir con la promesa que otrora le hiciera a Jorge Guillermo, amigo inmejorable y profesor magnífico de mis años mozos, cuyos recuerdos guardo siempre por los momentos tan gratos que me hizo vivir, oyendo de sus labios, como de un viejo y maravilloso cronista, las mejores lecciones sobre el comienzo de nuestra vida republicana, mientras paseábamos a través de las salas graves y silentes del añoso museo, desde cuyas galerías nos contemplan, en la soledad, las graves figuras del pasado, hablándonos, desde el fondo del tiempo, con las palabras mudas de los recursos heroicos y románticos de aquella vieja edad. Retratos, trofeos, casacas, manuscritos, todo exhalaba el recuerdo quedo de la turbulencia de la gesta heroica y yo veía, a través de todo ello, la figura del General Caravedo atisbando en cada rincón de nuestra historia turbulenta que con orgullo y arrogancia de viejo hidalgo aparece en una sala del museo llevando el uniforme glorioso de los Húsares de Junín.

Y así aprendí a conocerlo, en la penumbra silenciosa y evocadora de aquella vieja sala de museo y en la quietud silente del salón familiar, donde gusto de contemplar siempre un viejo retrato pintado por Merino, allá por el 44. Los años han borrado algo de colorido de la tela, pero desde el fondo del claro oscuro surgen los rasgos arrogantes y a la vez sencillos.

Viste uniforme de gala, con gran capa de vueltas de armiño y elástico a lo Wellington. La cara angulosa, de rasgos finos, que sólo dejan traslucir serenidad; los ojos rasgados y grandes; los labios finos y el bigote delgado, largo y castaño, y la patilla imitando carrillera le dan al rostro un vago sentir de nostálgica añoranza, a la vez que se expresa tras de aquella fisonomía soñadora la firmeza de rasgos de un carácter y de una voluntad fuertes.

La plácida expresión de ese rostro encierra en verdad un mundo inmenso de inquietud, de turbulencia y sacrificio, porque a lo largo de su vida no conoció el descanso, ni persiguió la gloria jaranera de las candelas políticas. Su existencia fué constante abnegación en aras de un ideal, con una línea de conducta que la forjó inquebrantable y por seguirla se apartó del atuendo y desdeñó el halago. Jamás rigió sus acciones y sus actitudes por pasiones mezquinas ni intereses personales, buscando sólo con afán quijotesco

un camino sereno dentro de la turbulencia de aquella etapa confusa y asfixiante. Su vida fué por eso permanente aventura y sacrificio constante, fue un galope a caballo sobre una pampa bravía, un galope desenfrenado en busca del ideal. Amó la vida con el desdén de aquellos viejos castellanos, en cuyas almas palpitaba el romance del cantar de gesta, que tras de buscar la riqueza interna del alma acaban forjándola serena y solitaria, pero inmensamente fuerte, soñadora y plácida.

Su vida comenzó un mes de enero, el de 1804, en la vieja casa solariega de Ica, que fundara el Maestre de Campo don Roque de Caravedo en 1680 y del matrimonio habido entre don Lorenzo de Caravedo y doña Isabel de Loyola. Bajo los árboles añosos de la huerta umbría y en la quietud de la vieja casona, con sus patios rumorosos llenos de tiestos floridos, transcurrieron los años de su infancia. En el amanecer de la juventud paseó su vida por los vergeles pletóricos de la hacienda y por los campos rebosantes del agro familiar. Acostumbróse a la vida del campo, al caballo y a la existencia sobria; curtió su piel con el sol quemante de las vegas iqueñas y aprendió, en la penumbra de las salas familiares, todo lo que podía aprender en ese entonces para ser un hombre de letras.

Comenzaban a correr los caminos inmensos de las tierras ubérrimas de América las aguas promisoras de las ideas libertarias. En las horas mortecinas de las tardes lentas, tras de haber leído a los viejos clásicos, escuchó curioso e interesado las noticias que venían del otro lado de los Andes, mientras su padre, don Lorenzo, conversaba con sus tíos y amigos de las nuevas ideas, abrigando la esperanza de ver cercano el día de un glorioso amanecer en el Perú.

Y llegó por fin tras múltiples peripecias y terribles deseperanzas al amanecer maravilloso, en aquella madrugada septembrina de 1820, en que San Martín desembarcó en Pisco al frente del Ejército de los Andes, trayendo conjuntamente con la expedición libertadora la esperanza y la fe en los destinos de un futuro de grandeza.

Enroláronse en Pisco los primeros patriotas que iban a formar los comienzos del ejército peruano y entre ellos se hallaban don Lorenzo de Caravedo, su hijo Baltazar y don Isidoro de Caravedo. Don Lorenzo fué inscrito en el ejército con el grado de Sargento Mayor y se comprometía por su parte a sostener una columna del ejército del General Arenales. Igual trato militar se le dió a Don Isidoro, nombrándosele al mismo tiempo Asesor Político del Gobierno de Ica.

Don Baltazar Caravedo entró a servir como Cadete del Escuadrón de Granaderos de a caballo, primer cuerpo de caballería del Perú, el 1º de octubre de 1820. Incorporado al Ejército de Arenales, hace con éste la campaña de la Sierra, concurriendo a los encuentros de Guayucache, Izcuchaca, El Quispe y Guamani. Enviado el Regimiento de Granaderos de a caballo a la campaña de Ica, asiste a los combates de Macacona e Intermedios, donde actuó en las batallas de Torata y de Moquegua. A través de estos fué ganando ascensos por méritos de guerra, siendo primero alférez y porta-estan-

darte del Regimiento de Granaderos de a caballo, en 1821 y posteriormente ascendido a teniente en 1823.

Después de la Conferencia de Guayaquil, San Martín abandonó el Perú en medio del sentimiento de los menos tras la incomprensión de los más. Bolívar ingresó al Perú, siendo recibido con las mayores muestras de afecto y de acatamiento. Convertido en el Jefe político y militar, empieza a organizar la campaña final de la emancipación americana. Sin embargo, hallábase exhausto, no habían medios materiales para equipar el ejército, y él mismo se hallaba abandonado casi en Pativilca, postrado por grave dolencia. Fué allí donde el genio de este hombre tuvo el mayor destello de fuego, de esperanza y de poder: allí manifestó Bolívar toda la pujanza avasalladora de su espíritu, y todo el inmenso poder de voluntad que lo animaba. En medio del desastre sólo pensó en vencer, en vencer al hambre, al destino y a la muerte, y frente a estos tres poderes invisibles él solo logró dominarlos. Venció en la más formidable de las batallas, en la más épica de las contiendas, sentado en un viejo sillón de vaqueta, recostado a una añosa palmera polvorienta, cuyas hojas resecas han guardado a través de los años el eco de su voz trémula, que contestaba con furia casi divina a la desesperanza encarnada en Mosquera.

El 6 de agosto de 1824, sobre las pampas heladas de Junín, la caballería peruana escribió páginas dignas de un cantar de gesta. Recordando las viejas y maravillosas épocas de la historia sólo brilló con fulgor rutilante el acero que cruzó los aires fríos de aquellos cielos serenamente azules. La caballería peruana, haciendo honor a su estirpe de hombres valerosos, afirmó sobre aquellas heladas tierras la pujante voluntad que la animaba a vencer. En aquella jornada gloriosa el Teniente de Húsares, don Baltazar Caravedo, tuvo actuación distinguida, como lo atestiguan los partes del combate, y fué de aquellos bravos que con Suárez ganaron el título glorioso de los heroicos Húsares de Junín.

El Teniente Baltazar Caravedo seguía día tras día la ruta de sus tropas victoriosas, aprestándose a nuevos encuentros. Malas noticias entristeciéronle por ese entonces, pues de Ica le anunciaron el fusilamiento de su padre en el puerto de Pisco por orden del Virrey, acusado de sostener tropas patriotas en aquellas comarcas. Doña Isabel de Loyola de Caravedo contempló desde una ventana la ejecución de su esposo con el alma cargada de santa amargura por la doble separación que experimentaba.

Preso de los más fervientes deseos de vengar con honor la muerte de su padre, luchó con ardor, con temeridad y con heroísmo. El 9 de diciembre de 1824, en el parte de aquel día glorioso para la América toda, su acción fué calificada de "heroica y distinguida" y recomendado en la orden del día.

Terminada la campaña emancipadora, el Regimiento de Húsares de Junín fué enviado a los Castillos del Callao a efectuar el llamado Segundo Sitio. Asiste al fin del Imperio español en la América del Sur, cuando Rodil, después de una resistencia inútil, porfiada y terca, abandona los Castillos y se dirige a España, llevándose los escuálidos restos de una tropa moribunda.

Parecía que el período afiebrado, guerrero y caótico, iba a pasar, y la

República comenzaría a asentarse sobre la solidez de una estructura hondamente pensada. Pero en el Perú comenzábase a sentir descontento por Bolívar, la agitación política traía sobre el horizonte nubes que presagiaban tormenta. En Ica hubo una revolución contra Bolívar que fué sofocada en el Palmar de Chunchanga, acción a la cual concurrió el Teniente de Húsares don Baltazar Caravedo, a quien Bolívar personalmente le mandó dar las gracias por su acción decisiva durante el combate.

Bolívar abandonó el Perú por muy diversas circunstancias. En Colombia, Santander; y en Venezuela, Páez, conspiraron contra su autoridad suprema; y por otra parte, la Constitución Vitalicia en el Perú era impopular.

Ofrece el Perú desde su nacimiento un contraste inmenso entre lo que se propusieron los pensadores y los teorizantes y lo que lograron por su ambición los ejecutores pragmáticos. Así comenzó la República, y así siguió por muchos años esta inmensa tragedia que envolvió al Perú en el más intenso drama político y dentro del cual desarrolláronse las más negras y nefastas pasiones. Sobre el honor primó la intriga, sobre la verdad la perfidia, sobre la ilusión idealista la más descarnada ambición de los múltiples aspirantes al mando supremo. La fe ilusa de unos pocos vióse opacada por el realismo más crudo, los ideales por las ideas más absurdas y los mejores apartados del poder por los falaces.

Caravedo sirvió en los comienzos del amanecer republicano con las más distinguidas notas, y los partes de batallas más elogiosos, sin poder alcanzar hasta 1827 la clase de Capitán. La injusticia de aquella hora hizo pensar en muchos oficiales el momento de retirarse del Ejército; entre los que estuvieron a punto de hacerlo se encuentran: Salaverry, Vivanco, Caravedo y otros más.

Santa Cruz entregaba al primer Presidente elegido por una Asamblea el poder que él tanto ambicionaba. Ciertamente que si no hubieran mediado sutiles juegos políticos, lo hubiese conseguido, pero en su camino se cruzó un enemigo terrible y astuto: Luna Pizarro. Entregó el poder a La Mar, hombre intachable, ejemplo de honor y rectitud. La vida de La Mar fué una existencia llevada con dignidad y con altura. Sólo le faltó carácter para haber sido un hombre de Estado. Desgraciadamente, La Mar comenzó su gobierno entre las más sombrías intrigas, fraguadas por los múltiples ambiciosos, por los generales engreídos, por todos aquéllos que por haber combatido por la Independencia creíanse, como más tarde, igualmente, siguieron creyéndose, dueños de los destinos nacionales, predestinados por la Providencia para gobernar.

La Mar hallábase en aquella época en una situación harto difícil frente a la política internacional que el Perú llevaba. Rodeado de generales llenos de ambiciones, constreñido por hombres como Gamarra, La Fuente y Santa Cruz, su situación era bastante embarazosa. Colombia y el Perú estaban en malos términos y la guerra parecía un hecho consumado. Bolivia esperaba atenta los acontecimientos que al otro lado de sus fronteras realizaba Gamarra con las tropas peruanas, hasta que por fin, siguiendo éste tác-

ticas precursoras de algunas potencias contemporáneas, ingresó a Bolivia para defenderla y a pedido de algunos políticos bolivianos.

Estalló la guerra con Colombia y el Sargento Mayor don Baltazar Caravedo, Segundo Jefe de los Dragones de Arequipa, vuelve de nuevo a empuñar las armas. La actuación de este Jefe en la defensa y sostenimiento de la plaza de Guayaquil, después de la derrota sufrida en el Portete de Tarqui, fué notoria. Consumada la derrota de La Mar por la perfidia de sus mismos generales, quienes tramaron conspiraciones en el campo de batalla, la autoridad de éste quedó deshecha. Jamás en el curso de la historia peruana volverá a repetirse acción tan desleal, tan sin visión y tan llena de ambiciones mezquinas. Para prestigio del Sargento Mayor Caravedo, su nombre no vióse mezclado en este acto deshonroso. Junto con el General Necochea y otros tres jefes, se negó a desobedecer a La Mar y pidió ser enviado a Lima, donde esperaba encontrar en pie la autoridad del señor Salazar y Baquíjano, encargado por La Mar del Poder Ejecutivo.

Llegado que fué a Lima encontróse con que la autoridad del señor Salazar y Baquíjano había sido desconocida por la Fuente. Caravedo fué encarcelado y juzgado por un Tribunal Militar por el terrible delito de no haberse querido sublevar, permaneciendo en prisión por más de un año y luego reformado del ejército, a pedido suyo, con el grado de Capitán, pues el gobierno encontró razones suficientes para sólo reconocerle este grado, con el haber mensual de veintiséis pesos, en lugar de ciento veinte que le correspondían. Y así vióse obligado a vivir en el anonimato y en situación difícil, porque la guerra de la Independencia lo había dejado exhausto y su familia había sufrido grandes pérdidas del patrimonio y la heredad.

Gamarra esperó cazurro que la Convención le facilitara algún juego político para quedarse en el poder, pero ésta eligió a Orbegoso el 20 de diciembre de 1833. Restablecida la normalidad política, por lo menos aparentemente, el Sargento Mayor Caravedo es llamado por el General Orbegoso nuevamente a filas. Desgraciadamente, el período político que se abría estaba lejos de resolverse dentro de la tranquilidad y la equidad. Surgen sucesivamente por doquier señales de un levantamiento contra la autoridad de Orbegoso, puesto en el poder para eliminar las intrigas de Gamarra y de sus partidarios. Levantamientos políticos, revoluciones sin sentido y sin programa, hechas por jefes amantes de la fuerza y enemigos de la legalidad y del orden social, fraguan una era de caos, de desconcierto y de anarquía, que tendría su corolario en la Confederación Perú-boliviana. Forzado Orbegoso a refugiarse en Arequipa, delega las funciones del mando supremo, en Salazar y Baquíjano, Presidente del Consejo de Estado.

Llega por fin el levantamiento de Salaverry y la revolución se extiende por todo el país. Gamarra se inclina por éste y los pueblos del Norte se le plegan después de una fracasada intentona de la Fuente. Salazar y Baquíjano, que había pretendido establecer un ejército en el Centro, encuentra que también sus tropas se hallan en mala disposición para con Orbegoso, y entonces envía a Lima al Coronel Caravedo, para presentar su renuncia a Salaverry. Este no se hallaba en Lima en aquel entonces y fué recibido por el

Coronel Bujanda, quien sabedor de la misión de Caravedo, lo manda apresar y lo deporta a Chile.

En ese país se encontró con Nieto, el Coronel Sierra y otros, en cuya compañía se dirigió a Arequipa, creyendo hallar aún en pie la autoridad de Orbegoso, reducido a dicho territorio. Caravedo no era santacrucista, actuaba siguiendo la norma que él creía justa; pues consideraba la autoridad de Orbegoso como la legítima y, además, como él mismo lo expresa, no conocía bien los planes de unificación con Bolivia y no creyó que éstos hubiesen tenido ya lugar. Cuando volvió a pisar tierra peruana el Coronel Caravedo halló un estado de cosas que no creyó encontrar. Orbegoso, forzado por la revolución de Salaverry a permanecer circunscrito a Arequipa, vió esfumarse su poder ante la actitud general y entonces realizó el acto que mejor creyó para defender su gobierno, aliándose con Santa Cruz y estableciendo la Confederación Perú-boliviana, el sueño de toda la vida del General boliviano. Caravedo no simpatizaba con Salaverry, pero tampoco sentía afecto por Santa Cruz, sin embargo, cuando él aún no tenía noticias del pacto con Bolivia, consideraba su deber situarse junto a Orbegoso, quien representaba la autoridad establecida por una Convención. Cuando llegó a Arequipa era ya tarde para rectificar el camino; pues, él habría elegido, como lo dijo en una publicación posterior, permanecer neutral antes de tomar partido por las huestes confederadas; pero cuando él llegó a Arequipa el 4 de agosto, ya las tropas de la Confederación se dirigían a Yanacocha a enfrentarse con el ejército de Salaverry.

Después de una carrera meteórica, de un gobierno revolucionario y de una vida romántica, el General Salaverry cayó vencido por la astucia de aquel viejo General en el Alto de la Luna. Se le formó Consejo de Guerra junto con los demás jefes de su ejército, llamándose a componerlo a jefes peruanos, presididos por el General Anglada, argentino de nacionalidad. El Coronel Caravedo fué nombrado Vocal en dicho Consejo y es ahí donde da una lección de nobleza y dignidad humana. Llamado Salaverry al Consejo, éste le hizo algunas preguntas, ordenándole retirarse después. Se suspendió el Consejo continuando la sesión minutos después, cuando el General Anglada presentó la sentencia al Tribunal, sentencia elaborada por su director confidencial el Coronel Magariños. En la sala reinaba un silencio sepucral, todos los rostros se hallaban pálidos, las miradas ausentes, perdidas, como temiendo hallarse entre sí lo terrible del drama que se estaba desarrollando. No era una cosa justa desde que se había regularizado la guerra, desde que los prisioneros se habían estado devolviendo. Pero Salaverry era un enemigo terrible para Santa Cruz, era un obstáculo en su camino, logrado merced a innumerables juegos de política. Cuando la sentencia pasó a manos del Coronel Caravedo, éste rompió el silencio que reinaba y levantándose sereno, se negó ante la crueldad del destino y de los hombres a hacerse cómplice de un crimen político y, muy al contrario, propuso un plan para salvar la vida de Salaverry y de los suyos (1). Cuando Caravedo dijo: "mi voto es contrario,

(1).—..."Siete meses después, por febrero de 1836 fué llamado el Coronel Caravedo a servir de Vocal en el Consejo de Guerra creado por el General Santa Cruz,

yo no firmo esta sentencia", pareció que los corazones se abrían ante una esperanza.

Aún parece que oímos retumbar tras el fragor de aquella hora turbia y exaltada, el eco sonoro de su voz serena, que se alzó altiva ante la animosidad de aquel momento cuajado de pasiones. Prendidas en el aire del tiempo han quedado esas horas trágicas, en las que el Protector de la Confederación decidió sobre la vida de un grupo de jóvenes idealistas, cuyo crimen fué el amor por lo peruano y un noble afán de engrandecer la dignidad nacional. Caravedo, llevado por las fuerzas de las circunstancias a militar entre las fuerzas confederadas, no vendió, sin embargo, su libertad de actuar y ante la deshonra, se levantó airado, pero a la vez sereno, para salvar con su voto la dignidad del soldado que no concibe la venta de su honor, llenando con su voz los ámbitos, como el paladín desinteresado y noble que amaba, como Bayardo, la vida sin miedo y sin tacha.

Lo que dijo Caravedo en el Consejo no fué sino el eco callado de miles de hombres que en ese momento no tuvieron el valor de afirmar lo que sentían por temor a las represalias. Es que él no se dejó arrastrar por el

---

Fué conducido allí el General Salaverry, se le dirigieron varias preguntas por el General Anglada natural de las provincias argentinas; se le mandó retirar: se suspendió al mismo tiempo el Consejo; se continuó la sesión pocos minutos después, y sin empezar discusión alguna se leyó y presentó a la firma de los Vocales la sentencia de muerte contra el General Salaverry y que acababa de redactar el Coronel argentino Magariños, director confidencial del Presidente Anglada... Pasó la sentencia al Coronel Caravedo; y este rompiendo el silencio sepulcral que reinaba, dijo: "mi voto es contrario; yo no firmo esta sentencia"... En la tempestuosa y rápida discusión a que dió lugar esta resistencia inesperada, preciso es decirlo, todos los jefes del Perú se mostraron favorablemente dispuestos al plan de salvación que propuso e inició el Coronel Caravedo; pero el Presidente ahogó la voz de los Vocales, inspirando el terror de todos modos, y declarando muchas veces que "incurrirían en la misma pena del reo los que no le condenasen"... Se firmó la sentencia de muerte, menos por el Coronel Caravedo que escribió y firmó al pie de ella que salvaba su voto, fundándose en las bases del plan, una que podía conservar la vida del General Salaverry.

Y ¿cuál fué este plan en aquellos terribles circunstancias en que todo se postraba ante el vencedor Santa Cruz? Las listas nominales de los jefes sometidos al Consejo, se dirigían por el E. M. G. al Presidente Anglada, adjuntas a un oficio, en que se expresaba el artículo del decreto, donde estaba la pena que debía aplicarse a cada uno según la colocación que había tenido en el ejército. Así es que el juzgamiento quedaba reducido a reconocer la persona y a preguntarle de su pasada situación militar; sin dejar a nadie medio alguno de defensa contra esas formas que impedían toda discusión, que destruían todo recurso, que sólo servía para escusar aparentemente de la responsabilidad directa al General Santa Cruz, cuya voluntad era sin embargo la única que se ejecutaba, como en el asesinato del príncipe de Condé. Lo urgente era inutilizar el consejo de guerra acogiéndose a no estar en las listas el General Salaverry, y a existir respecto de él un decreto especial en que se le declaraba fuera de la ley, y cuya ejecución no estaba confiada al consejo de guerra; sin deberse temer la aplicación de ese decreto, porque ni aceptaría el General Santa Cruz la responsabilidad personal de decretar directamente la muerte del General Salaverry, ni este quedaba entonces sujeto a otras reglas que las del derecho común de la guerra; el decreto de fuera de la ley era una retaliación del decreto de guerra a muerte; y esta guerra estaba regularizada, de hecho porque el General Salaverry no mató a ningún prisionero, y de derecho porque el mismo General Santa Cruz por medio de su Jefe de E. M. G. Braun, pidió por escrito la regularización en Uchumayo, y convino en ello el General Salaverry, cuya nota afirmativa recibió Santa Cruz en el sitio llamado Cruz del Intendente, y de manos del Mayor Angulo, cuando éste y el Coronel Guilarte regresaron a su campo devueltos por Salaverry en canje del Coronel Vivanco prisionero en el Gramadal. Pudiendo salvarse por este medio el General Salaverry, quedaban igualmente salvados los demás jefes; la alta posición del primero corroboraba todas las probabilidades". Breve exposición de los motivos que obligaron al General Caravedo a incorporarse en las tropas Libertadoras después de los sucesos de Saraja en que sostuvo al Gobierno del S. D. José Rufino Echenique. Lima, 1855.

relumbrón de una victoria efímera, no dejó aprisionar su espíritu por el impresionismo pasajero. Su estilo de gran señor y su desdén por lo convencional y artificioso, le hicieron rechazar asqueado aquellas horas mendaces que convirtieron todo en un campo de intrigas y delaciones.

Como paradigma de su acción, recordando la muerte de los viejos héroes, Salaverry fué al patíbulo con una camisa del Coronel Caravedo, porque el caudillo romántico y soñador quiso morir con una prenda del único hombre que no habíase ofuscado con el brillo de la victoria y por ser en aquella hora trémula "el hombre más generoso que tenía el Perú" (2).

El Coronel Caravedo fué separado de su cargo por esta acción. Se estableció en Lima, donde permaneció bajo la vigilancia de la policía, hasta que, por orden directa de Santa Cruz, fué dado de baja del ejército. Váse entonces a Pisco a vivir, esperando y espectando desde la lejanía los acontecimientos políticos.

Lentamente, la oposición va tomando forma, los pueblos van mostrando cada vez más su descontento y voces venidas del Sur, cuentan de una expedición chilena para derrocar a Santa Cruz.

Abierta la campaña de la Restauración, Caravedo vino a Lima desde Pisco en compañía del General Salas a ponerse a órdenes de las autoridades. Ambos jefes fueron destinados a servir en Piura, donde el General Salas delegó la autoridad militar en el Coronel Caravedo, en quien reconocía excelentes condiciones para el desempeño de la misión que se le confiaba.

Desde su acantonamiento en el Norte, Caravedo contempló los acontecimientos políticos y militares por los cuales atravesó el Perú en ese entonces. No asistió al desastre de Ingavi y por azares del destino pasó a formar parte del ejército que comandaba Torrico, que más tarde iría a enfrentarse a las fuerzas de Vidal. Producida la situación harto caótica por la muerte de Gamarra, vino la Presidencia de Menéndez, el desconocimiento de ésta por La Fuente exaltando a Vidal a la Presidencia Provisoria y la aceptación de la Jefatura Suprema por Torrico; el Perú tuvo en un momento determinado tres Presidentes.

Las fuerzas de Torrico estaban compuestas por las tropas del Norte del Perú, cuerpo de ejército formado para contrapesar al formado por La Fuente en Arequipa. Ambos bandos se sublevaron por la misma causa, el uno, el de La Fuente que sostenía a Vidal, por pretender que Menéndez estaba bajo la autoridad del Ministro Torrico y éste se sublevaba porque creía que Menéndez se hallaba bajo la presión de La Fuente.

Esta guerra civil, lo más desastrosa y la más ridícula de todas, tuvo detalles de humorismo cruel. No es de las acciones que en la victoria den brillo, ni en la derrota menoscabo, ambas fuerzas estuvieron en el mismo nivel de lo absurdo y lo paradójico.

En la batalla de Agua Santa, el Coronel Caravedo era Jefe de Estado Mayor del Ejército de Torrico. Nieto comandaba las huestes de Vidal. La batalla fué un desastre para ambos; de un lado y de otro se dispersaban,

(2).—Refiérese que estas fueron las palabras que dijo Salaverry, al hacerle el pedido a Caravedo.

atacaban, huían, todo era desorden, confusión. Nadie sabía quién estaba ganando ni quién estaba perdiendo. Vidal, victorioso, se consideraba derrotado al igual que Torrico. Todo el mundo corría, cada cual en sentido opuesto. Sólo agunos valientes cayeron prisioneros por quedarse luchando en el campo de batalla. Caravedo cayó prisionero de Nieto, porque su comportamiento y su valor lo hicieron quedarse hasta el último luchando como un bravo. Torrico y San Román habían huído y a Vidal no lo halló Nieto en el campo, pues también había desaparecido, creyéndose perdido.

Nieto, "segundo tomo de La Mar", tiene victorias más brillantes que anotar en sus fojas de servicios, limpias y rectas como fué su vida. Mucha resonancia se le ha dado a esta victoria de Nieto, cuando, en realidad, la batalla de Agua Santa "es una de las más pintorescas y lamentables de la historia peruana" (3).

Victorioso Vidal, formó gobierno con La Fuente, que era, en realidad, quien dirigía la política y nombró a Vivanco Ministro de Guerra y Marina, cargo que aceptó gustoso. Inmediatamente, Vivanco comenzó su labor disolviendo algunos cuerpos de ejército que había en el Cuzco. Por ese entonces el gobierno de Vidal había nombrado Prefecto de Arequipa a Deustua y de Moquegua a Nieto, quienes residían en aquellos días en Arequipa. Se produjo una revuelta en los cuarteles inspirada por la esposa de Vivanco y éste, en vista de las circunstancias, aceptó la situación creada en su favor. Tuvo por origen este levantamiento el hacer una contrarrevolución a Deustua, que conspiraba a su favor. Producido el golpe de Arequipa en favor del fogoso e incansable luchador romántico, la revolución fué tomando auge conforme pasaban los días. Volvía Vivanco por el camino siempre soñado de regenerar al Perú y de establecer una élite. Amaba los fastos y las candeladas, el laurel de las batallas y las rosas deshojadas que caían a su paso en las ciudades por las que transitaba al son de músicas marciales. Hombre culto, fino, amplio de visiones políticas desde el punto de vista social, no aceptaba la completa igualdad democrática ni los planes artificiosos de los caudillos revolucionarios. Amó desmesuradamente la gloria, el oropel, el aplauso y el halago; buscó la fama eternamente en su camino y ella sólo lo premió con los sillones de las Academias y en los estrados del pensamiento donde lució una inteligencia brillante y una cultura exquisita.

"El alazán generoso" empezó su marcha triunfal hacia Lima. El tambaleante gobierno de Vidal acabó por ceder ante la presión de las multitudes vivanquistas y salió del Perú en compañía de La Fuente. Vivanco entró a Lima en apoteosis, en delirante triunfo, para establecer su gobierno.

El Coronel Caravedo estaba unido a Vivanco por una amistad fraterna. Compañeros desde los años iniciales de la Independencia, habían seguido las mismas normas y tenían ideales comunes. Ambos, al igual que Salaverry, habían pedido en diversas oportunidades, al comienzo de la República, su reforma del ejército. Pero Vivanco buscaba la gloria, quería implantar sus ideas dentro de una multitud abigarrada e indecisa, y pretendía establecer un gobierno aristocrático en medio de un conglomerado heterogéneo y audaz.

(3).—Jorge Basadre, "Historia de la República del Perú", T. D.

Cuando entró a Lima el 7 de abril de 1843 fué recibido con el boato y el atuendo de un príncipe. Reunió en su torno a lo más valioso del pensamiento; estableció órdenes militares y nuevo escalafón según los usos españoles. Caravedo recibió el título de Brigadier, que luego perdió al ser derrotado Vivanco.

Desgraciadamente, Vivanco estaba lejos de la realidad política del país. Quería hacer un gobierno autoritario y escogido en medio de un país amante de la asonada y encumbrador del audaz. Pretendió establecer normas contrarias al sentimiento de muchos y a los políticos les abrió una brecha para la insurección al pretender aplicar un juramento de fidelidad hacia su persona. Castilla, entonces, inicia la campaña de levantamiento contra Vivanco, siendo vencido por aquél en Carmen Alto, en Arequipa.

Caravedo comandaba la segunda División de Vivanco, cayendo prisionero de Castilla, mientras su Jefe contemplaba las inscripciones de una vieja campana en una iglesia cercana a Arequipa.

Restablecida la normalidad constitucional por él llamando a Menéndez a ocupar el Poder Ejecutivo, en su calidad de Presidente del Consejo de Estado, se preparó la campaña para la elección presidencial. Reunida la Asamblea Legislativa, el 17 de abril de 1845, ésta eligió a Castilla Presidente Constitucional de la República.

El período presidencial del 45 al 51 constituye una era de florecimiento nacional. El Perú adquirió rango de gran potencia continental y tuvo brillante actuación en congresos internacionales. La Hacienda Pública, las finanzas, el comercio, la industria, florecieron como hasta entonces no lo había hecho. El Perú tuvo una época feliz después de la gran tragedia en la cual había vivido. Fué el gobierno de Castilla tolerante y comprensivo. Mantuvo la equidad de los partidos y permitió el libre juego de éstos en la política nacional. Quiso congraciarse con los vivanquistas y, en general, con todos los opositores a su gobierno, llamándolos a ocupar cargos de importancia.

Caravedo era personaje prominente del vivanquismo y Castilla quiso, como bien lo anota Basadre, por intermedio de éste halagar a Vivanco, nombrándolo Prefecto de Junín. En ese puesto se hallaba cuando se produjeron las elecciones presidenciales del 51. La lucha era entre Vivanco y Echenique. Este último era el candidato del Gobierno y, además, ocupaba la presidencia del Consejo de Estado. Caravedo era hombre de convicciones permanentes y no sabía sacrificar la amistad en beneficio de un puesto o de una situación política. Su vida la había pasado en eterna lucha y en constante peligro y sabía, a través de todas las vicisitudes, conservar el inestimable don de la amistad. Con Vivanco lo unían afectos e ideales comunes, por él había dejado todo lo que podía esperar un hombre de sus cualidades y había preferido seguir siempre su suerte adversa. Como Vivanco tenía los mismos gustos y los mismos principios educativos y, si la Independencia no hubiera surgido en la época de sus mocedades, habría estudiado leyes, que para eso se preparaba, y al alistarse en el ejército libertador había ya concluído de estudiar latines. La cultura de Caravedo estaba muy lejos de la agitación y la turbulenta vida del cuartel de entonces, dominaba los clásicos y gustaba

de escribir bien. Las cartas, discursos, folletos, por él escritos demuestran a un hombre conocedor del idioma y gustoso purista de las formas. Su educación clasicista le había dado un sentido amplio de la vida, una concepción clara del deber y había servido a la República por el bien de ella y por el imperativo categórico de trabajar en su bienestar y en su grandeza. Obedeciendo a sus mandatos, había estado siempre en los puestos para los cuales había sido llamado, ya que jamás buscó las situaciones y sólo obró llevado por el mandato inexorable del deber.

Caravedo era mantenido en su puesto cuando se producían las elecciones presidenciales y antes de que Echenique hubiese asumido el Mando renunció y se retiró a la vida privada. El mismo lo dice en un folleto del 55: "Me hallaba desempeñando la Prefectura de Junín a principios del año 1851 cuando, entablada la lucha de los partidos, se trataba de la elección de Presidente: mi conducta neutral y circunspecta, cual lo exigía la Constitución del Estado, y mi voluntad inclinada hacia el candidato que hacía oposición al Sr. Echenique, eran motivos harto sobrados en la conducta que este señor adoptara cuando se posesionó del mando, para que se me quitase el destino; y en tan segura persuación renuncié, desde pocos días antes de su exaltación, el cargo de Prefecto". En otro párrafo continúa deciendo: "desde entonces retirado a la vida doméstica, ví desenvolverse los sucesos de una manera nada conforme para mejorar la condición política del Perú; pero, hombre de orden, y habituado a la obediencia a cuanto tiene el carácter de legalidad, no titubié en aceptar la Prefectura de Lima, cuando se me llamó a tal destino".

Estando Caravedo de Prefecto de Lima, se produjo en Ica el levantamiento encabezado por don Domingo Elías contra el Gobierno. Este estallido revolucionario fué la chispa prematura del gran levantamiento general que había de culminar posteriormente con la victoria de Castilla en la Palma. El Coronel Caravedo fué nombrado Comandante General de las Fuerzas del Gobierno y Prefecto de Ica para sojuzgar la revuelta. Dejemos que la pluma del propio Caravedo narre los acontecimientos y los sucesos posteriores a la victoria de Saraja:

"Al poco tiempo de ser yo Prefecto, tuvo lugar la sublevación de Ica, suceso que debía reputarse como aislado para los que no estaban al cabo del estado de conflagración de todas las Provincias. Por duro que me fuera y repugnante llevar las armas al lugar de mi nacimiento, y por lo mismo de mis deudos o íntimos relacionados, tuve que ceder a la fuerza del deber como soldado y marchar con la división vencedora en Saraja. Si cumplí mis compromisos como militar; como Iqueño, quise hacer al pueblo menos fatales las consecuencias de su derrota; y como hombre, dar una mano de protección al vencido que de mí la exigiera. Con tales miras y con el doble carácter del Prefecto del Departamento, que obtenía desde antes y el de Comandante General que me confirió el Gobierno, al marcharme, hice publicar un bando, concediendo amnistía a todos los vencidos y acordándoles la facultad de permanecer en sus domicilios libres de toda persecución. El Coronel D. Mateo Gonzales Mugaburu, que había pertenecido a los insurrectos, no invocó en su favor el bando citado, sino que se puso bajo mi personal salvaguardia, manifes-

tándome su deseo de condenarse a un voluntario destierro al extranjero. Como aún cuando se le juzgase con todo el rigor de las leyes no hubiera nunca sido condenado a mayor pena, no pude tener inconveniente en ofrecerle mi ayuda en su designio, sin que yo creyese que le hacía otro servicio que el de excusarle las molestias de ser perseguido y preso. Le aconsejé que se mantuviese oculto, hasta que yo fuese a Lima y hablara sobre el particular al Presidente; hícelo así en efecto, y el señor Echenique aprobó del modo más perentorio mis procedimientos. En tal estado escribí al Coronel Mugaburu indicándole que podía sin recelo embarcarse en el primer vapor que tocase en Pisco; y cuando se preparaba a hacerlo, fué tomado preso por D. Vivanco, en la misma escala del vapor. Para las personas que no hubieran tenido nunca ocasión de apreciar mis sentimientos, ni conocer hasta qué punto he sido y soy celoso de mi honra; este hecho podría cuando menos, decir mal con respecto a aquellos y echar una mancha sobre esta. Pudiera siquiera haberse suscitado una ligera sospecha creyéndoseme cómplice en una negra felonía y yo estaba por deber y por honor en el caso de destruir enérgicamente el menor fundamento de tan ofensiva sospecha".

La victoria de Saraja, como lo dijo Torrico, se debió al valor y a la temeridad del Coronel Caravedo. Pocos días después, Caravedo fué ascendido a la alta clase de General de Brigada, ascenso que acepta, no por la victoria sobre los insurrectos, sino porque creyó que cualquier Gobierno estaría en el justo derecho de hacerlo después de haber sido 19 años Coronel. El mismo lo dice en otro párrafo: "Pocos días después de mi llegada a Ica tuvo a bien el Sr. Echenique hacerme expedir el título de General de Brigada: yó acogí ese nombramiento como una prueba de estima personal, dada en una ocasión que ofrecía, sin lastimar ajenas aspiraciones, la de ejercer un acto de justicia. No creo que se me pueda acusar de falto de modestia, ni menos de tenerme yo mismo en alta idea, si digo, que el ascenso no era inmerecido para mí, desde que había prestado a la patria provechosos servicios en una larga carrera, concurriendo a todas las jornadas de la gloriosa campaña de la Independencia nacional, y que contaba veinte años de Coronel".

Al agradecer su ascenso, respondiendo al oficio que le pasara el Jefe de Estado Mayor de la Plaza, lo hace en los siguientes términos:

República Peruana.—Lima, Enero 28 de 1854.

Al B. Sr. Coronel Jefe del E. M. de la Plaza.

Con la muy estimable nota de U. S. fecha 26 del mes que termina, he recibido la orden general del día, en que se me da a reconocer por General de Brigada, cuyo ascenso tuvo a bien decretar S. E. el Presidente en 25 del mismo, usando de la facultad que le concede el artículo 44 de la Constitución.

Si en la función de armas del 7 ha hallado el Gobierno la ocasión de poder ejercer plenamente una atribución constitucional, reconociendo que allí cumplí con mi deber, por muy deplorables que sean cualesquiera triunfos en guerra civil, quédame la satisfacción de que ante los veteranos de la Independencia, como U. S. que se sirve honrarme con su expresiva y cor-

dial felicitación, no era indigno de un ascenso su compañero de 33 años de profesión militar y de 19 de Coronel, sin mencionar que ahora diez se me confirió, aunque sin éxito de duración, una clase semejante en la República.

Ojalá que me fuese posible compartir el generalato entre los antiguos veteranos, como compartimos los peligros y las glorias de Junín, Ayacucho y el sitio del Callao, que entonces, colmados mis deseos, sería completa la satisfacción de que gozo al agradecer a U. S. los sentimientos de alto aprecio con que se digna favorecerme.

Dios guarde a U. S.

Baltazar Caravedo.

Pero la victoria de Saraja que el Coronel Caravedo había obtenido y con ello el generalato trajo como consecuencia una serie de incidentes políticos que iban a poner en relieve sus firmes convicciones y sus cualidades morales. Cuando la suerte quiso llevarlo, comandando tropas al lugar de su nacimiento, a luchar contra parientes y amigos, la preocupación primordial fué el no hacerle al vencido una situación dura y humillante sino al contrario, buscar una actitud conciliatoria y amplia, generosa y comprensiva, que mitigara el dolor de la derrota y no dejara huellas en los espíritus derrotados.

Lo primero que hizo después de la acción de armas del 7 de enero de 1854 fué decretar lo que se llamó el "bando del perdón", liberando a los vencidos y dejándolos en libertad incondicional. El único que no quiso someterse a dicho bando fué el Coronel graduado don Mateo Gonzales Mugaburu, quien se presentó ante el Coronel Caravedo para solicitarle una expatriación voluntaria a Chile. El Coronel Caravedo no vió en ello inconveniente alguno y le prometió consultar con el Presidente Echenique para llevar a cabo tal objeto. Mientras tanto, le rogó al Coronel Mugaburu permaneciera oculto en Pisco y, para más seguridad, lo ocultó él mismo en su casa hasta que éste recibiese la orden de embarcarse para Chile en el primer vapor de la carrera. Pero las cosas no sucedieron tal como Caravedo se las había imaginado. El había comprometido su palabra de honor con Mugaburu y éste, confiado en las promesas de aquél, permanecía a la expectativa en Pisco. Caravedo se dirigió a Lima para hablar con el General Echenique y éste, informado de la actitud y compromiso de honor contraído por Caravedo, elogió su actitud y le dió amplias garantías de que su compromiso de caballero sería respetado y cumplido. En virtud de tal confirmación y a tenor de lo expresado por el Presidente; el señor Caravedo escribió al ex-Coronel Mugaburu para que se dirigiese en el primer vapor inglés que pasaba por Pisco el 19 de enero a Chile. En la escala del barco, el Coronel Mugaburu es apresado por el Comandante Gómez Silva y remitido a Lima encadenado y abarrotado de grillos.

Esta actitud fué como un latigazo asestado sobre el honor del Coronel Caravedo. Indignado ante tales procedimientos, escribió al Ministro de Guerra y al Ministro de Gobierno dos cartas altivas y severas pidiendo la libertad del detenido. Ante las negativas de ambos, renunció a la Prefectura de Lima, a la Comandancia General de Armas que ejercía y con la cual excitó

la furia de los escritores del Gobierno y de éste por consiguiente. Pero, como bien dice en su exposición de motivos: "para las personas que no hubieran tenido nunca ocasión de apreciar mis sentimientos, ni conocer hasta qué punto he sido y soy celoso de mi honra; este hecho podría cuando menos, decir mal con respecto a aquéllos y echar una mancha sobre esta. Pudiera siquiera haberse suscitado una ligera sospecha creyéndoseme cómplice en una negra felonía y yo estaba por deber y por honor en el caso de destruir enérgicamente el menor fundamento de tan ofensiva sospecha"....

..."Sin embargo, preso el Coronel Mugaburu, conducido a esta Capital con una barra de grillos, sometido al juzgamiento de un Consejo de Guerra, preciso me fué hacer en su defensa y en guarda de mi honor cuantas exigencias eran compatibles con mi situación; pero todas ellas se estrellaron contra la revocación que el ex-Presidente hiciera (4) de la palabra que me había empeñado y contra la tenacidad con que se mandó cumplir la orden del juzgamiento. Preciso me fué entonces dar una prueba de mi no desmentida delicadeza y renunciar a un cargo en el que yo no podía permanecer sin hacerme, en cierto modo, responsable de la suerte que se deparase a Mugaburu".

"Mi renuncia de la Prefectura exitó el furor de los escritores gobiernistas que pretendieron hacerme multitud de inculpaciones, siendo el cargo más grave, la retención del generalato. No me creí en el deber de renunciarlo, porque repito que tengo hasta hoy la persuación de que cualquiera que fuera la mano que me entregara ese despacho, yo debía agradecérselo, no como una prueba de graciosa merced, sino de rigurosa justicia".

En la carta que dirige a Torrico, Ministro de Guerra, el 28 de enero, repasa lo acontecido, detalla los sucesos y en un párrafo último, después de haber hecho consideraciones serias sobre todos estos asuntos, dice:

"El ex-Coronel Mugaburu ha sido conducido preso y se halla en aguas del Callao, próximo a ser juzgado en Consejo de Guerra".

"Aunque nadie se atreverá a calumniarme con la villanía y perfidia de haber abusado de la confianza con que se entregó a discreción un hombre, en su desgracia, las circunstancias de haber ido un destacamento, bien que por otra comisión del Gobierno al Sur, en el mismo vapor inglés que yo designaba para el viaje de Mugaburu y en que se embarcó conforme a mis prevenciones, y más que todo el deber que me impone la responsabilidad, inseparable de mi honor, que pesa sobre mí desde que tomé a mi cargo la salvación del vencido que se me entregó como huésped resignado a expatriarse, y cuyo compromiso se sirvió aprobar S. E. el Presidente; todo esto me obliga a suplicar otra vez a S. E., interponiendo la magnanimidad con que aplaudió mi conducta, el aprecio que hizo de mis servicios, el honor mismo que se mancilla del militar que acaba de merecerle el generalato, se digne reconsiderar que el ex-Coronel Mugaburu ha sido aprehendido al mismo tiempo que estaba practicando un acto indicado por mí, y que era sólo la consecuencia de su aprobación suprema, se digne dejar siga su navegación para el exterior, en lo que se ejecuta voluntariamente una pena de expatriación, sin

(4).—El General Caravedo se refiere así a Echenique, porque el folleto lo publicó el año de 1855, después de la victoria de La Palma.

que se disminuya la justicia del Gobierno, supuesto que, sólo permite cumplir un decreto anticipado de su clemencia.

"Yo espero que U. S. tendrá a bien elevar esta comunicación a S. E. el Presidente, apoyándola con todo el interés que le inspiran los sentimientos de la nobleza, del honor y de la humanidad"...

Tres días más tarde, Torrico le transmite la contestación de Echenique. En uno de los párrafos de la carta, éste le asegura que el Presidente no ha comprometido su palabra y que le es imposible deshacerse de los compromisos contraídos para salvaguardar la tranquilidad pública. "En ambos actos, si S.E., no desaprobó la conducta de U. S. porque la miraba como obra de su filantropía y de su carácter humanitario, que le hacen honor, también es cierto que no contrajo compromiso alguno, que consideró su aviso, respetándolo hasta el extremo de no exigir nada sobre el paradero del prófugo, y no dió garantía de ningún género, no pasando ambas conversaciones de un carácter puramente confidencial en que no contrajo ni pudo contraer obligación de ningún género.

"...él (el Presidente), por más consideraciones que le merezca su intercesión y el aprecio que le profesa a U. S., no puede impider que se juzgue al ex-Coronel graduado Gonzales Mugaburu, porque al presente no está S. E. en libertad para obrar según los brotes de su carácter".

Ese mismo día, el General Caravedo hace renuncia de la Prefectura de Lima en nota dirigida al Ministro de Gobierno, por las razones anteriormente expuestas y en salvaguardia de su honor ante la negativa del Gobierno de hacer realidad los compromisos contraídos con el vencido.

En una parte de la nota al Ministro de Gobierno, dice: "...Mas ya que, al cumplir con mi deber a satisfacción de S. E., no he podido llenar todas las condiciones de mi honor personal, para salvarlo de que se mancille ante la sociedad y ante mí mismo, tengo la obligación de renunciar la Prefectura después de haberse acabado la comandancia general que desempeñaba"...

El Ministro de Gobierno, con fecha 4 de febrero, le contesta exponiéndole la situación en que se encuentran las cosas, haciéndole presente que todas las disposiciones adoptadas por el señor Caravedo han sido respetadas y los acogidos al bando de perdón están en plena libertad, aunque por razones de carácter militar, el Coronel Mugaburu ha tenido que ser enjuiciado, fuera esto ya de los compromisos contraídos por el General Caravedo. Después de exponerle estos considerandos, le dice en una parte de su nota: "U. S. ha recibido de él (del Gobierno) todo género de consideraciones que bastarían para dejar contento al más escrupuloso empleado"...

El General Caravedo contestó al Ministro de Gobierno al día siguiente una nota en la que expone, en primer lugar, que el bando de perdón no ha sido respetado por el Gobierno y, muy al contrario, muchos de los que se acogieron en él sufren penas en esos días en las mazmorras del Callao o abordo de buques de guerra nacionales. Para más precisiones, cita los nombres de aquéllos que se encuentran detenidos.

Y, agrega, respondiendo a las frases que el Ministro le dirigiera, y con las que cree haber satisfecho las exigencias del honor del señor Caravedo

"...Si las consideraciones con que me ha favorecido S. E. fueran bastantes para limpiar de una mancha mi honor personal, en verdad que nada me quedaría por desear; pero creo tener otros deberes de que no puede excusarse ninguno que estime en su justo valor aquella calidad que es inseparable de la existencia social del individuo, y que es independiente de cualesquiera circunstancias políticas" (5).

Vemos a través de esta polémica oficial al hombre que no tiene temor de sostener sus convicciones, así no lo unan a quien defiende sino las condiciones de vencedor y vencido, pero con quien ha empeñado una palabra y está dispuesto a cumplirla para que ni una sombra pueda mancillar su nombre. Ya había sido bastante duro ir a Ica a luchar contra personas amigas, en su misma tierra natal. Fué una penosa comisión en contra de sus comprovincianos, de sus amigos y de sus mismos deudos, algunos de los cuales tomaron parte a favor de Elías. A su "valor heroico" (6), como dijo el señor General Torrico, se debió casi exclusivamente al triunfo de Saraja, pero el vencedor era noble y caballero, y si como soldado llenó satisfactoriamente su importante y delicada misión, como hombre de honor aumentó el lustre de sus laureles, levantando el estandarte de la reconciliación y del perdón, "porque el héroe verdadero no pone el pie en la garganta del vencido; sino le tiende una mano para que lo levante de su postración" (7).

Los escritores gobiernistas atacaron duramente a Caravedo y buscaron de diversas formas la manera de encontrar un resquicio por donde atacar la dignidad personal de dicho General. La polémica que estos iniciaron a raíz de los sucesos posteriores a Saraja y con motivo del prendimiento de Mugaburu por el Gobierno dicen bien a las claras cuánta indignación produjo la actitud decidida del General Caravedo frente a los acontecimientos del Gobierno. Quiso éste empañar su honra y sólo encontró a la opinión pública haciendo eco a las razones expuestas por Caravedo y censurando al Gobierno. Viendo los escritores del Gobierno que nada podían hacer por difamar la actitud de caballero de este General optaron por iniciar una campaña de prensa pidiendo que renunciara el Generalato.

Bien lo dice éste que el Generalato viniera de quien viniese, no era acto de merced sino de justicia estricta, ya que contaba cerca de veinte años de Coronel y había obtenido la clase de Brigadier diez años atrás, perdiéndola al caer Vivanco. "El General Caravedo altamente reconocido a las distinciones personales, que le han dispensado S. E. no tiene por qué agradecerle al generalato; no queremos entrar en el examen de sus méritos ni comparar éstos a los de otros generales; el ascenso del señor Caravedo es un acto de rigurosa justicia y no un favor; así lo entienden los que conocen la honrosa carrera, y los méritos que para con la Patria tiene contraídos ese soldado respetable" (8).

Los escritores del Gobierno le ponían como mancha que hubiese acep-

(5).—General Caravedo Ob. Cit.
(6).—General Caravedo Ob. Cit.
(7).—General Caravedo Ob. Cit.
(8).—General Caravedo Ob. Cit.

tado el generalato por acción de armas en guerra civil, cuando él ya lo había expresado que le había sido muy duro llevar las armas nacionales al lugar de sus ancestros, suyo y de los parientes y amigos que ahí tenía. Destruyendo estas observaciones sobre el valor de los ascensos en guerra civil, el señor Caravedo cita una lista sumaria de generales y grandes mariscales ascendidos en análogas circunstancias.

"La mayor parte, sino de todos los Generales del Perú, han obtenido sus clases en las guerras civiles. Y no se diga por esto que negamos sus relevantes merecimientos en la carrera de las armas, vamos a hacer memoria de ellos, sólo para probar la identidad de su conducta, en este punto, con la del señor Caravedo, de quien se quiere arrancar la renuncia del generalato para que sirva de sarcasmo contra sus mismos compañeros".

"En la guerra civil de 1834 fueron ascendidos: a General de División el señor Nieto; y a Generales de Brigada los señores Castilla, San Román, Quiroz, Salaverry y Valle-Riestra. En la guerra civil de 1835, a Gran Mariscal el señor Cerdeña; y a Generales de Brigada los señores Sierra, Morán y Vigil. En la guerra civil de 1842, a grandes Mariscales los señores La Fuente y Nieto; y a Generales de Brigada los señores Vivanco, Coloma, Deustua, Bustamante, Arrieta, Pezet, Castillo, Lizarzaburu y Jaramillo. En la guerra civil de 1843 y 44 a Gran Mariscal el señor San Román; y a Generales de Brigada los señores Echenique, Cisneros, Iguain, Medina, Frisancho, Lerzundi y Lagomarcino".

Y pregunta más adelante: "¿No ha sido decente la aceptación de estos generalatos? ¿Se ha disminuído el ascenso, la dignidad personal de algunos de estos señores?" (9).

Toda esta larga polémica sirve para mostrar cuál era el temple moral del espíritu del General Caravedo. No juzgó jamás a los hombres a través de las situaciones encumbrados y sólo estuvo al servicio de lo que era justo y honorable. Para él no habían puestos ni prebendas, gobierno u oposición; cuando se trataba de deshacer un acto incorrecto, lo corregía viniese de quien viniese sin importarle las consecuencias ni los intereses mezquinos de los mendaces. Por eso lo combatieron tanto y, lo obstaculizaron tanto en su carrera militar, por esa falta de sentido de deslealtad. Ni amenazas ni destierros, ni reformas de grado, ni expulsiones ni postergaciones le impidieron seguir en su camino y ser siempre el mismo, antes que él la palabra empeñada que el mal entendido o la suposición o complicidad en una felonía. A él le importaba más él mismo y el concepto que de él tuvieran que el oropel y el halago.

No era vanidoso al afirmar que tenía todo los derechos para ser General, como lo habían tenido en idénticas o en otras circunstancias los demás generales de la República. El mismo Presidente gozaba de ascenso por acción de armas entre hermanos, a Torrico lo habían hecho General por el encuentro de Matucana y a Guarda le habían dado el mismo rango por conservar el Callao, pero ambos señores pertenecían al Gobierno.

---

(9).—General Caravedo Ob. Cit.

El General Caravedo, después de haber hecho renuncia de todos los puestos que desempeñaba, se retiró a la vida privada, espectando los acontecimientos desde el hogar. Sin embargo, el Gobierno desconfiaba de su actitud reservada y silenciosa y creía que tramaba alguna conspiración. Se le dió orden de abandonar el país y de dirigirse a Chile. Entonces, el General Caravedo, con vibrante sentimiento y con el deseo de servir a la Patria, siempre a su lado defendiéndola, sale del Perú pero con la mira de regresar lo más pronto posible a fin de servir a la causa de los pueblos que acaudillaba Castilla. El mismo lo expresa cuando dice: "Soldado de la Nación, libre de todo vínculo público y privado, con el señor Echenique, terminados con él mis compromisos de una manera harto honrosa para mí no era el destierro el lugar donde yo debía esperar el desenlace de la revolución. Mi espada pertenecía a la Patria y aunque después el destierro podía presentarme como uno de los perseguidos, no quise sino emplearla al servicio de ella".

Pero como él había obtenido el grado de General del Gobierno al cual iba a combatir, creyó que lo más correcto y delicado era presentarse a servir a las armas del Libertador sin el grado que podía ser motivo de comentarios. En nota dirigida a don Pedro Gálvez, Secretario General de Castilla, se hace presente en el ejército libertador y ofrece sus servicios a la causa y se despoja voluntariamente del grado de General. El señor Gálvez le contesta que Su Excelencia el Libertador ha sido informado de su actitud y que agradece su acto de generoso desprendimiento que hablaba muy alto de su persona, pero que reconocía que el ascenso era justo y por lo tanto el Mariscal Castilla lo incorporaba a las filas del ejército con la misma clase y le confería el mando de la Segunda División.

Después de las escaramuzas preliminares y de la famosa toma de aliento de Echenique, Castilla se preparó a derrotarlo en las cercanías de Lima, en el lugar llamado La Palma.

El General Caravedo fué durante los 8 días anteriores a la batalla de La Palma, el Jefe de la línea y fué él, conjuntamente con San Román, quien le indicó a Castilla que debía variar la posición de las tropas dos horas antes del combate, cambio táctico que valió la victoria de las armas revolucionarias.

Victorioso Castilla, entra a Lima y Caravedo se dirige al Callao a tomar el Real Felipe. Vencidos los echeniquistas, el General Caravedo tomó el título de Jefe Superior del Callao con la Comandancia General de la Escuadra anexa a su mando. Cuando Castilla visitó el puerto, días más tarde, fué recibido en medio de gran alborozo, mientras a su paso se habían construído arcos triunfales que portaban su retrato y el del General Caravedo. Este le ofreció una gran recepción y realizó una gran parada naval y militar.

La victoria de La Palma hubiera abierto al Perú una era de felicidad si los hombres que compusieron el Gobierno no se hubiesen dejado arrastrar por las pasiones que los animaban. Cometieron una serie de actos por demás injustos y odiosos con los enemigos y la ansiada paz y la concordia nacional dejaron de ser hechos palpables y quedáronse en las proclamas y discursos altisonantes de los promotores revolucionarios.

El General Caravedo, después de haber prestado importantes servi-

cios en el ejército libertador, fué llamado por el Presidente de la República para que se encargara del Ministerio de Guerra y Marina. Caravedo contestó que aceptaba la Cartera siempre que se renovara completamente el Gabinete, desacreditado por sus actos inconsultos y que alejaba con ello la esperanza de un orden de cosas conveniente a los verdaderos intereses del país. Castilla no aceptó la propuesta.

Establecida la Convención del 55, Caravedo fué elegido representante por Piura y el primer acto que hizo en la Cámara fué presentar un proyecto de amnistía general para los vencidos. Hombre de un fuerte temple de alma, franco, noble, enérgico, sin rendir más fueros que a la verdad, la ley y a la justicia, comprendió bien pronto que sus esfuerzos en la Cámara se estrellarían siempre, y por eso creyó más oportuno renunciar al cargo de diputado que luchar sin esperanzas. La carta de renuncia es modelo de elevación moral y de firmeza de carácter, de nobles afanes y de ideales. Su voz fuerte y sincera sirvió de primer aviso, de anuncio a los movimientos revolucionarios posteriores, que culminó con la sublevación de Vivanco. El desprestigio en que cayó la Convención, y los acontecimientos que le dieron muerte, probaron que el General Caravedo no se había equivocado al apreciar lo poco provechosa que había de ser para la República.

El General Castilla le ofreció entonces un viaje a Europa, como premio a sus importantes servicios, viaje que aceptó el General Caravedo en principio, del que desistió después en virtud de la situación política, devolviendo el dinero que había recibido con tal fin. En vista de esto, Castilla lo persigue y lo apresa.

Proclamada la revolución de Vivanco el año 1856, Caravedo, desligado ya de la política actuante, secundó el movimiento del amigo, a quien lo unían tantos lazos efectivos. El General Caravedo va a Piura y la subleva, acompaña a Vivanco después en el ataque del Callao, lo sigue a Arequipa y después del fracaso sale desterrado a Chile.

Diez años más tarde, el 2 de mayo de 1866, oye el tronar de los cañones en la lejanía y enfermo como estaba en la cama se levantó y se dirigió a pie al Callao a participar en el combate que le traía a la memoria recuerdos de otras épocas, de épocas mozas, cuando montado en brioso corcel hacía retroceder a los huestes del Rey por las heladas llanuras de Pasco. A pesar de sus años volvió a pelear con el mismo arrojo de siempre, habiéndosele citado en el parte del día.

Al año siguiente, el Gobierno le dió la misión de pacificar Huancané y Azángaro, que estaban en gran efervescencia por la sublevación de los indios. Se dirigió al mando de las tropas a esos lugares y después de haber pacificado la región, regresó a Lima y se retiró del servicio activo y no volvió a inmiscuírse en los azares de la política (10).

---

(10).—El apaciguamiento de Huancané por el General Caravedo fué un hecho histórico sumamente interesante en la política interna. Los indios de Huancané se sublevaron contra los grandes terratenientes del lugar. El Gobierno del General Prado envió al General Caravedo a apaciguar dicha zona y a poner en libertad a los terratenientes prisioneros de los indios. El General Caravedo llegó a Huancané y examinó detenidamente la situación creada y pudo comprobar que: 1º)—los indios recibían un jornal miserable;

Dedicado a la tranquila vida del hogar, pasó los últimos años de su existencia. Los años novelescos de su vida accidentada transcurrieron al final dentro de un marco de tradicional sentimiento. Gentes que lo conocieron y que ya viejas, conversé con ellas, me contaron infinidad de veces escenas de la vida del viejo General. Ellas en muchas ocasiones, lo vieron caminar con andar sereno y firme, a través de las calles de Lima, luciendo la apostura de su figura gallarda, que ostentaba como en los tiempos de la Patria vieja, el uniforme glorioso de los Húsares heroicos. Fué el último y el único militar de la Independencia que hasta sus últimos días continuó llevando este uniforme.

Traía su figura recuerdos lejanos, recuerdos ya idos, voces y cosas de otras épocas, mientras él pasaba grave, enhiesto, marcial y señorial, haciendo resonar sobre las baldosas del pavimento sus espuelas roncadoras y su sable, y arrastrando la cartera, mientras sobre su cabeza llevaba con galanura el alto morrión de las jornadas de Pasco.

En las tardes mortecinas, a la luz vaga del candil o del mechero, vió vagar infinidad de veces episodios de antaño, recuerdos inolvidables de su juventud romántica y heroica. Se acordó, en aquellas horas lentas, pobladas de sombras y recuerdos, de voces lejanas y del fragor de combate. Seguramente, no se sintió jamás defraudado sino, por el contrario, satisfecho y orgulloso de haber cumplido con lealtad y nobleza la tarea que le tocó en la vida. Ni una mancha, ni una sombra de deshonor, había en su ruta, y ahí estaba para probarlo, La Mar, a quien defendió; Salaverry, a quien pretendió salvarle de un crimen horrendo; Mugaburu por quien había renunciado las prebendas y el generalato antes de que se sospechase de él una negra felonía; los vencidos en La Palma por quienes había abogado con desinterés y nobleza, ellos podían decir si el General Caravedo no había sido noble y honrado, honrado de corazón y espíritu. Por su estricto sentido de la verdad, había sido romántico y apasionado, loco de una locura de pureza y lealtad, de amor por la Patria y por los ideales que creyó la engrandecerían. Todo acontecimiento grande, toda acción digna, encontró eco en su espíritu y toda batalla por la libertad y la dignidad del hombre, lo halló en su camino. El podía estar orgulloso de su vida y de su valor como hombre, porque había sabido cumplir a través de los años con el deber honorable del soldado, con el sentido de la justicia y la verdad que anima de veras a un ciudadano. Como soldado no tuvo tacha e hizo del honor la razón de su exis-

---

2º)—que eran vejados constantemente por los terratenientes y las autoridades políticas; 3º)—que se hacía un distingo odioso desde el punto de vista racial. Inmediatamente ordenó la prisión de los terratenientes, la elevación de los jornales y amonestó y castigó a las autoridades políticas por los abusos cometidos. Los indios depusieron su actitud belicosa y regresaron al trabajo de sus tierras. El Gobierno autorizó todo lo hecho por el General Caravedo.

El año de 1868 el Gobierno propuso al Congreso el nombramiento del General Caravedo como Ministro Plenipotenciario en Bolivia para arreglar el asunto de límites. Los diputados por las regiones del sur se opusieron y exhibieron como argumento la actitud francamente revolucionaria del General Caravedo en Huancané el año anterior. Debido a los intereses lesionados a los terratenientes no pudo ir, el General Caravedo, a cumplir con una misión altamente importante y trascendental para el país.

tencia militar, como ciudadano puso la nobleza como guía de sus actos, haciendo del libro que todos escribimos, mientras tenemos aliento y en el cuerpo, un libro inmaculado, escrito con sinceridad, con valentía y con justicia.

Al perderse su recuerdo entre la bruma de los años parece mirarnos desde la lejanía como está mirando desde un retrato que le pintaron en la China, con unos ojos claros y limpios, cuyo mirar ahonda la inconmensurable eternidad de la vida. La última vez que lo vieron caminando por los portales de la Plaza para ir a Palacio, fué el primer día del año de 1879. Estaba viejo pero caminaba altivo, se perdió tras las puertas añosas de la casa del viejo Marqués, mientras las espuelas roncadoras de sus botas granaderas y el sable pesado retumbaban sobre las piedras cargadas de tradiciones. En febrero, sus ojos serenos, limpios y claros, pudieron contemplar tranquilos y alegres el último y largo camino que conduce al más largo viaje del hombre, cuando, desde los linderos de la vida, traspasa el arco que conduce a la eterna y silente paz.

POETICA

por ALBERTO ESCOBAR

Hay un país
al otro lado del océano,
hermoso como la fruta al sol,
como la espiga, clavel en medio de la nieve.
En el rostro de una muchacha andina,
en el amargo extendido
del capulí al arroz,
existe mi país, amiga mía,
en la esperanza existe.
Yo lo aprendí a querer desde muy niño,
desde la playa,
el campo fresco,
el río inmenso,
con su dolor abierto bajo la cordillera
y su esmeralda;
la primavera nos llegaba de los "cerros horizontales"
de Vallejo, de los "burros peruanos",
de la infancia,
de una antigua tonada provinciana.
—Cómo callar entonces,
cómo no estar así,
si al otro lado de mi sangre
hay un país aún,
hay un país hermana
al que no llega el día
y una llama
que la van acechando, que la apagan!
Cómo escribir un canto
a la lejana mujer que allá me espera,
escribir a sus tardes,
a su pena,
si hoy un hervor me llega
de la casa distante, de la tierra,
me llega y con la mano
lo dibujo en el aire, grande,
grande; lo dibujo también
"sobre la frente de mis amigos
sobre cada mano que se tiende":
se vuelve poesía,
y es como si la vida empezara, amiga mía,
y el cielo fuera estrecho para la fe de un hombre.

Florencia, 1953.

FLOR DE LEER

WARI YUKUATI

(PLEGARIA AL SOL)

(Canción de los Kakataios, tribu selvática del grupo de los Cashibos, que habita en la región del río San Alejandro, en la provincia Coronel Portillo del departamento peruano de Loreto. Ha sido recogida y traducida al castellano por Ahmer Montalvo V., del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima).

mi rror rakutina maputaga	Cubre tu cabeza con tu manto rojo
mi marreoka ñuna weakeme kwasinika	con el agua roja pinta tu frente y emerge
wari uni	hombre Sol
chío uni	hombre del verano
uruñaeee	orondo sal.
mi marreoca ñuna weakwme kwasinika	Con el agua roja pinta tu frente y emerge
mi kweoka kuna eska kwezinitka	resecando las piedras grandes del río y a todo
mi nisiruwa eskawesinika	resecando los cerros altos y a todo
ai tapunke	hacia oriente
ai tapunke	hacia oriente
yain kaika	quemando
eskaika	resecando
mi misiruwa	al cerro alto
eska wesinika	resecando a todo
wari uni	hombre Sol
chio uni	hombre del verano
uruñaeee	orondo sal
mi rrontsentse kurana	Tu pajarillo rojo de colores pintado
pinkimiki	está silbando
mi rrooneme eo	el gran guacamayo rojo
wepenku wepenko kutiga	volando volando pasea
mi kari isa kurana	el ave amarilla de colores pintada
wepenko wepenku kutiga	volando volando pasea
wari uni	hombre Sol
chío uni	hombre del verano
uruñaeeee	orondo sal
ain tapunke	Hacia oriente
ain tapunke	hacia oriente
eskaika	resecando
mi wisirua mapwe kwasinika	las cumbres del cerro alto alúmbralo
rrununpapa mapwe kwesinika	la copa del árbol gigante alúmbrala
ai tapunke	hacia oriente
eska wesinika	resecando a todos
wari uni	hombre Sol
chío uni	hombre del verano
Uruñaeee	orondo sal.
kwe oka	El agua del río
eskaika	sécala
ai tapunke	hacia oriente
ai tapunke	hacia oriente
eskaika	sécala
mi kari isa kurana	el ave amarilla de colores pintada
pinkimiki	ya gorjea (silbando)
min rrontsentse kurana	la avecilla colorada de colores pintada

pinkimiki	ya gorjea
mi rronkukanime eo	el pajarillo carpintero
sesekimiki	ya gorjea (ceceando)
min rronchererrtena eo	el *cherrerte* colorado
sesekimiki	ya gorjea (ceceando)
wari uni	hombre Sol
chío uni	hombre del verano
Uruñaeee	orondo sal.
Mi rronteo eo	La garza colorada grande
kwe oka nepú	de pie está en el río
nisimpa	condenada (hay una leyenda al respecto)
pwe kawesinica	anda alúmbrala
wari uni	hombre Sol
ai tapunke	hasta el oriente
ai tapunke	hasta el oriente
rraroo wesinika	calurosamente alumbra a todos
wari uni	hombre Sol
Uruñaee	orondo sal.
pweru ñushi waibu	Ya al alma de la avecilla despierta
puu puu kimikeee	puu puu haciéndola cantar
pweru ñushi waibu	ya al alma de la avecilla despierta
puu puu kimike	puu puu haciéndola cantar
rronteo ñushibu	ya al alma de la garza colorada
puu puu kimike	puu puu haz cantar.
pweru ñushi waibu	ya al alma de la avecilla despierta
puu puu kimike	puu puu haciéndola cantar.
rronteo ñushibu	Ya el alma de la garza colorada
puu puu kimike	puu puu haz cantar.
chirká ina zereee	Como el plumaje blanco de la cola del *chirká*
aki ina zereee	como el plumaje blanco en la cola del *paujil*
chirká ina ereee	como el plumaje blanco en la cola del *chirká*
azi ina espooo	como el plumaje blanco en la cola del *paujil*
ampuekerru eskewii	estoy viendo que amanece.
nete karayaaaaaa	Ya será el día
ampuekerru eskewii	estoy viendo que amanece.
nete zererake	Ya va rayando el día
chirrká ina espooo	como el plumaje blanco en la cola del *chirká*
apuekerru eskewii	así estoy viendo que amanece
nete karayaaa	ya será el día
nete zererakeee	ya está rayando el día
charrku ñushi waibu	ya al alma del *charrku* despierta
puu puu kimike	puu puu haciéndolo cantar
charrku ñushi waibu	ya al alma del *charrku* despierta
tuu turr kimike	tuu turr haciéndolo cantar
charrku ñushi waibu	ya al alma del *charrku* despierta
puu puu kimike	puu puu haciéndolo cantar.
nete karayáaa	Ya será de día
apuekerru eskewii	estoy viendo que amanece
nete kererake	ya está rayando el día
zererake kwasii	rayando viene
nete zererakee	ya está rayando el día
zererake kwasii	rayando viene.

TESTIMONIOS

LIBROS DE CABALLERIAS EN AMERICA EN 1549

La interesantísima relación de los libros embarcados por Alonso Cabezas para Nombre de Dios, en Tierra Firme, en 1549, forma parte de un inventario más extenso, que comprende mercaderías muy distintas; y se conserva en el Archivo Nacional del Perú, en un legajo foliado con los números 1219 a 1230, añadido al final del protocolo del escribano Sebastián Vásquez 1551-1554. El investigador norteamericano Irving A. Leonard, que conoció esta relación, le asigna importancia singular; tanto por ser el registro más antiguo que se guarda en América, cuanto porque demuestra el envío a las Indias de libros de caballería y de ficción, a pesar de las prohibiciones legales repetidas (Books of the Brave, p. 102). La transcripción del documento ha sido proporcionada a MAR DEL SUR por el paleógrafo Daniel Ulloa Taboada.

"Cargazón hecha con la gracia de Dos y comenzada por mí Alonso Cabezas en 1º de Noviembre del año de 1549 en la nao de Alonso Perez y de Sebastian Gonzalez maestre Miguel de la Borda vecinos de Triana que nuestro Señor salve nombrada La Magdalena la cual va consignada a Pero Hortiz mi compañero o a quien su poder hubiere y en su ausencia a Diego Nuñez Perez o a Anton de Gibraleon o, a Hernan Perez de Gibraleon su hermano vecinos de la ciudad del nombre de Dios va por cuenta de la compañía que tenemos y a riesgo de la dicha compañía".

(a f. 1,227 vta. comienza la relación de)

LIBROS

2 flo santoruz de zaragoza a 884 mrs cada uno es 1768 mrs
tres brebiarios rromanos a 371 mrs cada uno es 1022 mrs
tres brebiarios sevillanos a 510 mrs cada uno que es 1530 mrs
f. 1228. *6 oras en latin de zaragoza a 119 cada una es 714 mrs*
6 horas en rromanze de muger a 102 cada una dellas es 612 mrs
5 sumas Silvestrinas a 561 mrs cada una es 2811 mrs
7 Sumas gaetanas a 187 mrs cada una es 1309 mrs
6 brebiarios dominicos a 272 mrs cada uno es 1632 mrs
6 diurnos dominicos a 170 mrs cada uno es 2010 mrs
dos misales de venezia a quinientos y 62 mrs cada uno es 1122 mrs
tres misales dominicos de leon a 340 mrs cada uno de 1020 mrs
dos titelman sobre los salmos a 561 mrs cada uno es 1122 mrs
dos de santo tomas a 476 mrs cada uno es 952 mrs
doze bocabularios eclesiasticos en 1323
cuatro partes de santo tomas con gaetana de benezia 2811 mrs cada uno es 11244 mrs
una coronica del rrey don rrodrigo en 237 mrs
nueve libros de cavallerias en 1649 mrs
dos libros de caxa de a 7 manos cada uno con dos manuales de a 6 manos cada uno de marca mayor en bezerro q' son 26 manos a 187 mrs es 4875 mrs
f. 1228. v. *dos libros de caxa de a 6 manos cada uno con dos manuales de a 5 manos cada uno de marca mayor en bezerro q' son 22 manos a 187 mrs cada una son 4125 mrs*
24 libros blancos que tienen 135 manos a 20 mrs mano es 2700 mrs

C R O N I C A

EL "CLUB DE TEATRO" DE LIMA

Indudablemente, si ha habido este año nota cultural de relieve que, por inusitada, merezca destacarse como síntesis de una preocupación artística depurada, la labor desarrollada por el "Club de Teatro" en 1953 reclama lugar de privilegio. A las pocas semanas de nacida la institución, se vió bien que resaltaba por su seriedad. Seriedad en los compromisos y seriedad en la manera de cumplir una tarea difícil: despertar en nuestro público la simpatía, la pasión por el teatro. Y lo ha logrado. Lo ha logrado con obras de calidad. Sin improvisaciones, sin "remiendos". Lentamente. Concienzudamente. Porque la labor no ha quedado en la preparación de una obra y su consiguiente estreno. La labor ha consistido en algo más: hacer que el público tomara conciencia de su condición de espectador de obras de teatro. Para ello organizó el "Club de Teatro" cursillos de divulgación, orientó sesiones polémicas en las que el debate fué hábilmente orientado y de las que el espectador sacó siempre como conclusión una buena enseñanza. Y el debate no sólo se circunscribió a obras sino a problemas de teatro. De otro lado, publicó, y sigue publicando, un boletín que se caracteriza por su sencillez y por su seriedad.

A Reynaldo d'Amore, director e impulsor de este grupo de artistas jóvenes, a los que se han sumado decorosos elementos peruanos, se debe mucho del éxito. Se debe también a la colaboración que desde la hora primera supo prestar el público. Pero se debe quizás, en su mejor grado, a la buena voluntad, a la vocación artística del conjunto, puesta a prueba un día y otro día.

No ha despreciado el conjunto el teatro peruano, y anuncia así iniciar la temporada de 1954 con una pieza de Salazar Bondy, que fué de los primeros en colaborar con el equipo visitante. Ni ha despreciado el teatro contemporáneo, al que ha dedicado sesiones ejemplares. Ha acogido también obras de sabor clásico para mostrar así que su propósito inicial —hacer teatro— se cumplía con brillo, con éxito, y en silencio.

MAR DEL SUR se alegra por que así haya sido. Se alegra, porque el "Club de Teatro" cumple, efectivamente, labor de cultura. Su *boletín* mensual es prueba de ello: ahí halla el lector desde la crónica minuciosa de la vida institucional hasta la página antológica, que siente a veces la necesidad de divulgar ideas y escritos de los pensadores griegos, como Luciano de Samosata.

Esta del "Club de Teatro" ha sido, pues, labor de cultura *vera e propia* y necesita el estímulo, el generoso estímulo, de los peruanos.

L I B R O S

JOSE MANUEL TOPETE. *A working bibliography of Latin American Literature*, St. Augustine, Florida 1952, V-162 pp. (Inter American Bibliographical and Library Association, Series I, volume 12).

Según las palabras preliminares, esta bibliografía "fué escrita para ese trabajador ignorado y a menudo silencioso, el bibliotecario" y a él lo dedica. Dice también el autor que la selección de los escritores más importantes en cada uno de los países hispanoparlantes "se ha basado en las necesidades de la enseñanza universitaria" y "ya que no hay un libro de texto que incluya todos estos datos bibliográficos, ni los materiales de consulta están reunidos aquí, los estudiantes de la Literatura Latinoamericana pueden encontrar útil esta obra".

Es muy discutible la existencia de una literatura latinoamericana, y si bien el autor se apresura a decir que ha pospuesto la inclusión de lo referente al Brasil, no hizo idéntica salvedad respecto a Haití. Es más justo decir Literatura Hispanoamericana.

El autor agradece el auspicio editorial de la Universidad de la Florida, en la que el Dr. A. Curtis Wilgus dirige la Escuela de Estudios Interamericanos. Ante todo, una bibliografía de las letras hispanoamericanas, aunque sea sumaria, significa un trabajo de gran aliento. Este sólo es una aproximación a lo que debe hacerse. Para ello habría que utilizar las obras de José Toribio Medina sobre la imprenta en América y perfeccionar los materiales que agrupó el Dr. Cecil K. Jones en su "Bibliografía de bibliografías hispanoamericanas". Hay toneladas de impresos que deben ser revalorados y se dispone de muchas bibliografías locales ("Monografías bibliográficas mexicanas" que inició Genaro Estrada, las de Carlos M. Trelles y Fermín Peraza en Cuba, la de Antonio S. Pedreira en Puerto Rico, la de Luis Dobles Segreda en Costa Rica, la de Eduardo Posada en Colombia, el "Anuario Bibliográfico peruano" de Alberto Tauro, etc., etc.). Sería preciso aprovechar la serie de bibliografías editadas por la Harvard University Press.

En la primera parte el autor enumera las obras generales: historias de América, bibliografías generales, diccionarios biográficos, historias de la literatura y antologías, literatura colonial, civilización y cultura, ensayos, estudios sobre la literatura gaucha, estudios lingüísticos, modernismo y romanticismo. Llama la atención el orden cronológico en que presenta las diversas corrientes del movimiento histórico-literario, y debería añadir las posteriores al modernismo: nativismo, versolibrismo, poesía afrohispanoamericana.

A continuación compila los títulos de las obras y los escritores, agrupándolos por países y señalando las que, a su juicio, son las que sobresalen en la bibliografía de la novela, el teatro, la crítica, el periodismo y la historia literaria. La tercera parte comprende las traducciones, pero sólo las de español al inglés; y al final presenta, en calidad de adiciones, cuatro títulos de Luis Carlos López, y un índice alfabético de autores.

En el libro están mencionados varios libros que contienen errores visibles y que no deben servir de fuentes de consulta de los estudiantes universitarios, ni recomendar los directores de bibliotecas. Hay también otros, como los de Bernardo de Monteagudo (p. 28), el panfleto de Juan Montalvo contra Justo Rufino Barrios (p. 78) o, el folleto de José Santos Chocano sobre Leticia (p. 115), que deberían figurar en una sección, la de literatura política. Algunos libros podrían constituir otra: la de letras precolombinas. Algunas son más bien crónicas históricas que no se distinguían por su calidad literaria, si bien son apreciables en las investigaciones de su género.

Respecto a las omisiones más notorias, se pueden señalar, en orden alfabético, las de los autores siguientes, que han publicado libros u opúsculos: Adán (Martín), Atl (Doctor), Almafuerte, Alba Sandoiz, Arguedas (José María), Batres Montúfar (José), Blanco (Andrés Eloy), Burgos (Fausto), Benítez (Fernando), Baquero (Gastón), Castellanos (Juan de), Camarillo de Pereyra (María Enriqueta), Carrión (Alejandro), Cortés (Alfonso), Cuadra (Pablo Antonio), Coronel Urtecho (José), Carranza (Eduardo), Cardona (Rafael), Campo (Angel de), Cuadra (José de la), Diez de Medina (Fernando), Espino (Miguel Angel), Florit (Eugenio), Gómez Carrillo (Enrique), Gavidia (Francisco), González Arrili (Bernardo), González (Otto-Raúl), González Vera, Garet Mas (Julio), Herrera (Flavio), Landívar (Rafael), Labrador Ruiz (Enrique), Lars (Claudia), Milla (José), Miró (Ricardo), Masferrer (Alberto), Molina (Juan Ramón), Mañach (Jorge), Mejía Nieto (Arturo), Martínez Sotomayor (José), María Campos (Armando de), Montenegro (Carlos), Montenegro (Ernesto), Ortega (Ramón), Ortiz (Adalberto), Owen (Gilberto), Pedroni (José), Pareja Diez-Canseco (Alfredo), Pardo (Javier), Peña Barrenechea (Enrique), Palma (José Joaquín), Pardo García (Germán), Reyes (José Trinidad), Rosa (Ramón), Rojas (Jorge), Rembao (Alberto), Téllez (Hernán), Teja Zabre (Alfonso), Urquiza (Conchita), Vega (Daniel de la), Wlyd Ospina (Carlos), Zamacois (Eduardo) y Zúñiga (Luis Andrés).

Entre las antologías no es mencionada la de Ramón Uriarte sobre poetas centroamericanos. ¿Por qué aparece "La ama-

da inmóvil" de Amado Nervo entre las novelas de México?

Cada vez más el bibliógrafo está apremiado por serias responsabilidades y una de ellas es la de enterarse, lo más que sea posible, del contenido de los libros y hacer un riguroso escrutinio de escritores, ya que muchos que nada tienen que ver con las letras se cuelan por los postigos y hacen travesuras desagradables. Quizá estas indicaciones sirvan al autor para que emprenda la segunda edición de su obra, llenando vacíos y expurgando lo más que le sea posible. Difícil tarea tendrá al añadir otras personalidades y libros cuyos nombres no podrían caber en este comentario, por falta de sitio, y sólo he precisado algunos nombres que ya tienen prestigio en las letras de nuestro idioma. Lo grave del caso es que la producción literaria impresa va en aumento y cada día nos da sorpresas.

RAFAEL HELIODORO VALLE.

ERNEST KRETSCHMER, *Hombres geniales*, Editorial Labor, 1954, 213 pp., 87 retratos.

Este libro de Ernest Kretschmer traducido al español de la 4ª edición alemana, cuyas partes esenciales aparecieron en 1919 en idioma alemán y las últimas en 1948, ha sido acogido con beneplácito por la agudeza del pensamiento del A. para tratar el tema sobre la personalidad del genio, las leyes de su generación biológica y la psicología de su naturaleza íntima y de sus resortes espirituales.

Con estilo plástico desarrolla los 9 capítulos del libro y de su lectura se deriva la idea del autor sobre el genio. Excluye el aspecto sociológico, esto es, a la persona favorecida por el ambiente en general o por las corrientes culturales cuya producción muchas veces es meramente reproductiva y su éxito es tanto más cuanto mayor es el uso del ditirambo o del truco publicitario. Contrario a la opinión tradicional de que el genio es un portador de valores (Lange-Eichbaum), de disposiciones, factores imprescindibles no obstante para la consideración de la genialidad, el A. estudia el dinamismo íntimo del genio; es decir, la apreciación de su mecanismo psíquico cuya naturaleza por predisposición hereditaria le permite producir una obra original traducción de su individualidad excepcional.

Este aparato psicológico y sus elementos, desde el punto de vista del hombre corriente aparece excelso o negativo; el genio vive sin ajuste a la realidad, disconforme respecto del medio, no en virtud de una actitud resentida, sino en razón de la tensión de la vida psíquica que obra a manera de impulso actualizante sobre el talento potencial. La peculiaridad del genio reside en este impulso realizador, fruto de su aparato íntimo, más que en la disposición latente.

En el capítulo que trata sobre la periodicidad anímica, el estudio de las distintas biografías pone de manifiesto la estrecha relación que habría entre las exacerbaciones endógenas y la genialidad. Son precisamente las personas talentosas las que suelen ser propensas a estas exacerbaciones de variable duración y gravedad. Goethe, según referencia de Mobius, habría sufrido distimias hipomaníacas y depresivas periódicas, durante las cuales su personalidad multitalentosa se ponía de manifiesto. Napoleón y Dostoievski padecían de neurosis obsesiva; Nietzche de parálisis general progresiva, etc. La conclusión es que la producción espiritual de tipo genial no es constante a través del tiempo; ella discurre según las fases periódicas endógenas, correlativa con el impulso destinado a activar las disposiciones convirtiéndolas en manifestaciones generales, y durante las cuales los linderos entre la vesanía y la normalidad son muy esfumados.

Otro capítulo importante y en donde el A. sigue la tendencia establecida en su obra *Constitución y carácter*, es el referente a la formación de la aptitud. Para desarrollarlo toma en consideración, y en esto consiste el aporte a la última edición, las investigaciones de Gottschaldt con gemelos y uni y divitelinos. De los resultados deduce la extrema importancia de la herencia sobre el ambiente, de tal modo predominante, que la relación puede establecerse en 6 a 1 a favor de la predisposición hereditaria. La consecuencia positiva de estos hallazgos consiste en descubrir la exagerada importancia que algunas corrientes contemporáneas conceden al ambiente, con su inevitable pariente, la estadística y aquellas que pretenden explicar el acontecer humano en base a móviles y motivaciones psicológicas. La persona profunda y en esto es concluyente e irrebatible Kretschmer, es exclusivamente hereditaria y predomina en absoluto.

Al final del libro se adjuntan 87 retratos de genios y la intención no es simplemente decorativa, sirven para objetivar la relación entre la genialidad y la constitución. Los leptosómicos predominan en el campo de la filosofía; los pícnicos entre los naturalistas y humoristas; los mixtos entre los biólogos y médicos; en el terreno literario, los pícnicos abarcan la prosa y los leptosomos la poesía. La creación verdaderamente genial se reparte proporcionalmente entre los pícnicos y los leptosómicos.

El libro es de lectura obligatoria. El tema que trata es apasionante, el acopio de datos históricos es profuso y el estilo plástico y verdadero cuño literario.

SEGISFREDO M. LUZA.

KARL JASPERS, *La razón y sus enemigos en nuestro tiempo.* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 100 pp.

Karl Jaspers reputado como uno de los más grandes filósofos de nuestro tiempo, analiza en tres conferencias pronunciadas en la Universidad de Heidelberg, tres problemas cuya índole pertenece a los fundamentos de su filosofía, a saber: 1º La exigencia del saber científico; 2º La razón y 3º La razón en lucha.

El marxismo y el psicoanálisis le sirven como elementos para desarrollar el primer tema. El primero es enjuiciado en su propio sistema. La dialéctica, movimiento de oposiciones y cambios bruscos que tienen lugar en nuestro pensamiento y en las cosas mismas y en virtud del cual todo lo aparentemente establecido rompe su equilibrio para dar lugar a la armónica recuperación del hombre, es el método del que se sirve Marx, para aplicarlo por extensión al terreno histórico y sostener que la historia, constituyente de la historia natural, se refiere exclusivamente al hombre, cuya ciencia abarca a su vez el terreno natural como producto humano en devenir. Obtiene de este modo el concepto de ciencia unitaria referida exclusivamente al hombre.

Jaspers analiza este movimiento sutil, su método y su principal consecuencia: convertirse en la causalidad de todas las cosas. En su análisis la relaciona con la ciencia verdadera, inquisitiva por esencia y descubre que la dialéctica llega a la ciencia a través de la creencia y por lo tanto a la verdad absoluta negando todo hecho contrario y confrontación; esto es, se convierte en un pensamiento apologético cuyas características principales son el método y la necesidad de validez universal, en tanto que la ciencia realmente entendida, la ciencia moderna, es particular, no posee método universal sino particulares, con los cuales se encamina a determinados objetos del saber humano.

Lo importante del análisis reside en la determinación de la posición exacta del marxismo y en descubrir su peligrosa consecuencia que atañe al mismo principio que la engendró: sacrificar la libertad humana en nombre de un método y someterla a su dominio absoluto. El procedimiento es mágico pues lleva a la categoría de pseudociencia cualquier saber al que se aplique.

En el referente al psicoanálisis: la verdadera situación de este movimiento, es la de ser simplemente una creencia y no constituir una ciencia. Una creencia no es válida, en tanto no constituya un sistema ordenado de lo que nuestra razón observa; lo cual equivale a expresar que una creencia sólo sería válida cuanto menos personal sea, producto de un solo jefe, de un parecer, a menudo exageración de una idea en cuyo dominio se pretende explicar la persona humana. Esto es lo que sucede con los movimientos que surgen alrededor de un jefe. El psicoanálisis confunde la comprensión de sentido con la explicación causal y por lo tanto atenta contra la libertad humana. Bajo sus explicaciones se pretende encontrar el ser mismo, lo cual significa rebasar el límite de la ciencia, porque ésta no explica el ser mismo; sólo puede alcanzar objetos, un saber de hechos que puede generalizarse pero sin dejar de ser un conocimiento particular bajo determinados supuestos. Por otra parte, la razón y la ciencia crean un orden y sólo ellas son capaces de devolvernos en forma de experiencia lo que a su ámbito confiamos.

En las dos conferencias restantes el A. revisa y amplía sus ideas respecto de la razón. En la segunda discute sus posibilidades; esto es, caracteriza a la razón mediante el análisis de sus atributos. En primer lugar la razón es una y la misma cosa que el deseo ilimitado de comunicación que se complementa con el anhelo de verdad latente en cada ser. En segundo lugar la razón posibilita el hallazgo del sentido de la existencia, pues lo eterno, hacia donde se trasciende, se patentiza en forma histórica, es decir, en el tiempo y nosotros como existencia concreta somos históricos. Ahora bien, de esta posición limitada de la existencia de la que nos percatamos, la razón nos refiere nuevamente en forma trascendente a lo eterno. Compréndese entonces, que lo histórico presente en cada hombre, adquiere fisonomía particular en cada civilización, según la peculiaridad de los seres humanos que la componen y por lo tanto, la razón no puede adquirir ribetes generales.

Por último, la razón en íntima relación con la verdad, no puede imponerse por sí sola; su actualización depende de la libertad humana, en el acto del decidir desde la propia libertad; es decir, cuando el hombre se experimenta libre y no en camino de la libertad; cuando se confunde con su propia decisión. Esta situación humana, obvio es, se opone a toda forma totalitaria de vida, a toda coacción de la libertad humana. Termina este capítulo haciendo hincapié en la necesidad de cambiar el nombre de filosofía de la existencia por el de filosofía de la razón.

En la última conferencia, la razón en lucha, Jaspers se refiere al cultivo de la razón que incumbe a las universidades. En un ambiente cultural tan confuso, como el que existe actualmente, la Universidad mediante el intercambio de ideas y la reflexión metodológica, condición indispensable de todo genuino saber, debe propender a la renovación del ser humano y a la ampliación de la filosofía a todos los campos del saber humano. El cultivo de la actitud filosófica, por desgracia restringida en el mundo occidental, dará la pauta para alcanzar la verdad.

La lectura de este libro es obligatoria,

porque resume lo más hondo del pensamiento de Karl Jaspers, en una exposición densa y rica en conceptos y porque rehabilita a las ciencias y a la filosofía descubriendo a los movimientos que atacan el espíritu científico y la razón y obscurecen el desenvolvimiento del ser humano.

SEGISFREDO M. LUZA.

RICHARD KONETZKE: *Colección de Documentos para la Historia de la Formación Social de Hispano-América,* 1493-1810. Instituto "Jaime Balmes". Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Volumen I (1493-1592). Madrid, 1953. XXVII; 671 pps.

481 documentos, transcritos fielmente, abraza este volumen inicial de un extenso *corpus* de instrumentos, proyectado con el propósito de allegar informaciones de primera mano sobre la influencia del Estado español en la formación de la sociedad indiana. Pocos temas, en efecto, pueden haber mas subyugantes para el sociólogo, que esta compulsa de los cánones dentro de los cuales, acaso con un concepto idealista que en no pocas ocasiones sufrió enmiendas o reveses al confrontarse con una realidad insospechada, pretendió la Corona española articular la estructuración de los núcleos humanos establecidos en las posesiones ultramarinas. La constancia del recopilador, ventajosamente conocido ya por sus anteriores trabajos de interpretación de los factores esenciales y constituyentes de la sociedad en Indias, ha logrado acopiar un nutrido conjunto de documentos, en su casi totalidad inéditos, que permiten ya considerar bajo nueva luz numerosos temas, y entrever los perfiles de otros, que es de esperar merezcan ser ventilados en los sucesivos volúmenes, que todos deseamos sean pronto continuación del que da pie para esta reseña bibliográfica.

En su bien meditada introducción, el Profesor Koneztke razona certeramente cómo la activa intervención del Estado español, en función de su criterio asimilista de los territorios indianos, configura desde el primer momento la inmigración a ellos y monta cuidadosamente la administración pública, ateniéndose invariablemente a unas constantes vertebradas por lineamientos morales y jurídicos que subsistieron inmutables durante toda la época de la dominación española. Ejemplos típicos de estas disposiciones son las que constituyen el núcleo de esta recopilación documental, cuyos elementos proceden no sólo de la legislación metropolitana, sino también de la emanada de las autoridades superiores en Indias, contribuyendo así a matizar la estructura social peculiar de una comarca; para perfeccionar la imagen trazada, se han incluído varios informes, consultas y dictámenes, base de aquellas ordenaciones positivas.

Conforme los puntualiza el recopilador, la nutrida información que surge de la ingente masa documental reproducida, facilita la consideración de aspectos novedosos de la propiedad territorial como germen de latifundios, los mayorazgos y vinculaciones, como elemento formativo de riquezas concentradas en pocas manos y por ende de una aristocracia, que pronto se enlazó con la inmigrada posteriormente desde la Metrópoli, las modalidades típicas de la alta burocracia, constitutiva de una casta rodeada de determinados privilegios y cortapisas, los grupos sociales formados por los comerciantes, los mineros y aquellos industriales de consideración, la situación especial del artesanado, encuadrado en los gremios, la condición especial del clero, los problemas planteados por la condición social y afán de incorporación a la cultura superior de la población indígena, aprovechamiento de su esfuerzo en distintos sistemas de utilizar la mano de obra nativa, y en fin, el estrato inferior, de los esclavos (ya por derecho de guerra, ya aquellos procedentes de Africa).

Los fondos documentales utilizados radican principalmente en el Archivo General de Indias, apoyado por fuentes accesorias, que suplen la desaparición o traspapelamiento de algunas disposiciones positivas, cuyo original se echa de menos hoy en los registros cedularios y legajos custodiados en Sevilla.

Ya se deja entender que no cabe una reseña, al estilo clásico de los comentarios bibliográficos, de una obra de este estilo y de tan vasta envergadura. Toda publicación documental, aun las mas especializadas, dejan un saldo muy considerable de noticias que para el investigador acaso faciliten la clave de algún problema arduamente perseguido. El hecho de que la experiencia del profesor Konetzke en materia de investigación le haya aconsejado adosar a su compilación un completísimo índice de materias, permite recoger toda información subsidiaria rápidamente.

Los documentos curiosos no escasean: tal por ejemplo el número 319 (página 452), expresivo de la concesión de encomiendas a extranjeros y esclavos, y otros por el estilo.

Debemos sí, llamar la atención hacia ciertos títulos extraños, que no corresponden al texto de la disposición que encabezan. Tal ocurre con el instrumento número 256 (página 377), que lleva el desconcertante título: "Sobre el gustar a los clérigos los indios". Hay otro, abiertamente erróneo, a saber, el número 339 (página 470), que lleva la leyenda: "Que los encomenderos residan en las cabeceras de sus encomiendas". Se trata de una disposición para que los vecinos de Lima, que

habían abandonado la ciudad en seguimiento del Virrey Toledo, con la consiguiente decadencia del movimiento comercial de la localidad, se reintegraran a ella. Aunque ciertamente en la terminología de entonces la expresión "vecino" implicaba el concepto de "encomendero", no puede en ningún caso hablarse de que residieran en la cabecera o capital de su encomienda, supuesto que ello les estaba expresamente vedado desde las Cédulas de 1555, sobrecartada en 1563, dictada en atención a los notables perjuicios que derivaba para los indios la presencia de sus encomenderos entre ellos. Por lo tanto, mal puede pues referirse esta disposición a lo que el título de ella deja entender. En fin, señalemos que los documentos números 230 y 235 (páginas 320 y 328), son idénticos; la duplicación acaso obedezca a que aunque con diferente fecha, fueron expedidas para distintos destinatarios (las Audiencias de Nueva España y Lima, respectivamente).

Repitiendo lo que consignamos más arriba, no sólo saludamos con alborozo la aparición de este volumen inicial de una serie documental de tan preciado valor, sino que expresamos el vivo deseo de que pronto vean la luz pública los tomos siguientes, para aprovecharlos con el fruto con que los hemos hecho con el que hemos reseñado sucintamente.

GUILLERMO LOHMANN VILLENA.

ARNOLD TOYNBEE. *Cómo la historia grecolatina ilumina la historia Universal.* (Madrid, Universidad de Madrid, Facultad de Filosofía y Letras, 1952). 102 pps.

En toda la obra de Toynbee existe un claro aliento helenista. La tradición humanista de las grandes universidades europeas se ha apoyado en esas bases humanistas que la educación superior dejaba supuestas. No cesan los educadores de recordarnos la importancia formativa de las lenguas clásicas. Quizá si la historia griega no haya tenido la misma importancia pedagógica que los siglos han concedido al resto de las producciones espirituales de los griegos. Esta enseñanza humanista, cuya auténtica tradición no parte exclusivamente de la edad llamada Moderna, vió en las obras legadas por los antiguos una fuente rica e inagotable de inspiración. No se trataba únicamente de estudiar las obras artísticas con un criterio arqueológico, tal como puede hacerlo una Egiptología. Era que íbamos en pos del *espíritu, el alma,* de la cultura grecolatina. Gracias al cielo por que en Europa queden hombres cuyo espíritu se vivifica continuamente en el diálogo con el pensamiento helénico. Si hablamos de la ciencia del Derecho hemos de recordar que una parte considerable de nuestro actual patrimonio jurídico fué hechura de los romanos. Inútil hablar de las artes plásticas, la filosofía, la literatura. Tanto se habla de esto que inclusive el repetirlo casi es signo de sospechosa banalidad. Hombres como éstos que se renuevan en el pasado son los que llevan más experiencia para enfrentar el porvenir. A esta estirpe pertenece Toynbee.

Quizá si la mayoría de los hombres cultos no se han planteado el problema de una historia grecolatina como maestra de *nuestra historia.* Toynbee no es indiferente a aquello de que la Historia era maestra de la Vida. Ante todo, con respecto al mundo antiguo, la documentación que tenemos dispuesta abarca un apreciable número de siglos. Luego, es posible que sigamos las peripecias de esa historia con una exactitud bastante esatisfactoria. A Toynbee se le ilumina la comprensión de nuestro mundo leyendo a Tucídides. No olvidemos que nuestro historiador sostiene una teoría de las civilizaciones o sociedades enunciada en la obra *Estudio de la Historia.* Una sociedad equivale a un "campo inteligible de estudio histórico". El concepto es amplísimo y envuelve casi siempre varios núcleos en apariencia independientes como Estados —Nación o Estados— Ciudad. Nuestra civilización Occidental mantiene laza de filiación con respecto a la civilización helénica. Bajo la idea de civilización helénica acoge todo lo referente a los pueblos griegos y a sus continuadores, los romanos. Pero antes de seguir adelante hemos de preguntarnos cuál es el estado histórico ideal, con qué objeto buscamos inspiración en la historia grecolatina. Para Toynbee se trata de conseguir una PAX, análoga a la romana o a la sínica. Pero también advierte; sin la conquista romana. La decadencia de esta civilización helénica comienza en las fratricidas guerras del Peloponeso. Roma fué un bello esfuerzo por remediar la situación; su error fué el de reducir todas las potencias a una sola por medio de la conquista. Se logra la paz "o bien por una libre asociación de potencias, o bien por el predominio absoluto de una potencia. El primer camino condujo a la ruina por falta de competencia. Debemos llegar a la unidad dentro de la multiplicidad, sin romper las pequeñas y transitorias individualidades.

No escapa al pensamiento de Toynbee la idea de una religión. Es un historiador que cree en la importancia de la Religión, y que piensa vamos hacia una superación en orden espiritual. Hay un falso espejismo del progreso. Pero hay también la ignorancia sentimental de los retrógrados. Toynbee piensa en una historia como un coche cuyo recorrido ascensional lleva de frente al cielo, aunque las ruedas del tal significan las civilizaciones, cuyo movi-

miento circular, crecimiento y decadencia condicionan el movimiento rectilíneo del coche. El caso de Roma nos enseña que los conquistadores materiales y los filósofos y artistas cayeron subyugados al encanto de las religiones que procedían de oriente. El Imperio sirvió de campo para la predicación. Después, la organización, la educación, el arte mismo sirvieron a las nuevas religiones. Asimismo, en nuestra época debemos esperar una reacción espiritual procedente de oriente. Si bien la historia no se repite exactamente (ya que el alma humana es para Toynbee una particular maravilla en cuya dignidad y libertad crece), los grandes movimientos históricos a menudo presentan caracteres análogos. Podemos prevenir la ofensiva espiritual de oriente siguiendo el camino del jesuíta padre Ricci. Es importantísimo volcar el contenido religioso - cristiano en los moldes asiáticos. Es necesaria la aparición de un grupo de sabios comparables a los Santos Padres. Ya se ha visto el buen fruto de esfuerzos aún débiles. Toynbee cree en la singularidad de una revelación pero con una emocionante lucidez reconoce la dignidad de otras religiones monoteístas y proclama nuestro deber de acercarnos y recibir enseñanzas y enriquecer y renovar el lustre de todo lo que es nuestro.

ENRIQUE CARRION O.

RUBEN VARGAS UGARTE, *Glosario de peruanismos*, Lima, [Editorial San Marcos], 1953, 74 pps.

El padre Vargas Ugarte es el único miembro de la Academia Peruana de la Lengua que cumple con el compromiso contraído por cada uno de sus miembros en época en que la presidía José de la Riva Agüero. Dicha circunstancia invita por sí sola a agradecer el esfuerzo que este *Glosario* representa. Quiere el autor ayudar, con él,a la redacción de un léxico general de americanismos. Por eso explica, en la introducción, el sentido que para él tienen los conceptos de 'americanismo' y 'peruanismo'. Y como aclara que su posición no es la del especialista, es perdonable que no busque apoyo para aquella discriminación preliminar en las advertencias de Amado Alonso sobre la condición *sine qua non* del americanismo, así como que no atienda al hecho de que varios de los peruanismos que circulan entre nosotros son en realidad portuguesismos.

Dos partes constituyen el cuerpo de la obra. La primera es una lista de 279 palabras, de las cuales más del diez por ciento se apoyan en autoridades anteriores al siglo XVIII. Integra la segunda parte una colección de 'refranes', espigados por el padre Vargas entre costumbristas peruanos. Que no se hallen las palabras en *Juan de Arona* y los refranes en Correas o en Rodríguez Marín son condiciones a que se ha ajustado el autor para la inclusión de unas y otros en el *Glosario*.

Esta nota quiere, con las observaciones que se siguen, contribuir también a la formación del léxico general apuntado, y sólo prueba que el *Glosario* ha sido leído con la simpatía y el detenimiento que merecen las obras del ilustre historiador jesuíta. Creo que para *abagrarse* (pág. 11) habría sido necesario registrar con preferencia la acepción 'tornarse feo, desagradable'. No me parece exacto el valor de 'huir' como acepción principal de *ahuecar el ala* (pág. 13); entiendo más puesta en razón otra acepción, próxima a la realidad, como podría ser 'salir de pronto'. Para *apercollar* (pág. 15), habría que agregar: 'hacerse de algo'. A propósito de *arrechar, arrecho,* (pág. 16) hay que consignar también para el Perú el significado de 'rijoso', con lo cual ya no tendríamos derecho a considerar la acepción como peruanismo. *Achaparrarse* no se explica bien (pág. 12), sobre todo si atendemos a que más tarde (pág. 15) se va a utilizar para explicar *aparragarse,* y si agregamos que el texto en que se documenta, del siglo XVIII, hace pensar en "agazapada', acepción que no aparece ni como problemática entre las que da el padre Vargas. ¿Por qué *aquisito* (pág. 15), preguntamos, y no *aquicito?* La voz *bachiche* (pág. 17), en el sentido de 'italiano', no es peruanismo, como está demostrado desde hace tiempo, pues con igual valor se oye en Argentina, Uruguay; en los países del Plata se dice además 'gordo bachiche', ya sin alusión a la nacionalidad. *Bocatán* (pág. 18) quizá se explica también por 'hablador'. Más que 'exageración o relato engañoso' como da el padre Vargas, pienso que *cábula* (pág. 20) requiere otras acepciones más legítimas, como serían 'trampa, truco'. Para *camarón* (pág. 21), nos parece útil agregar: 'político que cambia de partido o de ideas', en acepción similar a la de *camaleón.*

Con relación a *bravorear* (pág. 19), que Vargas Ugarte documenta en Diego Mexía, probablemente ha habido deficiente lectura (si no se trata de error tipográfico), pues en el ms. de Mexía (BNP, Fonds Espagnols, 389, fol. 179) se lee claramente *bravosear*, según la fotocopia que utilizo. Con lo cual no hay peruanismo: es un problema de fonética histórica.

Sin duda cuando el autor habla de *caquinos* como de latinismo (pág. 23), no piensa en el origen griego de la palabra, cuya ficha correcta debió ser "a caquinos". Lo que nos parece harto discutible es su

inclusión como peruanismo en la acepción de "risotadas". En cambio, hay una palabra que falta: *fundir,* no registrada por *Arona,* y que Vargas Ugarte emplea para explicar *joder* (pág. 39). No creemos que se explique la voz *chichirimico* solamente con decir que es "voz parecida a Chichirimoche, chichirinada" (pág. 29); y la explicación habría sido necesaria para un lector no peruano. Continuando con la lista, *jagüey* (pág. 39) tiene la misma acepción en otros países de América por la misma época en que la documenta el autor. *Jalar* (loc. cit.), habría necesitado otras acepciones, amén de las que aparecen registradas. La explicación de *motoso* (pág. 43) como aplicada al indio "que apenas conoce el Castellano" nos parece un mucho discutible para la sensibilidad moderna de la voz. Como nos parece improbable la coincidencia semántica entre marinera y *resbalosa* (pág. 49) establecida por el padre Vargas. *Darse prosa* (pág. 48) se usa en España y en algunos países de América con la misma acepción que el *Glosario* recoge.

En materia de ortografía, una observación y una errata. ¿Por qué si se registra (pág. 51) *seviche* o *sebiche,* no se incluye también la forma *cebiche,* corriente entre buenos escritores nuestros? La errata tipográfica, evidente, está en *cachasiento* (pág. 20) por *cachaciento.*

La lista es breve. Ya sabemos los límites que se propuso el autor. Sabemos también que ha aprovechado el padre Vargas sus lecturas personales, no precisamente de costumbristas. Quizás eso explique la inclusión en el *Glosario* de voces que no admitirían, hablando con rigor, la calificación de "peruanismo", a la luz de un criterio científico moderno, aunque constituyen una buena documentación para el español hablado en el Perú en diversas épocas. De las 279 palabras, doce corresponden al siglo XVI, treinta al XVII; para algunas hay que pensar en los procesos de analogía, como sería, y es un solo ejemplo, *secretoso,* que tiene su correspondiente en *soledoso.* Buenas autoridades de palabras de prestigio; eso sí. Para citar dos, tomamos *abalsado,* documentado en 1596; *mohanes,* en 1659.

No hace distinción el autor entre refrán, modismo y frase proverbial en la segunda parte, donde recoge buen número de "refranes" no registrados por Correas ni por Rodríguez Marín, según va dicho. Al explicar "San Joderse no trajo vigilia", dice que "*joder* es peruanismo por molestar, importunar, jorobar". El hecho de que esa misma acepción circule en la mayoría de los países americanos que hablan español invalida el argumento. No aparece registrado, en cambio, en relación con el refrán citado, otro que todavía es común entre las negras limeñas: "San Fregato no trajo vigilia". El refrán "Tres animales ingrata: indio, mujer y gato" tiene una variante, registrada por mí, y es el añadido: "Y el que los cuenta, son cuatro". La palabra *callana,* a propósito del refrán "Come callana por la mañana" (pág. 72), está autorizada por Pedro de Oña, *Arauco domado,* XII, y creo que alcanza por sí sola a explicar el sentido; claro es que mi opinión es discutible.

En suma, es el *Glosario de peruanismos* una aportación de gran utilidad para el diccionario que esperamos, y prueba una vez más, en campo ajeno aparentemente al de la especialidad del autor, cuán consagrada es su vida de maestro y estudioso, y cómo es en el silencio de los laboratorios donde las ciencias avanzan.

LUIS JAIME CISNEROS.

GUSTAV SIEBENMANN, *Über Sprache und Stil im Lazarillo de Tormes,* A. Francke Ag. Verlag. Berna, 1953, 113 pps.

Casi en los albores de este año en que conmemoraremos los cuatrocientos años del *Lazarillo,* sale esta bien estructurada tesis de Siebenmann, que halla acogida en la *Románica Helvetica,* que dirige Arnarld Steiger, en cuyo seminario fué naciendo la idea del trabajo. Precedida por una voluminosa bibliografía, en que se echan de menos algunas ediciones críticas de la obra, así como los últimos trabajos de Bataillon y de Dámaso Alonso sobre el tema, inicia Siebenmann su bien ordenada disertación, modelo de análisis minucioso y paciente.

Con la historia de la causal *que* abre el autor el cuerpo del trabajo; después de hacer la historia crítica del uso del *que* conjuntivo o subordinante, ofrece una documentación que arrancando de Alfonso el Sabio llega a Santa Teresa y Fray Luis de Granada; continúa el estudio de las formas finales y modales, para dedicar al uso adverbial de *que* atención detenida, que enlaza con el análisis de la conjunción relativa y las formas reiterativas.

El segundo capítulo, de interés palpitante por los temas que toca y las reflexiones a que incita, se ocupa del problema del lenguaje como hecho sonoro; el carácter de ciertas unidades melódicas en el *Lazarillo* lo habíamos señalado hace ocho años en una tesis universitaria.

Es en el capítulo tercero donde la tesis cobra hondo interés, al estudiar la expresión perifrástica del aspecto verbal, al que la estilística sintáctica dedica hoy su atención mejor. Es lástima que no se haya servido Siebanmann de los trabajos de Badía, Alarcos y Criado de Val, los más recientes al respecto, aunque es buen indicio de su posición el hecho de que busque en

Galichet su apoyo inicial. No disentimos, no; muy hondas son las reflexiones del profesor francés en su *Essai de grammaire psychologique*, que Siebenmann aprovecha, y muy valiosas las observaciones de su reciente estudio psicológico de las estructuras gramaticales, de aparición simultánea a la del libro que comentamos. Es verdad que en materia de autoridades españolas, asocia el autor su pensamiento con el de Gili Gaya. Abundantes ejemplos del aspecto verbal progresivo (*pusimonos a* comer), del aspecto durativo (conseguido sobre construcciones binarias, con intervención muchas veces de verbos de movimientos), y del aspecto perfectivo, ocupan el capítulo. Es lástima que no haya analizado a la luz de sus autoridades, las observaciones, en cierto sentido vigentes, de Hanssen a propósito del tema.

Abundante ejemplificación con distintos usos de gerundio (causal, temporal, adverbial, condicional, modal) y de las construcciones de infinitivo, sobre todo las de valor causal, condicional, temporal y final, ocupa al autor en el capítulo siguiente, en que se ve la sombra silenciosa de la técnica de Hatzfeld pero en el que falta la aventura de la interpretación.

Las diversas formas de expresión, como las aliteraciones, paronomasias, la figura etimológica, paronimias, concentran el interés del capítulo siguiente, primero de los que se destina al estilo. También ahí dedicará Siebenmann al ritmo nueva atención y se detendrá especialmente en la fragmentación rítmica. Pero es ahí donde se nota también cómo no están utilizados, o por lo menos a la vista, los trabajos sobre entonación de Navarro Tomás. Coordinación y subordinación reclaman la atención de la última parte.

En verdad, es un estudio lleno de observaciones sagaces, donde si no se ve la luz de la intuición del crítico utilizando sus datos, se aprecia la seriedad de una honesta tarea de recuento y, sobre todo, la concienzuda presentación de los temas. Siebenmann es parco en sus juicios porque el terreno en que se mueve, que él desbroza por vez primera, está lleno de tentaciones. No estamos de acuerdo todavía si la obra refleja plenamente el lenguaje de 1554, fecha de las ediciones primeras conocidas. El trabajo de Siebenmann hará posible ahora volver al asedio. Y será entonces cuando reconozcamos su labor de pionero, y su paciente investigar.

LUIS JAIME CISNEROS.

BRUNO MIGLIORINI, FREDI CHIAPELLI, *Elementi di stilistica*. Ed. Felice Le Monnier, Firenze, 1953, 222 pps.

¿Qué cosa preocupa a la estilística? El estudio de la lengua en acto, "nelle infinite forme che assume diventando espressione" (pág. 9). Procuran los autores completar desde otro ángulo el estudio gramatical. Un extenso capítulo explica cómo se hace y qué contiene un vocabulario; el tema es ya del campo de Migliorini, que para explicarlo dedicó años atrás un librito al tema. Se da al alumno idea de lo que vale el significado de una palabra, de las posibilidades del cambio semántico. Se explica también los métodos por los cuales se forma el léxico italiano: prefijación, sufijación, composición, derivación. Luego, con los elementos adquiridos, se inicia un buceo por la etimología.

La segunda parte del libro (la más voluminosa) es la del tema central. La razón de ser, que es la del libro mismo, puede condensarse en estas palabras: "Anzi, come si é detto, la conoscenza di una lingua non é completa se ci si contenta delle regole grammaticali e delle parole quali ce le presenta il lessico; bisogna che ci rendiamo conto dei procedimenti vari che l'uso ci consente per foggiare un'espressione rispondente a ció che vogliamo manifestare, cioé appunto delle varie forme dell'elocuzione" (pág. 57). Estudio, pues, de los procedimientos. Es la desarticulación del habla, la presentación del material que el alumno puede elegir para cumplir con la misión que le cabe como hablante. Se dedica atención a la estilística de los sonidos, a la sintaxis, a la relevación.

Un tercer capítulo, de literatura, y un cuarto dedicado a la versificación, al mismo tiempo que explican y documentan los procedimientos que la obra ha presentado, tienen la virtud de poner al alumno en contacto humano, vivo, con su lengua. Es decir, el libro cumple su misión.

LUIS JAIME CISNEROS.

INDICE

Pág.

CIELO Y TIERRA EN LA EPOPEYA FRANCISCANA.—LA POVERELLA DE ASIS, por Ettore Janni 1

HECHOS Y PROBLEMAS PERUANOS:

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL PERU, por Jorge Basadre 22

PIE DE GUERRA, por Alejandro Romualdo 52

BIOGRAFIA DEL GENERAL BALTAZAR CARAVEDO, por Baltazar Caravedo C. 57

POETICA, por Alberto Escobar 78

FLOR DE LEER: *Wari Yukuati (Plegaria al Sol)* 79

TESTIMONIOS: *Libros de Caballerías en América en 1549* 81

CRONICA 82

El "Club de Teatro" de Lima

LIBROS 83

A working bibliography of Latin American Literature (de José Manuel Topete), por Rafael Heliodoro Valle; *Hombres Geniales* (de Ernest Kretschmer), por Segisfredo M. Luza; *La razón y sus enemigos en nuestro tiempo* (de Karl Jaspers), por Segisfredo M. Luza; *Colección de Documentos para la Historia de la Formación Social de Hispano-América* (de Richard Konetzke), por Guillermo Lohmann Villena; *Cómo la historia grecolatina ilumina la historia Universal* (de Arnold Toynbee), por Enrique Carrión O.; *Glosario de peruanismos* (de Rubén Vargas Ugarte), por Luis Jaime Cisneros; *Über Sprache und Stil im Lazarillo de Tormes* (de Gustav Siebenmann), por Luis Jaime Cisneros; *Elementi di stilistica* (de Bruno Migliorini, Fredi Chiapelli), por Luis Jaime Cisneros.

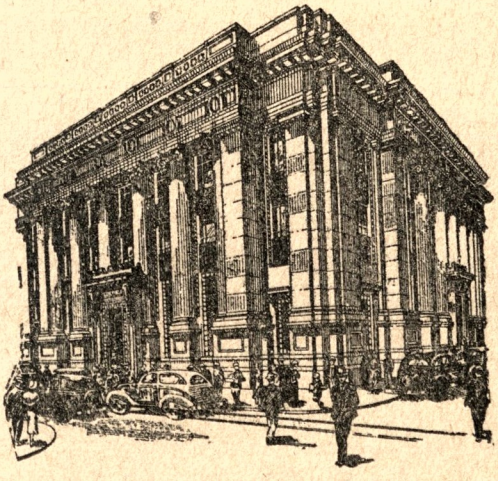
ESTE NUMERO DE

MAR DEL SUR

REVISTA PERUANA DE CULTURA

SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 7 DE JUNIO DE 1954, AÑO DEL LIBERTADOR MARISCAL CASTILLA, EN LOS TALLERES GRAFICOS P. L. VILLANUEVA, S. A. JIRON LAMPA 277 - TEL. 72390
LIMA - PERU

Un cheque no es sólo
una orden de pago:
es también una credencial
que le prestigia



PAGUE CON CHEQUES DEL

BANCO DE CREDITO DEL PERU

Fundado en 1889

CAPITAL Y RESERVAS: S/. 143'529.883.49



PRECIO: S/. 6.00.